CIRCULO DEL CRIMEN

EL PERRO CHINO

TOBIAS WELLS

EDICIONES FORUM



150 Ptas.

Nº 49

Tobias Wells

EL PERRO CHINO

Círculo del Crimen Nº 49

ePub r1.0
Rutherford/Rbear 19.03.16

Título original: *The foo dog*
Tobias Wells (Deloris Forbes), 1971
Traducción: Giovanni Mion
Forum: 1983
ePub base r1.2

1

Knute colocó el montoón de papeles justo en el centro del escritorio del capitán Granger y tomó asiento junto a Barry Parks.

—¿Todo esto? —preguntó Granger, hojeando las páginas con el pulgar.

—Es una joven que tiene mucho en la cabeza —dijo Knute. Se echó hacia atrás y cerró los ojos—. E insistió en hablarlo o en escribirlo tal y como le salía.

Granger suspiró y empezó a leer. Barry Parks, el detective de tercera Barry Parks, olía a polvos de talco, advirtió Knute. El recién nacido, esa era la explicación. El bautizo era el domingo y él, como compañero más antiguo de Barry Parks, había sido religiosamente invitado. Supuso que tendría que asistir.

Granger pasó una página, Knute podía advertirlo por el casi imperceptible crujido del papel. La verdad es que podía relajarse; esto llevaría tiempo. Le hubiera gustado contemplar la cara de Granger mientras iba devorando la entrevista, pero un sueñecito le sentaría mucho mejor… una cabezadita… sólo para descansar la vista…

2

Solo porque me llame Ming Toy, no esperéis que vaya arrastrándome por ahí con los pies vendados. Nadie, he dicho nadie, hace ya eso y aunque lo hicieran yo nací en los U.S.A., en donde cuando estaba en párvulos algún listillo me puso el mote de Tinker (por lo de Tinker Toy, ya sabéis), un mote que se me quedó tan pegado como un esparadrapo de los buenos.

Bueno, sí, es cierto, tengo pinta de china, pero de china americana. Soy baja (¡maldita sea!), uno sesenta y tres y medio, pero que no se le ocurra a nadie olvidarse del medio, y no peso más que una lata de guisantes como alguien dijo una vez (pero cuarenta y cuatro kilos no están mal si uno los tiene bien repartidos) y tengo el pelo largo y negro y los ojos almendrados. Pero llevo minifaldas y maxiabrigos con botas y me enrollo con los chicos «in». Mejor dicho, me enrollaba, hasta que mi padre y mi madre tuvieron la ocurrencia de coger un avión a Taiwán para visitar a algunos antiguos parientes antes de que los ancestros entregaran la honorable alma, durante cuyo viaje su jet se cayó al mar de la China, formando así el círculo completo que va desde nacido en Oriente hasta muerto en Oriente.

Y entonces surgió el problema: ¿qué hacer con Tinker Toy? Que es cuando la hermana pequeña de mi madre apareció en la película y luego en escena. Tres meses antes de cumplir los dieciocho me encontré, con los pies en el suelo pero con la cabeza en las nubes, en el aeropuerto Logan de Boston. Me iba a ir a vivir con la tía Lotus y el tío Sheldon. Lotus (Chow, nacida en los Estados Unidos después de que hubiera emigrado la familia) y Sheldon Cohn. Yo jamás le había visto a él y aunque ella decía que me había tenido en su regazo cuando yo era un bebé, yo no la recordaba en absoluto.

La imagen mental que yo tenía de la tía Lotus era un vacío como la copa de un pino.

La sala de espera del aeropuerto estaba tan abarrotada que yo no podía ver por encima de las cabezas de la gente, así que me encontraron ellos primero, aunque puede que yo no les hubiera reconocido inmediatamente. Porque, digo yo, ¿cómo va una a esperarse que su tía, perdida en la noche de los tiempos, sea esa sensacional mujer envuelta en un abrigo de visón? En cuanto al tío Sheldon, era ese tipo de hombre por el que los ojos se deslizaban sin mirarle. Bajo y grueso, con abrigo de pelo de camello y sombrero de hombre de negocios, alcanzaba hasta la parte inferior del pendiente bamboleante de la tía Lotus. Bueno, quiero decir que ella era alta. Un salto atrás hacia los mongoles o algo así.

—Querida Ming.

Su voz era de esas que en los libros baratos denominan emocionadas, pero a mí me hizo estremecer los oídos. Y sus ojos eran grandes y negros, unas ciruelas maduradas en el árbol en lugar de ojos, orlados de pestañas así de largas y su pelo negro como el azabache estaba todo amontonado en lo alto de su cabeza como una reina o algo parecido, de modo que parecía aún más alta. Si hablo mucho de la gente alta es porque me chifla.

—Conque ésta es la pequeña Ming —dijo el tío Sheldon como si quisiera darme palmaditas en mi pequeña cabeza puntiaguda.

—Hola. Todo el mundo me llama Tinker —dije yo—. Vamos a recoger el equipaje y salgamos de aquí. Hace un frío que congela hasta las ideas.

—Sí... bueno... —miró a su alrededor totalmente confundido como si jamás hubiera estado antes en un aeropuerto, y un tipo tan grande como un orangután, con chaqueta de esquiador, casi le tumba mientras trataba de orientarse.

—Sheldon, coge los comprobantes de su equipaje —le dijo la tía Lotus—. Te esperamos en el coche.

El se volvió hacia mí y me alargó una mano regordeta. Tenía una expresión de niño viejo en la cara y, por algún motivó, sentí lástima de él.

—Iré contigo, tío Sheldon —me ofrecí, tendiéndole los comprobantes—. Tengo tres maletas totalmente diferentes una de otra, ninguna hace juego y resulta más fácil si se sabe cómo son.

—Sheldon se las arreglará —dijo la tía Lotus deslizando su brazo de visón dentro del mío—. Actúa como un estúpido pero la verdad es que no lo es. Debes de estar agotada —y empezó a acompañarme hacia la salida.

Volví a mirar al tío Sheldon pero él se había dado la vuelta, torpemente, así que le dejé a lo suyo y fuimos hasta el coche.

El coche era un Cadillac conducido por un chófer, con ventanilla en el medio y todo eso. Yo dije: «Caramba», y la tía Lotus sonrió, tal vez a sí misma, y estiró el cuello de su abrigo apretándolo más fuerte alrededor de su garganta de alabastro. Con sólo mirarla se me ocurrían palabras como alabastro que, generalmente, no forman parte de mi vocabulario.

El chófer bajó de un brinco y abrió la puerta posterior como un rayo.

—Connolly —dijo la tía Lotus como si fuera la dueña del mundo —, ésta es mi sobrina, la señorita Ming.

—Tinker —dije yo alargando mi mano—. Me llaman Tinker.

El chófer le echó una mirada a la tía Lotus; era un tipo tirando a mayor con ojos azules brillantes, tomó la punta de mis dedos en su mano, hizo como que la apretaba y dijo:

—Bienvenida, señorita Tinker.

Nos deslizamos en el asiento posterior y cerró la puerta.

El tío Sheldon salió siguiendo a un mozo. Mis maletas estaban apiladas sobre un carrito, todo ahí, todo de una pieza, todo lo que tenía en el mundo, así que me relajé y me volví a sentar mientras Connolly y el mozo las metían en el portaequipajes, el tío Sheldon empezó a meterse en el asiento posterior con nosotros, pero la tía Lotus dijo:

—Oh, Sheldon, ¿los tres?

El dio la vuelta y se sentó junto a Connolly y arrancamos.

Seguí mirando a mi alrededor tratando de captar rasgos típicos. Había visto fotos del monumento de Bunker Hill y de la iglesia de Oíd North y ese tipo de cosas, pero no pude ver nada que me resultara familiar. Empecé a preguntarle a la tía Lotus, pero se había recostado en el asiento cerrando los ojos. Así que golpeé con los nudillos la ventanilla entre el tío Sheldon y yo y cuando la hubo

bajado, le pregunté a él por la Fiesta del Té de Boston.

El parpadeó, recuperó su posición revolviéndose en el asiento y señaló un punto a lo lejos.

—Oh —dije, y volví a sentarme.

El miró de frente durante unos minutos mientras Connolly se escabullía del intenso tráfico y nos llevaba por una rampa que conducía a una autopista. El tío Sheldon volvió a mirarme diciéndome:

—Te gustaría ir de visita turística, ¿verdad? El caso es que no vivimos exactamente en Boston, ¿lo ves? Vivimos en la Costa Norte. En el océano.

—Oh, comprendo —y como continuaba mirándome, añadí—: Qué bonito.

Pareció complacido.

—Bueno, es un barrio caro, de eso no hay duda. Cuando era chico, yo crecí en el este de Boston, jamás pude imaginarme que llegaría a alcanzar esta posición...

—Oh, Sheldon —suspiró la tía Lotus.

El se puso como colorado y cerró la boca. Después de un silencio excesivamente prolongado dije:

—Me gusta el océano. Yo solía ir a las Rocas de las Focas...

Pareció nuevamente complacido.

—El Atlántico está más frío que el Pacífico, por supuesto. Tienes que ir acostumbrándote a él. En verano llenaremos la piscina, claro...

—¿Tenéis piscina? A mí me encanta nadar.

—Claro —meneó los brazos—. Piscina y campos de tenis, y todo eso. Tenemos una casa bonita, ya verás.

Le sonreí. El miró a Lotus antes de devolverme la sonrisa.

—¿Sabes una cosa, Tinker, así es como dijiste que te llamaban, verdad? ¿Sabes una cosa, Tinker?, cuando se haya acabado la temporada y no esté tan ocupado te llevaré yo mismo a hacer el recorrido de Boston.

—Me encantará.

Me pregunté de qué temporada se trataría, pero pensé que no era el momento de hacer preguntas. La tía había formado una línea recta con los labios.

—¿No puede ir más de prisa, Connolly? —preguntó—. Ya sabe

que el ir en coche me produce dolor de cabeza.

Bueno, el tío Sheldon tenía razón. Caramba que si tenía una casa bonita. Elegante, era lo que yo la habría llamado. Una casa alargada y baja de piedra situada en una ladera que bajaba corriendo hasta el mar. Había retazos de nieve en la maleza del pantano y todo era gris pero estaba precioso, como una tarjeta de Navidad. En ese instante, sabéis, me sentí metida en la escena, la enfoqué con el objetivo de una cámara imaginaria y clic, ya está. Me gustó. Se lo dije al tío Sheldon y una vez más él se colocó su mirada complacida.

Una auténtica doncella de carne y hueso con cofia blanca y todo nos abrió la puerta y entramos en tropel. La doncella hizo una pequeña reverencia igual que en las películas. La tía Lotus la llamó Emily cuando nos presentó.

El vestíbulo daba a una enorme sala de estar toda decorada en beige y verde sauce, muy aparente. Una de las paredes era toda ventanas que daban al mar, la otra sostenía una chimenea hecha de la misma piedra que la casa. Construido en un extremo de aquélla había un bar y el tío Sheldon se dirigió hacia él. La tía Lotus, dejando caer su abrigo de visón sobre un sofá alargado, bajo y curvo, dijo:

—Sheldon, ponme una absenta. Me sienta bien para el dolor de cabeza.

—¿Y tú, Tinker, quieres una coca cola?

El tío Sheldon, casi tan ancho como alto en su abrigo de pelo de camello, me recordaba un oso de peluche, en todo menos en su cara. Su cara no se parecía en absoluto a la de un oso de peluche. Y cuando se quitó el sombrero, apenas tenía pelo.

—Sí, gracias.

Connolly entró por la puerta principal con mis maletas y giró a la izquierda desapareciendo por otro pasillo. Había un equipo estéreo bajo y alargado color miel debajo de la pared de las ventanas. Por hacer algo, me acerqué a él como quien no quiere la cosa y le eché un vistazo. No sabía si debía preguntar si podía ponerlo. En el extremo opuesto de la pared del bar había un tremendo televisor de madera a juego.

—Bien —el tío Sheldon regresó llevando unos vasos—, sentémonos a conocernos.

—Me imagino que Ming estará cansada.

La tía Lotus aceptó su copa y se la llevó a los labios. Sus labios tenían un color rosa nacarado y yo me pregunté qué clase de barra utilizaría. Era estupenda.

—Más o menos —admití quitándome mi maxi-abrigo—, pero no mucho. ¿Puedo poner el estéreo?

—Por supuesto —dijo el tío Sheldon.

—Me duele la cabeza.

La tía Lotus se tocó la cabeza con unos dedos alargados que acababan en uñas largas y rosáceas.

—En otra ocasión —dije con rapidez.

Bebí un gran trago de coca cola. Estaba cansada, ahora que lo pensaba, y deseando ver mi habitación. Me pregunté si viviría por el vecindario alguna otra persona de mi edad. Por lo que yo había podido ver, no había ninguna otra casa. Empecé a colocar mi vaso sobre una brillante mesa de café, pero como no vi ningún posavasos me lo llevé hasta el bar.

—Si me disculpáis, creo que iré a deshacer las maletas.

—Emily se encargará de eso —dijo el tío Sheldon.

—Déjale un poco de intimidad a la pequeña —intervino la tía Lotus. Y a mí me dijo—: Cenamos a las siete.

—¿A las siete? —preguntó el tío Sheldon frunciendo el ceño—. Ya sabes que tengo que estar en Boston a las siete y media.

—Se me había olvidado. Pero Emily tendrá algo preparado. Puedes comer más temprano.

Yo estaba casi en el pasillo donde había visto por última vez a Connolly con mis maletas.

—¿Aquí abajo? —pregunté señalando.

—Oh, sí, Ming —la tía Lotus terminó su absenta con un trago rápido que hizo vibrar los cubitos de hielo—. La segunda puerta a la derecha.

Asentí con la cabeza y sonreí. Y mientras me alejaba, oí decir al tío Sheldon en lo que pretendía ser un susurro:

—Es una jovencita muy mona. Tú nunca me dijiste que fuera una chica tan mona. No me habría preocupado ni tanto así si me hubieras dicho...

—Sheldon —mi tía Lotus podía convertir una palabra en un carámbano—. Creo firmemente que te estás volviendo senil.

— ¡Senil! —la voz del tío Sheldon se había despojado de toda delicadeza y a pesar de que ahora me estaba alejando velozmente, me siguió haciéndose cada vez más fuerte—: ¡Senil! Esa es tu elegante forma de decirme que soy un viejo, ¿verdad? Pues bien, hace unos años no estaba tan viejo como para que alguien no quisiera cazarme y además tampoco es que tú estés rejuveneciendo. Me tratas como si fuera basura, ¿te das cuenta de eso, Lotus? Hoy intento ser bueno con la muchacha y tú me llamas senil. Un día de estos te voy a demostrar lo senil que soy, un día de estos…

3

Granger volvió a empujarse las gafas hacia el entrecejo y levantó la vista,

—La verdad es que no le veo el sentido, Knute… parece una muchachita encantadora, pero ¿hasta qué punto tiene esto que ver con su investigación?

—Ahora está usted llegando a lo bueno, cuando los sospechosos empiezan a dar señales de vida. Ella era nueva en la escena, una jovencita con los ojos muy abiertos, y su punto de vista es interesante porque cuando menos es fresco.

Parks se aclaró la garganta recatadamente.

—Es muy inteligente. Creo que supo desde el comienzo lo que estaba ocurriendo, pero actúa exactamente como si fuera Shirley Temple.

Granger gruñó y reanudó la lectura. Knute volvió a cerrar los ojos.

4

La habitación era otra cosa. Margaritas por todas partes. La colcha y las cortinas y el papel pintado, todo a juego y todo margaritas. Colgué unos pósters de los Beatles con papel celo y eso le quitó un poco la monotonía. Pero las primeras mañanas, cuando me despertaba, tenía que decirme a mí misma que no estaba durmiendo en un campo de flores.

Durante aquellos primeros días empecé a cogerle el tranquillo al lugar. El tío Sheldon estaba en casa todo el día y fuera de noche. Esto ocurría porque era el propietario de un equipo de baloncesto profesional, los Boston Knights. Asistía a todos sus partidos de casa y también a los de fuera, supongo, pero ahora mismo estaban jugando en Boston. Cuando la tía Lotus me contó lo del equipo de baloncesto lo hizo en un tono que sonaba mortalmente aburrido. Pero advertí que ella veía los partidos cuando los daban por televisión.

Tenía un montón de preguntas que hacerle, pero pensé que era mejor hacerlas de una en una para no parecer una chica metomentodo.

Como, por ejemplo: ¿cómo se habían conocido ella y el tío Sheldon? Se lo pregunté un día que fuimos de compras a Boston.

—Yo era modelo y él era fabricante de prendas para la mujer —cambió de tema.

—¿Cómo es que no estás en la universidad, Ming? ¿Es que no piensas seguir con tus estudios?

—Supongo que sí. De todas formas, había decidido tomarme un año de descanso incluso antes de que papá y mamá... Me gustaría encontrar un trabajo en algún sitio. ¿Se te ocurre algo?

Cuando la tía Lotus fruncía el ceño era igual que una grieta

diminuta en una estatua de porcelana.

—No creo que tu tío Sheldon consintiera que trabajaras. Tiene la manía de la educación, como él tiene tan poca... Y además en esta zona tenemos unas escuelas excelentes.

Me sonrió. No sonreía a menudo pero cuando lo hacía ¡caramba! Y me encontré diciendo:

—Tal vez tengas razón.

—Podrías elegir una universidad y luego te buscaríamos un apartamento —pareció muy entusiasmada con la idea.

Yo la miré a la cara mientras decía:

—Puede que fuera mejor si me marchara a una escuela lejana. Nadie había dicho que les tenía que divertir cargar conmigo.

—Oh no, de eso ni hablar —jugueteó con el cinturón de su abrigo de ante—. Queremos que estés cerca, donde podamos ir a verte fácilmente. No quise decir que tratáramos de librarnos de ti, Ming. Sólo que yo sé lo mucho que valora su independencia una persona joven —me estudió con esos grandes ojos negros—. Por favor, no pienses que queremos deshacernos de ti —me tocó el dorso de la mano con sus dedos enguantados—. Quiero que seamos amigas.

Un apartamento podría gustarme, además. Y tal vez podría ir a la escuela el último semestre, luego matricularme en los cursos de verano y ponerme al día. No sonaba tan mal el plan después de todo. Además, uno de mis problemas había sido el dinero. Mi padre había ahorrado para ello, pero a medida que iba creciendo, la enseñanza en las universidades se había convertido en una locura. Así que él me había dicho que el dinero que había ahorrado para su viaje con mamá también sería para mí y mi educación y yo dije, no señor, vosotros vais a ir...

Ya basta de eso.

—¿Cuánto hace que estáis casados el tío Sheldon y tú? No pretendo parecer un buzón de preguntas, pero es que mamá jamás me dijo gran cosa.

La tía Lotus miró por la ventanilla.

—Me temo que yo escribía poco. Tu madre... no éramos lo que se dice íntimas, supongo. Para empezar estaba la diferencia de edad y además ella seguía apegada a las tradiciones y yo rompí con ellas. Me casé con tu tío Sheldon hace cuatro años. Después de que

consiguiera el divorcio.

—¿Oh? ¿Es que estaba casado antes?

—Sí. Tiene un hijo… mayor que tú.

—Oh —decidí dejar el tema. Ella parecía preocupada—. ¿Y cómo es que no va a su fábrica de prendas para la mujer? ¿Es el presidente del consejo o algo así y lo llevan sin él?

—Se la vendió a una gran compañía nacional. De ahí es de donde ha sacado todo su dinero. Bueno, quiero decir que antes estaba bien de fortuna pero cuando le compraron la «GC Sportswear, Inc.», Sheldon se forró. Entonces se compró algo que siempre había deseado, un equipo de baloncesto.

—Bueno… si yo tuviera mucho dinero daría la vuelta al mundo o algo así… si a él le gusta, ¿por qué no?

—Oh, le gusta, claro. Vive y muere con esos jóvenes gigantes. Connolly —golpeó el cristal para que la oyera el chófer—, creo que iremos primero a Bonwit's. Y después a Lord and Taylor.

No conocí al equipo de baloncesto hasta que dimos una fiesta. Llevaban ya casi dos semanas con la tía Lotus y el tío Sheldon antes de que eso sucediera. La ocasión era el comienzo de los finales y los Knights que habían quedado cuartos, habían quedado emparejados para jugar con el otro y más antiguo equipo de Boston, los Celtics. Y así el tío Sheldon daba una fiesta para celebrarlo.

Yo estaba emocionada, tengo que reconocerlo. No había conocido ni a un alma que se aproximara mínimamente a mi edad desde que estaba allí y había un jugador, tenía veintidós años decían los periódicos y se llamaba Henry Darling, ¿os lo podéis creer? A mí me había gustado lo que había visto de él en la televisión. No es que fuera guapo ni nada, pero seguro que sería mejor que nadie. Así que me puse un traje-pantalón nuevo que me había comprado la tía Lotus, y la verdad es que no podía acusarla de ser tacaña. Tenía una parte superior que era una túnica con aberturas a los lados y estaba hecha de seda roja rosácea. Pensé que con ella parecía una especie de princesa oriental.

Estaba emocionada, sí, pero también nerviosa. No hacía más que fisgar por mi puerta y escuchar. Oía llegar a la gente, a Emily acudir a la puerta y la voz tronante del tío Sheldon. Pero no tenía

valor para unirme a ellos. Deseé que la tía Lotus viniera a buscarme, pero estaba totalmente segura de que no lo haría. Me equivoqué.

—Vamos, Ming —se quedó de pie en el umbral de mi puerta absolutamente maravillosa con su vestido de anfitriona gris-humo con un escote hasta aquí—. Todo el mundo está deseando conocerte.

Así que entramos y de lo que yo no me había dado cuenta era de lo altos que eran. Porque vamos, después de haberles visto sólo en la tele, sabía que eran altos, pero estar de pie con ellos en la misma habitación era otra cosa. Supe a lo que se había referido la tía Lotus cuando les había llamado gigantes. Yo personalmente, me sentí como si midiera medio metro.

—Esta es nuestra sobrina, Ming —anunció la tía Lotus a toda la habitación.

—Tinker —corregí yo automáticamente. No conseguía que ella utilizara mi apodo—. Todo el mundo me llama Tinker.

Había por lo menos un par de docenas de personas en la habitación, puede que la mitad jugadores de baloncesto. La tía Lotus les pasó lista y yo oí nombres sin recordarlos, menos el de Henry Darling. Allí había esposas, también, y yo pensé fugazmente que tal vez Henry Darling tuviera una, pero no oí que ella mencionara que la tuviera.

—Y este es Damond Creedy —dijo la tía Lotus, concluyendo con el hombre que en otras circunstancias distintas de éstas podría haber resultado alto.

—Hola —dije yo, alzando la vista hacia él.

Tenía aspecto soñador aunque más viejo, con un pelo oscuro como una gorra y unos ojos grises fascinantes.

—Damon es la voz de los Knights —explicó la tía Lotus.

—Oh sí. El locutor deportivo. Le he oído en la tele.

—Aquí estás, pequeña —la voz del tío Sheldon sonó especialmente cordial, yo pensé que su voz sonaba más fuerte que de costumbre pero eso era probablemente para que pudieran oírle por encima de la conversación general—. Ve a pedirle lo que quieras a Connolly. ¿Quieres champán?

—Sí. Me gustaría tomar un poco, gracias.

Henry Darling estaba de pie, junto al bar y a lo mejor podía entablar conversación con él. Me abrí paso entre el grupo y avancé

de costado hasta el bar.

—Champán por favor, Connolly —dije yo desde algún lugar en las proximidades de la cadera de Henry Darling.

—Sí, señorita Tinker.

Connolly, llevando una chaqueta blanca de barman, se movía detrás de la barra como un profesional. Que me lo digan a mí, mi padre dirigía un restaurante chino.

—Eres la cosita más pequeña que he visto en mi vida —dijo Henry Darling arrastrando las palabras.

Yo miré hacia arriba, muy arriba.

—Hola —dije.

—Si voy a hablar contigo, tendré que instalarme en alguna parte —sonó como alguien salido de la serie de los «Beverly Hillbillies».

—Muy bien, Gracias Connolly.

Esperaba que Henry Darling me llevara mi copa de champán, pero él se limitó a dirigirse, moviendo las caderas, hasta un extremo de uno de los sofás curvos donde se sentó. Estaba bebiendo cerveza.

Llevando mi copa cuidadosamente, anduve hasta allí y me senté junto a él. La mayoría de la gente estaba de pie, charlando en pequeños grupos. La tía Lotus hablaba con Damon Creedy y una rubia rolliza con un vestido de raso negro. El tío Sheldon agitaba un dedo regordete ante un negro gigantesco a quien reconocí como el capitán de los Knights, Carly Toff. De pie, con ellos había un hombre mayor con pinta de dispéptico; pensé que sería el entrenador. ¿Cómo se llamaba? George algo. George Greibel o Grabel. Me volví hacia Henry Darling y le pregunté:

—¿De dónde eres?

El me hizo la misma pregunta al mismo tiempo.

—De San Francisco —dije yo.

—De Tuscalosa, Alabama —dijo él.

Luego, nos quedamos ahí sentados los dos, como si nada.

—Vi el partido la otra noche. Estuviste muy bien —dije yo.

—¿El partido con los Knickerbockers? Tuve una buena noche —replicó él.

—Lograste veintidós puntos. Ocho canastas y seis tiros libres.

—Sí. Una noche medianamente buena.

Nos quedamos en silencio.

—¿Te gusta Boston? —dijo él.

—Está bien. No he visto demasiado. ¿Te gusta estar aquí arriba? —dije yo.

—Está bien. Pero hace frío.

Pausa.

—Voy a ir a la Universidad de Boston. En cuanto llegue mi documentación académica.

—¿Sí? —dijo él.

—La tía Lotus me está buscando un apartamento.

—¿Sí? Creía que todo el mundo vivía en residencias.

Se terminó su cerveza, y parecía como si tuviera intención de levantarse a buscar otra.

Yo sorbí mi champán. Era francés auténtico, lo adiviné por el sabor. No me había fijado en la botella, pero mi padre me había enseñado a distinguir los vinos.

—La tía Lotus dice que las residencias están todas completas. Y está demasiado lejos para ir y volver desde aquí. Además, ella dice que tengo que disfrutar de todo el sabor de la vida del campus.

—Lotus, algunos de nuestros invitados están secos. Haz circular un poco la bebida, ¿quieres? —dijo el tío Sheldon, en voz alta.

—¿Te traigo una cerveza? —le pregunté a Henry Darling. Al fin y al cabo, yo era medio anfitriona.

—Sí, gracias —volvió la cabeza—. Eh. Pete, ¿has estado en el «Point After» últimamente?

Coincidí con la tía Lotus en el bar. Llevaba dos vasos vacíos en las manos.

—Un escocés con agua y un bourbon con soda —estaba diciendo. Había algo cortante en su voz.

—Me parece haber oído el timbre de la puerta. Una cerveza para el señor Darling, por favor, Connolly —dije.

La tía Lotus no contestó y yo me imaginé que Emily acudiría a la puerta. La tía Lotus tomó las bebidas y se alejó. Yo estaba justo dándome la vuelta cuando oí una voz bastante más borracha de lo normal. Entró e interrumpió el murmullo de la conversación.

Me volví para ver a un joven gordo que se agitaba en el zaguán de la puerta. Tenía un montón de ricitos amarillos y apretados por toda la cabeza y unas mejillas tan rollizas que parecía como si

llevara nueces metidas en la boca. Un hombre ardilla, no, un conejo con todas las de la ley.

—Tía Lotus —dije—, ¿quién es? —pero antes de que pudiera terminar la frase el recién llegado habló a toda la habitación.

—Vaya, vaya, todo el clan reunido. Qué raro no haber sido invitado, pero yo no me pico por estas cosas, así que me serviré una copa y me uniré a la reunión, ¿y quién es esta preciosa cachorrita oriental?

—¿Quién, yo? —me estaba mirando directamente a mí.

—Pues claro, tú —sonrió. Sus mejillas regordetas le hacían bizquear los ojos.

La tía Lotus, utilizando su voz glacial, contestó:

—Esta es mi sobrina, Ming.

—Tinker —dije yo—. ¿Y quién eres tú?

Vino hacia mí y me miró de arriba abajo como hacen en las películas, en los tebeos, ya sabéis, maliciosamente pero quizás sin pretenderlo realmente.

—¿No te lo han dicho? —dijo con una mueca—. Yo soy el hijo pródigo.

—Este es mi hijo Leonard.

El tío Sheldon era más bajo que su hijo, pero en aquella ocasión, era más bajo que cualquiera menos yo.

—Esta es la sobrina de Lotus, Leonard. Sus padres murieron en un accidente aéreo. Ha venido a vivir con nosotros.

Puso la mano en el brazo de su hijo e hizo como para llevarlo aparte. Leonard no se zafó de él, no exactamente, se apartó de alguna manera y me tomó de la mano y lo único que supe a continuación es que estaba con él de pie, junto al bar. Pidió una copa y me rodeó con el brazo y a mí eso no me gustó mucho. Intenté zafarme de él sin que lo pareciera, pero él me sujetó y se recostó.

—Suéltala —dijo Henry Darling desde ciento cincuenta kilómetros de altura.

Leonard levantó la vista hacia él y se rio. Henry alargó la mano delante de mí y agarró el brazo de Leonard. No sé exactamente qué fue lo que pasó después, pero yo rodé de un lado a otro y luego Leonard yacía en el suelo y el tío Sheldon y Damon Creedy y varios otros hombres estaban de pie alrededor nuestro y entre medias.

Todo el mundo había dejado de hablar.

Damon se agachó y ayudó a Leonard a levantarse. La cara de Leonard estaba colorada y tenía los ojos vidriosos.

—Ten cuidado, muchacho —dijo Damon tranquilamente—. Has resbalado.

— ¡Resbalado! Yo... —dio un respingo y se volvió hacia el bar.

—Vamos, Tinker —dijo Henry Darling—, necesito un poco de aire.

—Oh, sí... voy por mi abrigo.

Me estaba sacando de allí, lo sabía y me sentí exactamente igual que una «femme fatale». Era maravilloso. Bajamos andando hasta el océano y regresamos. A pesar de que él apenas había pronunciado palabra, yo supe que se había autoerigido en mi protector y que eso también era maravilloso.

Leonard se había marchado cuando regresamos y todos los demás se fueron no mucho después.

Esa noche, mientras me iba a la cama, no hice más que ver la cara de Henry muy alta por encima de mí y me pregunté cuánto tardaría en llamarme. ¿Sería mañana? ¿Tal vez mañana? O sin lugar a dudas al día siguiente.

Pero no me llamó y cuando se lo pregunté a la tía Lotus me miró fríamente y me dijo:

—Está demasiado ocupado jugando al baloncesto. Y además, ¿no eres un poco joven para él?

5

La tía Lotus un montón de molestias para encontrarme un apartamento. Yo intenté decirle que no era tan exigente, que no tenía que ser un ático abuhardillado para que pudiera tener vistas al río y al horizonte y que no tenía que tener las paredes insonorizadas y una entrada privada con su propia llave del ascensor. Quiero decir que a mí no me hacía ilusión tanta intimidad, pero ella dijo:

—En estos momentos una no sabe nunca en qué jaleo puede meterse. Te daremos un número de teléfono que no figure en la guía y tendrás tu propia llave del ascensor para que nadie pueda subir, a menos que tú le dejes, y una cadena en la puerta. No me sentiría nada tranquila si no estuvieras completamente segura y el tío Sheldon tampoco.

Suspiré y me sentí como la princesa en su torre, pero tuve que reconocer que el sitio que me encontró era lo mejor. Especialmente después de que hube colgado mi póster de los Beatles, colocado mi dragón de jade sobre la repisa de la chimenea y puesto mi perro chino de piedra sobre el hogar. El dragón y el perro eran parte de mi herencia y a pesar de que me hacían sentir como las chinas de las comedias musicales, sentía una debilidad por ellos.

En mi primer día de Introducción a la Filosofía I, conocí a Mak Wing y a Kee Chu.

Me había fijado en ellos en clase. ¿Cómo podía no ver a dos chicos con idénticas gafas de abuelita de color púrpura, ambos con cara redonda y pinta de chinos, ambos de un metro sesenta y tres de estatura y los dos llevando trajes de cuadros amarillos y verdes con chalecos? Santo cielo, pensé, están calcados, pero cuando me acecharon fuera y se presentaron, descubrí que no eran gemelos y ni siquiera hermanos.

—Ningún parentesco —dijo Mak.

—Eres igual que todos los occidentales —me acusó Kee—. Para ti, todos los asiáticos son iguales.

—Eso no es así —protesté—. La verdad es que parecéis absolutamente gemelos. O por lo menos hermanos.

—Ah, ¿conque sí? —dijo Mak haciendo una reverencia.

—No seas picajoso —repliqué yo—. Si no queréis apechugar con esto, ¿por qué os vestís iguales?

—¿Quién ha dicho que no queremos apechugar con ello? —preguntó Kee.

—Eres una tía con temple —dijo Mak—. ¿De dónde vienes?

—De San Francisco —miré mi reloj. Era uno nuevo que me había comprado la tía Lotus. Me quedaban unos cinco minutos para ir a la clase siguiente y no sabía dónde estaba el edificio—. ¿Dónde está la Biblioteca Mugar? —les pregunté.

—Te lo enseñaremos —me flanquearon y me pusieron en marcha.

—¿Dónde vives? —preguntó Kee.

Yo no sabía si quería decírselo o no, así que les contesté con otra pregunta:

—¿De dónde habéis sacado esos trajes?

Mak miró hacia abajo auto-admirativamente.

—Los mandamos hacer especialmente para nosotros en Hong Kong. Son trabajos a la medida. Muy majos, ¿verdad?

—Divinos. ¿Cuántos años tenéis, muchachos?

—Es difícil poner cabezas viejas sobre hombros jóvenes —Mak me guiñó un ojo a través de sus gafas de abuelita.

—Nadie es tan viejo como para pensar que no puede vivir otro año —Kee asintió sabiamente con la cabeza.

—Oh, lo que faltaba —dije yo, pasándome los libros al otro brazo—. Ya estamos con los viejos proverbios.

—Los viejos deben pensar y los jóvenes actuar.

—Nadie ama tanto la vida como un anciano.

—En realidad somos bastante precoces.

—Somos prodigios.

—Me parece que tenéis unos dieciséis —dije mirándoles de soslayo—. Como mucho diecisiete.

—Donde uno es sabio, dos son felices —Mak se detuvo en seco

delante de un edificio gigantesco—. Te esperaremos.

—¿Esperarme?

—Claro —contestó Kee. Al parecer era su turno—. Una buena mujer, si fuera vendida, valdría la más hermosa corona del oro más puro.

—Además, ahora mismo no tenemos ninguna clase. También podríamos dar una vuelta por ahí.

Y esperaron, vaya si me esperaron. Podía verles por la ventana, charlando constantemente, paseando de vez en cuando para mantenerse en calor. Luego tomamos el té en el sindicato de estudiantes.

—¿Dónde vivís, chicos? —quise saber.

—En el Barrio Chino. ¿Dónde si no?

—Yo ni siquiera he estado allí.

—Te llevaremos.

—De acuerdo. Puede ser.

—¿Esta noche?

—Oh, no lo sé, Puede que mi tío y mi tía vengan a verme.

—Somos pacientes —Mak sacó un bolígrafo, lo suspendió encima de su libro de trigonometría—. ¿Cuál es tu dirección?

Me pareció que podría decírsela y él la escribió.

—¿Número de teléfono? —preguntó Kee.

Le di ese número también y lo anotó.

—Llamadme antes —les dije.

Asintieron con la cabeza como ancianos. No es que fueran exactamente lo que a mí me gustaba, pero resultaba bastante divertido estar con ellos. Y por supuesto mejor que no estar con nadie. Aún tenía esperanzas de que Henry Darling me invitara a salir. Tal vez lo hiciera cuando esta maldita serie de eliminatorias se acabara. Pero también podía ser que no lo hiciera jamás ¡Más valía un Mak y Kee en mano que un Henry volando!

Tenía un buzón de cartas en la entrada de la casa de apartamentos y aunque jamás había habido nada dentro hasta el momento, yo miré como de costumbre. Vacío. Como de costumbre. Bajé por el pasillo, rebuscando en mi bolso bandolera la llave del ascensor y me di de bruces contra Damon Creedy.

—Perdón —dije mecánicamente y luego—, ¿qué hace usted aquí?

Sonrió y se agachó para recoger los libros que se me habían caído en la colisión.

—Te estaba buscando. Tu tía me ha enviado a buscarte para que te lleve a cenar.

—Oh, muy bien —era realmente un hombre con buena facha, un poco mayor tal vez pero eso hacía que la cosa fuera como muy emocionante.

—Tengo que cambiarme. Vamos, sube.

—Estoy deseando ver tu apartamento. Lotus dice que es muy bonito.

—Debe costar mucha pasta.

Metí la llave en la cerradura que accionaba el mecanismo del ascensor, y apreté el botón del último piso.

—Ellos pueden permitírselo —se apoyó contra la pared del ascensor y empezó a echar un vistazo por las páginas de un libro que había rescatado.

—¿Qué tal van las clases?

—Muy bien, supongo —el ascensor se detuvo, las puertas se abrieron deslizándose. Le di la llave de mi puerta, él la abrió. Dentro, dije—: No tardaré ni un minuto. Ponte cómodo. Lo único que tengo para beber es Diet-pepsi. Toma una si quieres.

—¿Diet-pepsi? —pareció divertido—. No se me hubiese ocurrido que necesitaras una bebida con pocas calorías.

—Nunca se sabe. La gente engorda a medida que envejece.

Le dejé mirando por la ventana al horizonte y entré a vestirme. Debe de haber venido la doncella, pensé. Mi dormitorio parecía más aseado que cuando lo había dejado.

Nos reunimos con la tía Lotus y el tío Sheldon en Dino's.

—¿Qué tal ha ido tu primer día de clase? —preguntó la tía Lotus cortésmente. A veces ella podía ser así, distante. Solía suceder cuando estaba con el tío Sheldon.

—Muy bien, supongo. ¿Cómo es que no estáis en el partido de baloncesto?

—No vuelven a jugar hasta mañana por la noche —contestó Damon—. Es el último.

—¿Dónde estuviste hoy, Lotus? —el tío Sheldon no parecía estar

de buen humor—. Te marchaste justo alrededor de la hora del almuerzo y lo único que supe es que Emily me dijo que habías llamado para decir que nos veríamos aquí.

—Estoy dando clases de arte.

—Oh, eso es estupendo —dije yo.

—¿Clases de arte? —preguntó el tío Sheldon—. ¿Dónde estás dando clases de arte?

—En el Museo de Bellas Artes, naturalmente.

— ¡Clases de arte! —el tío Sheldon casi resopló.

—Yo misma dibujo un poco —intercalé yo—, nada bueno, pero en San Francisco tenía un profesor que...

—Si estás dando clases de arte —interrumpió el tío Sheldon, cosa que no era propia de él—, ¿con qué dibujas? ¿con las uñas de los dedos en una pizarra?

—Esta tarde he comprado todo lo que necesito. Está en el coche.

La tía Lotus se volvió hacia Damon Creedy.

—He cambiado de idea. No creo que me quede a cenar —miró al tío Sheldon—. Me duele la cabeza.

—Dolor de cabeza. Eso es lo único que oigo. ¡Dolor de cabeza! —el tío Sheldon apuró lo que quedaba de su copa y yo pensé que a lo mejor estaba un poco bebido. De lo que no había duda era de que no actuaba como tenía por norma—. Si tú te vas, yo también.

—No es necesario —la tía Lotus tenía otra vez esa voz glacial—. Tengo mi coche.

—Bien, pues yo me voy de todas maneras —sacó de un tirón la cartera del bolsillo de su chaqueta, tiró algunos billetes sobre la mesa—. Encárgate de que Tinker coma, ¿quieres, Damon? Y asegúrate de que vuelve a casa sin novedad.

—No faltaba más —Damon se levantó para decir buenas noches. Yo traté de que no se notara que me alegraba, no era educado. Pero la verdad es que esa noche ellos no eran una buena compañía.

—Espero que te encuentres mejor pronto, tía Lotus.

—Estaré bien en cuanto me meta en la cama.

Se echó encima el abrigo de visón y salió taconeando. El tío Sheldon la siguió de cerca, luchando para ponerse el abrigo de pelo de camello mientras salían.

—No significa nada.

Damon debía haberme leído el pensamiento o quizá lo que yo

pensaba se reflejaba en mi cara. No debería haber sido así. Se supone que las personas con ancestros orientales deben tener una apariencia inescrutable.

—Supongo que no. Pero es que parece como si se pelearan mucho.

—Te acostumbrarás. Y no le darás ninguna importancia.

—Esa es la cuestión. Mis padres jamás se peleaban. Bueno, apenas.

Alargó el brazo por encima de la mesa y me dio unas palmadas en la mano.

—Los míos solían chillar como posesos. ¿Qué quieres comer?

—¿Tenemos que quedarnos aquí? Es muy bonito, pero... me gustaría ir al Barrio Chino.

Enarcó una ceja.

—¿Estás de broma?

—No, no lo estoy. Me gustaría ir de verdad.

—Pues entonces, vamos. ¿Camarero? ¡Camarero!

Alguien apareció detrás de mí pero no era el camarero.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo.

— ¡Henry! ¿Qué haces aquí? —exclamé.

—Lotus me dijo que estaríais aquí todos. ¿Dónde están ellos?

Traté de reprimir una mueca de loca satisfacción al verle delante de mí.

—Se han ido a casa. A ella le dolía la cabeza. Ven con nosotros. Nos vamos al Barrio Chino.

—¿Al Barrio Chino? —vaciló y yo me pregunté si estaba pensando en cómo librarse de Damon o... ¿de mí? Finalmente, encogiéndose de hombros, dijo—: ¿Por qué no?

Y nos fuimos.

Las tiendas de comida, los restaurantes, las calles estrechas y la gente me hicieron sentirme como en mi casa. Miraba los rótulos mientras paseábamos, era como estar de vuelta... no era una buena idea pensar en estar de vuelta. Ahora me encontraba en medio del mundo y era responsable de mí misma. Damon había dicho que tenía un lugar favorito donde comer, «La Casa del Sol» y allí fuimos. Era lo que yo llamo de turista-medio, es decir, que había un par de

bajorrelieves de Budas Thai colocados en nichos en las paredes pero no estaba todo lleno de sedas como algunos otros.

Nos sentamos en un reservado, vino el camarero y yo me quedé bizca.

—¿Mak? —pregunté dudosa.

El me lanzó la mirada oriental y me hizo una reverencia.

—Un hombre debe comer un celemín de sal con sus amigos antes de conocerles.

Yo me reí nerviosamente y le presenté.

—¿Dónde está Kee?

—En la cocina —levantó los ojos hacia el techo. Parecía diferente sin gafas de abuelita. Incluso más joven—.

Un padre puede mantener a diez hijos, pero diez hijos apenas a un padre.

—¿Quieres decir que su padre es el propietario de este lugar?

—Tú lo has dicho, pequeña. ¿Cócteles, caballeros? Tú no puedes tomar ninguno, Tinker. No tienes edad suficiente.

—Prepárele un Singapur Sling sin ginebra —le dijo Damon.

Cuando Mak se hubo marchado le dijo a Henry:

—Lotus no me había dicho que te reunirías con nosotros.

—Ah, ¿no? —Henry abrió su menú y empezó a estudiarlo.

—No, no lo hizo, pero me alegro de que aparecieras. Tengo que marcharme pronto y Tinker necesita que la acompañen a casa.

—Yo la llevaré —Henry aún tenía la cabeza metida en el menú. Eso me venía de perlas hasta que añadió—: Pero yo también tengo que acostarme temprano —levantó la vista y me explicó—: Gran partido mañana por la noche.

—Muy bien.

¿Qué otra cosa podía decir? Era agradable estar con dos acompañantes, pero ambos estaban deseando librarse de mí. Ese era el problema de ser demasiado joven, pensé. ¡Uf!, qué contenta me pondré cuando sea una mujer sofisticada de veintidós o veintitrés años.

—¿Cuánto dura esta cosa? —preguntó Granger, revolviendo hojas.

—¿Por dónde va?

—Acabo de hacer un recorrido sin guía por el Barrio Chino.

—Ya está llegando. Un día más en la vida de la señorita Tinker Toy.

6

Mak y Kee me acompañaron a casa al día siguiente y menos mal porque ¿quién podía estar esperándome en el vestíbulo de la casa de apartamentos sino Leonard Cohn? Solo que él fingió que había sido por casualidad, como si yo me lo fuera a tragar.

—Vaya, vaya, la princesa oriental —su espeso pelo rubio tenía tantos rizos que se encrespaba y hacía parecer a su cara redonda el doble de grande—. Conque aquí es donde te alojas.

—¿Qué haces aquí, Leonard?

Había decidido que no me gustaba mucho así que no me molesté en ser demasiado cortés. Sólo escuetamente cortés, por el tío Sheldon.

—Tenía una cita de negocios en el edificio. Qué casualidad encontrarme contigo. Tenía pensado pegarte un telefonazo. Tal vez podamos salir a divertirnos una noche de éstas. ¿Te gustaría ir al Playboy Club? —ignoró a Mak y a Kee de pie junto a mí, uno a cada lado, y eso me puso todavía más furiosa.

—No puedo. Estoy comprometida.

Pareció desconcertado, lo que me dio mucho gusto.

—¿Comprometida? ¿A quién?

—¿Con quién? —le corregí y dije señalándoles—: Con ellos.

Nos marchamos y le dejamos allí de pie y en el ascensor.

—Una injuria se perdona mucho antes que un insulto —dijo Kee.

Y Mak replicó:

—Los insultos son como monedas falsas, no podemos evitar que nos las ofrezcan pero no necesitamos aceptarlas.

—Bien, espero que él haya aceptado el insulto —dije vehementemente—. No puedo soportar a ese hombre. Me recuerda a una enorme oruga de mejillas rollizas.

De pie en el pasillo, mientras rebuscaba la llave de mi apartamento, Mak quiso saber quién era Leonard.

—El hijo del tío Sheldon —le dije—, y creo que debe haber salido a su madre.

—Podemos elegir a nuestros amigos pero no a nuestros parientes —dijo Kee afectadamente.

—El tío Sheldon sólo es pariente por matrimonio —argumenté yo girando la llave y abriendo la puerta de un empujón.

La tía Lotus yacía tendida en el suelo de mi cuarto de estar. Su cabeza estaba totalmente ensangrentada y mi perro chino yacía junto a ella, totalmente manchado del mismo color rojo... pude observarlo desde donde me había quedado atónita. No grité porque no me lo creía.

Kee y Mak pasaron rápidamente delante de mí, bloqueando la escena. Kee se arrodilló junto a ella y Mak dijo:

—Será mejor que no te muevas.

Sentí acudir las lágrimas desde una gran distancia, empezaron a escurrirse por mis mejillas y mi corazón latió furiosamente; me resultaba difícil respirar y había un zumbido terrible en mis oídos. Me senté bruscamente en el suelo.

—Está muerta —dijo Kee—. Estoy casi seguro de que está muerta.

—¿Quién es? —preguntó Mak.

—Mi tía Lotus. ¡Oh! —y volví la cara—. Hay una caja de kleenex en el cuarto de baño. Tráeme un puñado, por favor.

Mak se fue y Kee dijo:

—Tenemos que llamar a la poli.

—Lo sé —apenas podía hablar.

—Ten —Mak me tendió un rollo de kleenex—. ¿Quieres que llame yo?

—Te lo ruego —y mientras iba hacia el teléfono, logré decir...—: Diles... una ambulancia. Tal vez no esté...

—Levántate de ahí y siéntate en una silla.

Kee me incorporó de un tirón y me empujó suavemente hacia una silla a la que le había dado la vuelta con el pie de manera que mirara hacia un rincón, no hacia el centro de la habitación.

—El tío Sheldon —pensé en voz alta—. Tenemos que llamar al tío Sheldon.

—¿Qué dirección es ésta? —preguntó Mak desde el teléfono—. Se me ha olvidado el número exacto.

Tuve que pensarlo, mi mente se había quedado totalmente en blanco. Cuando lo hice, se lo dije y él lo repitió.

—Vendrán en seguida —dijo cuando hubo terminado.

—Quiere que llames a su tío Sheldon —le dijo Kee a Mak—. ¿Qué número tiene?

Recordé los dígitos.

—Oh, por favor —me dije a mí misma pero en voz alta—, haz que no esté muerta...

—¿Quieres un vaso de agua? —preguntó Kee.

—No sé... ¿Por qué la gente siempre te da agua cuando ocurre algo terrible?

—No lo sé, pero te lo traeré de todas maneras.

Desde la mesa del teléfono Mak dijo:

—No contestan.

—Pero tienen que contestar. Emily debe estar en casa, es el ama de llaves. Tal vez te haya dado mal el número. Inténtalo otra vez.

Mientras Mak marcaba el número, Kee regresó con el agua. Bebí un poco y Mak sacudió la cabeza en dirección a mí desde el otro extremo de la habitación.

—Sigue sin contestar.

Sonó el portero automático desde abajo. Me sobrecogió, dejé caer el vaso que estaba sosteniendo y el agua corrió sobre la alfombra.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté llorosa.

—Yo diría que la Policía. ¿Cómo funciona este intercomunicador? —Mak hurgó en el tubo de la voz.

—Hay un botón. ¿Lo ves?

—Oh, sí —lo apretó y dijo—: ¿es la Policía?

Pude oír la respuesta desde donde estaba sentada.

—Detective Severson.

—Toma —le tendí la mano con la llave dentro—. Necesitas esto para subirle en el ascensor.

Mak tomó la llave.

—Y ahora tranquilízate —me dijo—. Todo va a salir bien.

—Si ella está muerta, no —sollocé—. Si ella está muerta, no.

7

—Así que se puede llegar al apartamento sólo mediante un ascensor que necesita una llave, ¿no es así? —preguntó Granger cuando hubo terminado.

—Exacto —Knute estiró las piernas y se sentó más derecho—. Pero el caso es que Lotus Cohn tenía su propia llave. Al parecer ella había mandado hacer otro juego al alquilar el piso para su sobrina. De este modo pudo haber dejado entrar al asesino, a... a decir verdad, tuvo que haberlo hecho, a menos que, claro, haya tres juegos de llaves... lo cual es posible.

—¿Le encontró usted las llaves encima?

—Las dos, la del apartamento y la llave del ascensor. Estaban en su bolso, amontonadas en el fondo junto con algo de cambio suelto, barra de labios y las cosas de costumbre.

—Pero entonces, ¿cómo pudo volver a bajar el asesino... a menos que se llevara la llave para hacer funcionar el ascensor? Tiene que haber otro juego.

—Ahí está el detalle. Se puede bajar sin llave pero no subir. Una medida de seguridad, es de suponer.

Granger volvió a apoyarse en su silla, hizo un típico gesto Granger, una pirámide con las manos.

—¿Qué dice el doctor Albert?

Parks se aclaró la garganta una vez más y empezó a leer el informe.

—Lotus Cohn, edad, treinta y seis años, muerta de una fractura de cráneo, aproximadamente a las tres de la tarde del día 12 de marzo. El arma asesina fue un ornamento de piedra conocido como perro «foo» o perro chino, perteneciente a la sobrina de la finada, Ming Toy. Ninguna huella en el arma; han sido borradas, creemos

que con un trapo encontrado en el cuarto de baño. El asesino utilizó el cuarto de baño también para lavarse, pero el doctor Albert no cree que estuviera muy manchado de sangre. El mismo trapo de felpa, fue utilizado, creemos, para limpiar los grifos y cualquier otra cosa que él pudiera haber tocado. Las únicas huellas halladas por Blasdell y Timmons fueron las de la muchacha, las de la finada y las de los dos muchachos chinos.

Granger descansó su barbilla sobre un puño.

—Dijo usted que los sospechosos aparecían en el relato de la muchacha. El marido, Sheldon Cohn y el hijo, Leonard, son los más obvios.

—Y Damon Creedy y Henry Darling, para empezar una larga lista —añadió Knute—. Creemos que ella había establecido un lugar de citas para alguien.

—Muy conveniente —dijo Parks—. Un bonito apartamento, muy íntimo, y la sobrina estaba todo el día en clase.

—¿Qué estaba haciendo allí este tipo, Leonard? ¿Se lo han preguntado?

Con una sonrisa retorcida, Knute contestó;

—Tal y como nos dijo. Estaba vendiendo su producto a un posible cliente. Un tal Arnold Heerson. Quien, a propósito, ni siquiera había visto jamás a Lotus Cohn. Apartamento Dos-G. Otro ala, otro ascensor. La coartada de Leonard ha sido confirmada un tanto a regañadientes por el señor Heerson.

—¿Y cuál es el producto de Leonard Cohn?

—Películas porno —Parks se puso colorado hasta las orejas. Knute deseó por lo menos por quincuagésima vez que Parks perdiera ese hábito algún día. Le hacía parecer un cándido muchacho en vez de un detective.

—¿Y el marido, Sheldon Cohn? ¿Dónde estaba?

—En el pabellón de baloncesto. Así como Creedy y Darling y el resto del equipo. Sólo que... entraban y salían, iban y venían. No están limpios, ni mucho menos.

—¿Pero Leonard Cohn, sí?

Knute meneó la cabeza.

—No. Su cita con Heerson era a las cuatro y él fue puntual. Pero,

¿quién sabe si Leonard llegó más temprano al edificio? Y el doctor Albert dice que ella murió alrededor de las tres, no lo precisa al minuto. El dice una hora aproximada.

—Moisés en la montaña —suspiró el capitán Granger—. No hay duda de que está en buen lío.

—Iremos hasta el fondo en este asunto de las llaves cuando veamos al encargado de la casa de apartamentos —dijo Knute—. Hoy estaba fuera todo el día pero debe regresar mañana.

—El debe tener una llave de la casa —intervino Granger.

—Una de las camareras nos enseñó el tablero de llaves maestras. Está siempre cerrado con llave así que nadie ha podido llegar ahí. Quiero saber si hay alguna posibilidad de que algún inquilino anterior se hubiera quedado con un juego. La camarera, una simpática chica mayor de nombre Cartwright, dijo que estaba casi segura de que no. Pero volveremos a comprobarlo mañana.

—La señorita Tinker Toy tuvo una reacción interesante cuando le preguntamos por su tía y su tío —dijo Parks pensativamente.

Knute asintió.

—Porque no sé lo que significará, pero conectó todos sus dispositivos de autodefensa.

Granger caviló sobre eso.

—Supongo que le aprecia, suena como si fuera así. A pesar de que ni siquiera son parientes de sangre y de que ni siquiera hace demasiado tiempo que le conoce.

Knute gruñó y se levantó de la silla de un empujón.

—Parece tan abierta y tan franca como Blancanieves, pero dentro de esa preciosa cabecita hay unas ruedas que se mueven. No sé muy bien por qué, pero tengo la corazonada de que Tinker Toy posee una gran habilidad en echarle arena a las máquinas bien engrasadas.

A Granger le quedaba una última pregunta:

—¿Alguna huella en el arma del crimen? ¿Qué dijo usted que era? ¿Un perro chino «fow»?

—Un perro chino «foo». Se supone que trae buena suerte. Aún cree usted en Santa Claus, ¿verdad, capitán? Ni una maldita huella. Tan limpio como el proverbial diente del perro chino.

8

—Tiene que haber sido ese indeseable de Leonard —dijo Mak, asintiendo con la cabeza sabiamente.

Yo mastiqué el extremo de mi bolígrafo. Le llevaba una libreta de notas a aquel guapo detective Severson. No es que me hubiera dado cuenta inmediatamente de que era guapo, estaba demasiado trastornada por la tía Lotus, pero más tarde, cuando me interrogó y me dejó ponerlo todo por escrito como yo quería, entonces fue cuando tuve una excelente oportunidad de mirarle y era, decididamente, un hombre guapo. Alto y rubio tostado, con unos ojos que te penetraban hasta el fondo. Uhmm.

—Una pareja feliz, el marido ciego, la esposa muda —entonó Kee.

—Si estás señalando con el dedo al tío Sheldon —protesté yo— ya puedes parar. Puede que ella le estuviera engañando, y eso es lo que parece, a menos que estuviera metida en alguna nefasta ocupación como contrabando de opio o algo parecido; él es demasiado bueno como para ir por ahí golpeando a la gente con perros chinos. Además, estoy segura de que la amaba.

—No seas chiflada —me dijo Mak—. Si apenas le conocías.

Hice un gesto de impaciencia.

—Yo creo que ha sido Leonard, exactamente como tú. El odiaba a la tía Lotus porque le había quitado su padre a su madre. Así que ¿cómo lo demostramos? ¿Dándole su merecido?

—¿Jugar a los detectives privados? ¿Seguirle?

Mak se subió la solapa de la chaqueta por encima de la barbilla. Sabía que pretendía parecer siniestro, pero no lo pareció. Estaba cómico mirándome a hurtadillas por encima de sus gafas de abuelita.

—Un Charlie Chan colegial —murmuré.

—Escuchad, vosotros dos, la Policía le echará el guante. Ellos pueden averiguar las cosas mucho mejor que nosotros —Kee nos miró con un aire de superioridad.

—Supongo que tienes razón —admití pesarosa—. Ni siquiera sé dónde vive Leonard.

—A eso me refería yo —dijo Kee.

—Tu tío Sheldon te lo dirá —Mak seguía actuando como el señor Moto, el ayudante de Charlie Chan.

—Va a venir aquí. Dijo que esta mañana tenía que hacer arreglos para el funeral. Me pareció... muy desgraciado. Realmente trastornado.

Me acerqué a la ventana evitando el centro del pavimento donde había yacido su cuerpo. Pobre tía Lotus.

Tampoco la había conocido a ella muy bien pero me había acogido en su casa y había sido amable. En cuanto a lo que iba a ser de mí ahora, no quería pensarlo. Y en cuanto al porqué había sido asesinada, estaba in albis. A menos que no hubiese sido Leonard. Podía imaginarme una escena en la que él hubiera dicho algo parecido a: «Devuélvenos a mi padre... le necesitamos» y la tía Lotus con su voz glacial contestando: «Eso jamás...» No podía aceptar eso, no podía aceptarlo en absoluto.También habíamos estado pensando en el amante o en el marido celoso. Me preguntaba si ella tenía realmente un amante. Supongo que podía haberlo tenido. Pero si no amaba al tío Sheldon, ¿por qué se había casado con él? Dinero, supuse. ¿Cómo había sido su vida antes de su matrimonio? No tenía ni idea. Había dicho que había sido modelo, para la compañía de prendas de vestir del tío Sheldon. Ser modelo sonaba como a mucho «glamour». Tendría montones de admiradores. Tal vez uno de ellos la había amado tan locamente que se había negado a dejarla. Eso podía ser... Sólo que, ¿por qué esperar tanto tiempo? Tal vez él hubiera estado fuera... en la guerra o en África del Sur extrayendo diamantes o incluso en la cárcel. Y ahora vuelve a aparecer, buscándola, persiguiéndola, suplicándola que vuelva con él y cuando ella se niega...

— Sonó el intercomunicador.

—Es el tío Sheldon.

El tío Sheldon sonó viejo y agotado.

—Bajaré a buscarte —le dije y así lo hice. Su aspecto era tan viejo y agotado como había sonado su voz.

—No he pegado ojo en toda la noche —murmuró en el ascensor —. El shock de esto y el interrogatorio de la Policía. Y los reporteros saliendo de las alcantarillas como cucarachas. Y por si fuera poco, anoche encima perdemos el campeonato de baloncesto —meneó su cabeza encalvecida—. Es un día triste. Un día muy triste.

—Los periodistas intentaron subir aquí esta mañana pero les dije que se marcharan. A veces me gustaría que hubiera un portero.

Le hice entrar en mi apartamento.

—Estos son mis amigos, Mak Wing y Kee Chu. Están haciendo novillos para estar conmigo.

El tío Sheldon meneó la cabeza pesarosamente y se agarró el estómago.

—Mi úlcera está haciendo de las suyas. Muy amable de vuestra parte, muchachos, hacerle compañía a Tinker. Debería estar con la familia. Me gustaría tenerla en casa conmigo, pero mi ama de llaves está fuera, una enfermedad en su familia. Y mi chófer, Connolly, se marchó de vacaciones hace dos días, regresa a Irlanda todos los años en marzo, algo que ver con el día de San Patricio. Y esto está tan lejos… —agachó la cabeza. Le dirigí suavemente hacia una silla.

—La pena de dos hace que el dolor sea menor —dijo Mak amablemente.

—Tío Sheldon —me senté en el suelo a sus pies y levanté la vista hacia él—, quiero que sepas que tengo plena confianza en ti.

Sus pequeños ojos parpadearon mirándome.

—¿Ah, sí?

Asentí con la cabeza ostentosamente.

—Sé que tú no hiciste esta cosa tan horrible y yo haré todo cuanto esté en mi mano para demostrarlo. Los muchachos me ayudarán, ¿verdad, chicos ?

Mak y Kee realizaron idénticas pequeñas reverencias.

El tío Sheldon pareció agitado.

—¿Yo? ¿Matar a Lotus? ¿Es eso lo que quieres decir? Pues claro que no fui yo.

—Eso es lo que dije. Sé que tú no fuiste —le di unas palmadas

en la mano sobre el brazo de la silla.

—Pero ¿quién dijo que había sido yo?

—La Policía. Bueno, no es que lo dijeran así por las buenas, pero yo podía adivinarlo. No hicieron más que preguntas sobre ti y la tia Lotus. Que cómo os llevabais, ese tipo de cosas. Toda clase de preguntas. Supongo que cabía esperarlo. He leído en alguna parte que siempre sospechan del marido. Hasta que averiguan otra cosa. No es más que el procedimiento operativo típico.

Se hubiera puesto de pie de un brinco de no ser porque yo estaba de por medio, así que se limitó a retorcerse.

—Pero yo estaba en el pabellón. Cualquiera podría decírtelo...

—Por supuesto. No hay ningún problema. Sólo que si encontraron un poquito de tiempo aquí y allá durante el que no hubieras estado totalmente a la vista... ya sabes, sólo se tardaría unos quince minutos, más o menos, para la ida o la venida... bueno, ya sabes cómo son los policías. Siempre están buscando cogerte en una contradicción.

Miró fijamente su regazo.

—Esta tarde tengo que ver a ese tipo, Severson. Dijo que quería hablar conmigo otro poco. Creí que no quería más que eso... hablar. Para averiguar si yo tenía alguna idea de quién pudiera haber sido.

Me incliné hacia adelante y alcé la vista escudriñándole.

—¿La tienes? ¿Tenía ella algún amigo? ¿Sospechabas que había otro hombre?

Se puso la mano en la cintura y se frotó el estómago.

—No lo sé. No lo imaginaba... pero ahora no sé qué pensar.

—Por favor, no te importe hablar delante de Mak y de Kee —dije yo seriamente—. Estamos aquí para ayudarte. Tienes que tener alguna idea... parecías tan enfadado la otra noche cuando ella dijo que había estado dando clases de arte. Sonó como si tú no la creyeras.

—Últimamente podía ser tan... fría —estaba casi farfullando—. Dolores de cabeza, siempre dolores de cabeza. Antes no era así. Había empezado a tener alguna duda... —me miró, con lágrimas en los ojos—. Pero no lo creía realmente. Había tenido que pasar por un infierno tan espantoso por ella. Dejé a mi mujer, me peleé con mi hijo. ¡Ella no podía hacerme eso!

—La esposa que espera tener buena reputación está siempre en

casa, como si estuviera lisiada —recitó Mak lentamente.

El tío Sheldon eructó y dijo:

—Perdonadme. ¿Me puedes dar un vaso de leche, Tinker? A veces le sienta bien a la úlcera.

Hice señas con la mano a Kee.

—Por favor, tráele un vaso de leche al tío Sheldon. Estabas diciendo...

—El muchacho ha dado en el clavo, durante el último año, más o menos, ella había salido mucho y yo solía preguntarme... durante un período sospeché incluso de uno de mis amigos, pero me dije a mí mismo que me estaba haciendo viejo, con ideas anticuadas. La madurez. No sólo la mujer tiene problemas con la madurez...

Tomó el vaso de leche de la mano de Kee, dio las gracias con la cabeza y bebió de él.

—¿Quién era ese amigo de quien sospechabas? Oh, ya lo sé, no quieres ser desleal, pero supongamos que la Policía te acusa a ti de este hecho tan terrible. De vez en cuando hay que pensar en uno mismo en lugar de en los demás.

Su boca se torció y bebió un poco más de leche.

—Era Damon. Damon Creedy. Me daba la sensación de que ella solía gravitar en su órbita. Si íbamos a fiestas, ella estaba en un rincón hablando con Damon. Salíamos a cenar y era Damon esto y Damon lo otro. Pero de pronto cesó y yo pensé que me había equivocado. Hacía ya meses que ni siquiera pensaba en ello. Ahora ella le trataba como a cualquier otro.

Le hice un gesto a Mak.

—Escribe esto por favor, Mak ¿Dónde vive Damon Creedy, tío Sheldon? Ya que estamos, ¿dónde vive tu hijo Leonard? ¿y cuál era el nombre y la dirección de tu empresa de prendas de mujer?

Se detuvo en la mitad de un trago de leche.

—Damon vive en la Riverside House... ¿Qué vais a hacer con todas estas direcciones? ¿Por qué me preguntas la de Leonard?

Vi que Mak estaba escribiendo lo de Riverside House.

—Y ahora, por favor, no te preocupes. Sólo vamos a ayudarte. Leonard estuvo en este edificio ayer, eso es todo. Pensamos que podíamos preguntarle a él si había visto algo, pero no podemos preguntárselo si no sabemos dónde ponernos en contacto con él, ¿verdad?

El tío Sheldon posó el vaso de leche sobre el brazo de la silla.

—Os vais a meter en líos.

—Te prometo que no lo haremos. ¿Dónde vive Leonard? —me incliné hacia adelante de manera que mi pelo barrió rápidamente su rodilla y levanté la vista hacia él.

—Con su madre, supongo. En Watertown —me dio la dirección —. Preferiría que no provocarais ningún problema con Gertrude. Ella no quiere saber nada de mí y no es que la culpe por ello.

—No lo haremos. Te lo prometo. ¿Y el nombre de tu empresa?.

—¿Qué quieres hacer con eso?

—La tía Lotus trabajó allí antes de casarse. Podría ser que allí hubiera algún hombre, no haría ningún daño preguntando, ¿no crees? y tampoco estaría tan mal si hubiera alguien que fuera más que un amigo.

—Alguien que fuera más que un amigo —susurró la frase.

—El nombre de la compañía es «GC Sportswear», conservaron el nombre. Yo la llamé así por Gertrude hace mucho tiempo —se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Parecía completamente exhausto.

—Hay una salida trasera en este edificio. Te la enseñaré en el caso de que haya alguno de esos tipos de la prensa rondando por ahí —le dije—. Creo que deberías irte a casa. Casi parece como si estuvieras enfermo.

Se esforzó en abrir los ojos.

—No, no. Tengo que ver a ese Severson. Y quería preguntarte algo sobre el funeral: ¿Crees que Lotus querría uno de esos funerales chinos de pompa y boato? Me lo preguntó el de la funeraria y yo tuve que decirle que no lo sabía.

Me levanté y le cogí el vaso de leche. —Creo que a ella le hubiera gustado algo muy sencillo, tío Sheldon.

—¿Lo crees de veras? Eso es lo que también me gustaría a mí.

9

—Siéntese, señor Cohn, —Knute indicó una silla.

Parks empujó la suya desde su escritorio acercándola para sentarse durante la entrevista—. Pensamos que debíamos repasar el orden de sus movimientos de ayer. Usted dijo, según creo, que abandonó la casa a mediodía y llegó al pabellón a eso de la una, más o menos.

—Así es —Sheldon Cohn se frotó una frente pálida—. Y estaba allí cuando ustedes, muchachos, me encontraron a eso de las seis. Debí haber salido a comer algo la primera vez que ustedes intentaron decirme que... —su voz se ahogó.

—Sí, debió de ser así. Junto con Damon Creedy y George Greibel, de acuerdo con el testimonio de esos hombres que lo corroboran. Cruzó usted la calle hasta un restaurante a eso de las cuatro y media, según parece.

Cohn hizo un gesto vago.

—Tal vez a las cuatro, tal vez a las cuatro y media. No estoy seguro. El equipo se tomó un descanso y salimos fuera a comer.

—Digamos que entre la una y las cuatro. ¿Puede usted recordar con exactitud dónde estuvo en el pabellón? Quiero decir, en la pista, en la tribuna, en la oficina, ¿dónde?

Cohn se frotó la frente una vez más.

—¿Cómo puedo decirlo? En todos esos lugares. Dentro y fuera. Haciendo esto, haciendo lo otro. Estuve hablando con corresponsales deportivos durante un rato. Eso debe de haber sido inmediatamente después de llegar allí. Dolph Smith del «Herald» y Con Argent del «Globe», debí pasar por lo menos media hora con ellos, tal vez más. Y luego, en algún momento, a las dos, a las tres quizás, me tumbé en el sofá de mi despacho durante unos minutos,

pues mi úlcera hacía de las suyas. Pero no puedo darles un horario minuto a minuto. Sólo puedo jurar que estuve donde estuve.

—¿Habló usted con la señora Cohn antes de abandonar la casa ayer? ¿Le dijo ella adonde pensaba ir durante el día, a quién pensaba ver?

Negó con su cabeza calva, la dejó caer.

—Había abandonado la casa temprano. Emily, que es nuestra ama de llaves, tenía a algún enfermo en la familia. Lo único que me dijo Lotus es que iba a llevar a Emily al aeropuerto. Eso debió ser a eso de las ocho. Yo aún estaba en casa.

—Uhm, señor Cohn —la suave voz de Parks era aún más desconfiada que de costumbre—. ¿Pensó usted... uhm... pensó usted que su esposa podía haber estado... ahm... viendo a otro hombre?

Knute se esperaba una respuesta más bien jactanciosa. En vez de eso Cohn contestó en voz tan baja que apenas pudieron oírle.

—No lo sé.

—¿Significa eso que cree usted que era posible? —preguntó Knute.

Otro gesto vago.

—No lo sé. Ella es —su cabeza se levantó y sus ojos parecían afligidos—, ella era una mujer hermosa. Más joven que yo. No creo que fuera muy feliz en los últimos meses. Volviendo la vista atrás, no lo creo, no. Pero en ese momento, no pensaba de esa forma. Sólo pensaba que estaba siendo cruel. Debí intentar averiguar el porqué.

—Si había otro hombre, ¿no se le ocurre a usted quién pudo haber sido ese hombre?

Knute sintió lástima de Cohn. No era el más sensible de los hombres, y él lo sabía. No era tan afortunado como el tonto que no sabe que es bobo. No es que pensara que Cohn fuera tonto. Los hombres que eran propietarios de equipos deportivos solían tener la sagacidad como norma, se necesitaba dinero e ingenio para llegar hasta donde había llegado Cohn. Y era muy posible que él hubiera matado a su esposa. Si era así, con esta actitud resultaba absolutamente la antítesis de un tonto. Si era culpable, era condenadamente listo...

—No me gusta ir por ahí dando nombres...

Knute se inclinó hacia adelante.

—Mire, señor Cohn, aquí no se trata de contar cuentos sobre las

asignaturas del colegio. ¡Alguien ha matado a su esposa, hombre! Queremos saber quién ha sido. Y damos por sentado que usted también.

—Lo sé, lo sé. Pero es que es un amigo, un viejo amigo y no puedo creer que él fuera capaz de hacerme eso a mí —Cohn se frotó el estómago—. Está bien. Es Damon Creedy —juntó las dos manos y las cruzó en su regazo—. Pero ¿no irán a decir que yo le acusé? Somos un grupo muy unido, el equipo y todos los muchachos conectaron muy bien con esa idea. Esa es una de las características de los Knights, estamos juntos desde el propietario hasta abajo...

—Sí, lo sé —dijo Knute secamente—, lo he leído en los periódicos. No se preocupe, seremos discretos con el señor Creedy. ¿Tenía la señora Cohn otros amigos, gente no necesariamente amiga suya también?

—No, no. Siempre íbamos juntos a todas partes. Hasta estos últimos meses... pero incluso entonces, juntos. Si ella no quería ir, yo no iba.

—¿Y siempre son sus amigos del grupo de baloncesto?

Cohn asintió.

—Sí, sí, así es como éramos. Como una familia.

—Entonces si había otro hombre, tenemos que buscarle en ese círculo, ¿verdad?

Las pálidas cejas se alzaron hasta lo alto de la frente.

—Supongo que sí. Yo no lo había pensado, pero durante los últimos dos o tres años apenas hemos visto a nadie más. A menos que ella le encontrara en la peluquería o en unos almacenes. Toda nuestra vida social giraba alrededor de los Knights, incluso durante los veranos, la mayoría de los muchachos se quedan aquí —parecía estar a punto de llorar—. No puedo creer que alguien de los Knights quisiera... hacerle daño a Lotus. O a mí.

Y mientras Knute estaba reflexionando sobre cómo un hombre podía haber llegado a los cincuenta y tantos con semejante fe infantil intacta, el teléfono de Knute sonó.

—Disculpe —le dijo a Cohn—. ¿Diga?

—Knute, lamento muchísimo molestarte en el trabajo, pero no tardaré ni un momento.

Brenda, pensó Knute, Brenda Pardue. Ella no sólo no le había llamado jamás a la División Uno sino que tampoco le había llamado

jamás a ninguna parte.

—¿Ocurre algo? —preguntó él, girando la silla buscando la pequeña intimidad que esto podía darle.

—No. No ocurre nada. Estoy deseando hablar contigo, Knute. Creo que es bastante importante. ¿Te sería posible venir a mi casa esta noche?

—Bueno, sí. Claro. ¿Sobre las ocho?

—Muchísimas gracias, Knute, me parece estupendo —y cortó la comunicación.

Lentamente él volvió a colocar el auricular en su receptáculo, y se volvió de nuevo hacia Cohn. El hombre, estaba diciéndole a Parks lo seguro que estaba de que su esposa hubiera deseado un funeral sencillo y digno.

—Y la cremación. Sé que ella creía en la cremación.

Pareció físicamente enfermo y Knute volvió a sentir una vez más esa débil punzada de piedad, pero la rechazó. El hombre por el que sentía lástima podía ser un asesino. A lo largo de los años había aprendido a tener siempre presente esa posibilidad. Algunas veces no le había resultado fácil, pero estaba mejorando mucho en ese sentido.

—Muy bien, señor Cohn. Váyase a su casa pero no se aleje. Queremos poder encontrarle, caso de que le necesitemos.

Cohn se levantó con esfuerzo de su silla igual que un anciano.

—Claro que sí, estoy hecho polvo a decir verdad. No he dormido, mi úlcera me las está haciendo pasar moradas…

Alargó la mano, pareció asombrado de verla allí tendida como si no tuviera la certeza de que el protocolo llevara aparejado el estrecharles la mano a los policías. Parks resolvió su problema apretándole la mano.

Cuando Cohn se hubo marchado, Knute se levantó de su escritorio. Cogió su abrigo.

—Hora de almorzar —le dijo a Parks— y a continuación una visita a Damon Creedy. Y la voz de los Knights será escuchada en la tierra.

10

Sonreí a Damon mientras me ayudaba a quitarme el abrigo.

—Qué sitio tan bonito tienes aquí —dije para entablar conversación.

—Gracias. Tinker, quiero que sepas cuánto lamento lo de tu tía Lotus...

—¿Que lo lamentas? —pregunté con rapidez—. ¿Tenías algo que ver con ello?

No sabía si esas trampas verbales que utilizaban en las novelas policíacas funcionaban de verdad, pero el que no se arriesga no gana.

El aspecto de Damon no era mucho mejor que el del tío Sheldon, si exceptuamos que, para empezar, su aspecto natural era mejor. Ante mi pregunta sus ojos centellearon, como un rayo de luna sobre el agua negra, y me dijo tensamente:

—Claro que no. Ya sabes lo que quería decir.

Yo asentí.

—Perdóname. Llevo dándole vueltas a las cosas como un conejo enjaulado a su noria. Se me ocurrió que tal vez tú la conocías tan bien que podríamos ir atando cabos juntos y pensar quién podría haberla matado.

Me dejé caer de golpe en medio de su sofá lanzándole una de mis miradas más desvalidas.

Damon hundió las manos en los bolsillos de su bata Paisley. Con ella, llevaba pantalón oscuro, zapatillas y un foulard Ascot en la garganta. Un elegante atuendo para estar ganduleando. Supuse que Mak y Kee pensarían que era convencional. Me estaban esperando abajo. Habíamos decidido, después de haber hecho yo un poco de labor de persuasión, que yo podría sacarle más a Damon si subía

sola. Ellos planearon, entonces, ocupar el tiempo charlando con el portero y con el ascensorista. «Averiguad si ella vino alguna vez aquí, si podéis», les había dicho.

—Era una mujer estupenda —dijo Damon, en la forma en que la gente habla de alguien que está muerto.

—Fue muy buena conmigo —convine yo—. No sé lo que voy a hacer ahora que se ha ido —me coloqué una sonrisa animosa—. Pero ya me las arreglaré de alguna manera.

Pareció sorprendió, como si no hubiera caído en la cuenta de mi situación.

—Estoy seguro de que Sheldon cumplirá con su obligación.

—Oh. pero es que no tiene ninguna obligación conmigo. No realmente. Y además, ¿qué pasaría si resultara ser él el asesino de la tía Lotus?

La expresión de Damon era confusa.

—¿Sheldon? Pero cómo… quiero decir, Sheldon sería incapaz, le conozco, le conozco bien. Es igual que un niño por todo este éxito financiero. Y amaba a Lotus. Estoy seguro de que la amaba.

—Es maravilloso que tenga un amigo como tú —le dije.

Parecía tan afligido ante la idea de que el tío Sheldon fuera un asesino que me sentí obligada a reconfortarle.

Damon volvió la cara.

—No sé hasta qué punto he sido un buen amigo —su voz era baja, casi rota.

Pensé: «Ajá, he tocado un punto flaco».

—Oh, él te aprecia mucho, lo sé, me lo ha dicho. Ahora bien, lo que quería preguntarte era esto… creemos que ella debía tener un amigo, ¿sabes? Porque, digo yo, ¿por qué otro motivo iba a quedarse con otro juego de llaves de mi apartamento a menos que quisiera utilizarlo por alguna razón? La verdad es que es perfecto, ya sabes como son las aventuras, se puede ver todo pero nadie puede ver adentro.

—Nunca he estado en tu apartamento —dijo secamente.

—Es verdad, se me había olvidado. Bueno, tú estuviste abajo. Sí, estuviste abajo, estuviste allí la otra noche cuando dijiste que la tía Lotus… sí, claro, claro que estuviste en mi apartamento. Porque tenía que cambiarme de ropa, ¿te acuerdas?

—Sí, creo que sí. Se me había olvidado. Bueno, no fue una

visita. Sólo estuve esperando unos minutos. La verdad es que no me di cuenta.

—Bueno, total, que podías ir a cualquier parte de la casa de apartamentos y a nadie le hubiera importado un bledo. Y todos los ascensores son accionados por los inquilinos y el mío es pequeño, aislado y necesita una llave. Estoy segura de que te acordarás de eso. Una vez que estás en el ascensor estás absolutamente fuera de la vista de todos y lo digo con todas las de la ley.

Me clavó la mirada.

—¿Dices que ella tenía un juego de llaves?

—Sí, lo tenía. Debió mandar hacerlo antes de darme el mío.

—Tal vez el apartamento tenía dos juegos, por si había dos personas viviendo allí. Tal vez se quedara con uno sólo, por si había una emergencia.

Asentí, lenta y respetuosamente. No se me había ocurrido esa posibilidad en absoluto. Tenía que localizar al gerente de los apartamentos para preguntárselo.

—Pero eso no explica lo que estaba haciendo allí.

Atravesó rápidamente la habitación hasta llegar a una ventana. Daba justo sobre el Charles.

Podía haber una docena de razones, todas ellas perfectamente inocentes.

Sin volverse preguntó:

—¿Están seguros de que no pudo haber entrado ningún intruso?

—Eso parece. Ella tendría que haberle dejado subir.

—Los ladrones de pisos, a veces fingen venir a reparar algo, o cosas por el estilo. Puede que ella se creyera ese cuento.

—Sí, supongo que podría ser así.

No cabía la menor duda, él era bastante inteligente. ¿Cómo podía yo conseguir que admitiera ser el amante de la tía Lotus? Eso en caso de que fuera así.

—El funeral será mañana —dije. Le informé del lugar y de la hora tal y como me había dicho el tío Sheldon.

Ahora volvía a mirarme de frente. Pareció diez años más viejo, pensé yo, de repente diez años más viejo como si la idea hubiera acabado de penetrarle y hubiera perdido, perdido la verdad a

alguien a quien amaba.

—Muy bien —dijo—. Allí estaré, por supuesto. Será mejor que envíe unas flores.

Lo intenté una vez más.

—Pero, ¿de verdad no tienes ni idea de en quién podía haber estado interesada? Estoy convencida de que la Policía está buscando a algún hombre.

Negó con la cabeza, mientras sus ojos despedían un nuevo y más frío rayo de luna en su oscura superficie.

—No puedo ayudarte. Era la esposa de Sheldon. Eso es lo que era para mí.

Suspiré y me levanté del sofá.

—De acuerdo. Gracias de todas formas.

Me ofreció el abrigo, y la verdad es que no tuvo ninguna intención de insistir en que me quedara, pero dadas las circunstancias, difícilmente podía esperar que lo hiciera.

—Te veré en el funeral —dijo y luego, como si lo hubiera pensado mejor—: ¿Necesitas que te acompañe?

—No, gracias. Iré con el tío Sheldon.

Eso me recordó algo que se me había olvidado por completo: el coche de la tía Lotus. No se me había ocurrido preguntar si estaba en alguna parte coleccionando multas de aparcamiento. Quizá el tío Sheldon me dejara hacerme cargo de él. Porque, digo yo, ¿de qué servía tenerlo encerrado? Eso no era nada bueno para un coche. Sólo que yo no tenía permiso de conducir. Tomé nota mentalmente de que tenía que ocuparme de eso.

Abajo, Mak y Kee estaban sentados a ambos extremos de una jardinera baja de la entrada.

—¿Habéis averiguado algo? —les pregunté mientras salíamos por la puerta.

El portero, metiendo a alguien en un taxi en la acera, se volvió a mirarnos mientras nos marchábamos.

—¿Y tú? —preguntó Mak cuando estuvimos fuera del alcance de su oído.

Le conté lo evasivo que había estado Damon y del error que había cometido al decirme que no había estado nunca en mi apartamento. Discutimos si se había tratado de un desliz freudiano o si realmente podía haber olvidado que me había estado

esperando. No llegamos a ninguna conclusión, pero convinimos que Creedy era bastante flemático.

—No me habéis contestado —dije cuando hube terminado —. ¿Qué os dijo el portero?

—No quiso saber nada de nosotros —respondió Kee—. Estoy convencido de que pensó que éramos alguna especie de hippies.

—Es por las gafas de abuelita —dije entre paréntesis.

—Pero el chico que se encarga del ascensor, ¿le viste? Puede que tenga diecinueve o veinte años, poco más o menos.

Asentí. Me había subido y bajado pero le había prestado poca atención. Una figura flacucha con una nuez prominente y una cara de acné, es todo lo que recordaba.

Mak y Kee dieron un saltito para que anduviéramos al mismo paso. Un viento de marzo nos sopló en la cara, y me hizo tiritar. Nos agarramos los tres del brazo y Mak dijo:

—Pues bien Arnold, así se llama, Arnold cooperó un poco más. Parece que odia su trabajo, dijo que hacía ya un año que lo tenía, y odia el establecimiento y a los ricos y a los polis y a todo el mundo que lleve el pelo corto… total, que dijo que ese cerdo de Creedy, son sus palabras, que ese cerdo de Creedy solía tener un visitante femenino pero que hacía ya seis meses que no iba por allí.

Miré a Mak con completa admiración.

—¿Te dijo cómo era? ¿Era la tía Lotus?

—El no sabía su nombre, pero dijo, y cito textualmente: «una chinita preciosa». Así que parece que debió ser ella.

Apreté sus brazos con fuerza.

—Oh, eso es maravilloso. ¡Tal vez, después de todo, podamos salvar al tío Sheldon!

11

Knute llamó a la puerta, Brenda la abrió y dijo:

—Hola.

Llevaba un mono de tela fina color oro. Con aquel tipo podía llevar pantalones. Su pelo negro recogido hacia atrás y arriba, le caía en una cascada de rizos por la espalda. Jamás la había visto con un aspecto tan provocativo.

—Hola a ti también —dijo, y se quitó el abrigo.

Brenda lo cogió y pasaron a la sala de estar. En los rincones brillaban luces tenues que alumbraban los lomos de los libros. El Digest de Massachusetts, las Leyes Generales del Tribunal General de la Commonwealth. Brenda era probablemente la mejor secretaria legal que había, pensó Knute y el pensamiento evocó la imagen de su jefe: Charles Evans Greathead, abogado. Knute borró la imagen mental. Había aprendido a no pensar en el jefe de Brenda y en Brenda.

—¿Qué tal están tu madre y tu padre? —preguntó ella, colgando su abrigo en un armario con puerta de celosía.

—Tuve carta el otro día. Mamá dice que les encanta Fort Lauderdale, incluso a Shuddup, el perro. Y dice que no logra comprender por qué no habían ido allí antes a pasar el invierno...

Brenda se rio regresando junto a él.

—Y pensar que era ella la que no quería ir.

—Hasta que papá se puso enfermo, no.

Knute le cogió la mano, la atrajo hacia sí mientras se sentaba en el sofá.

—Estás preciosa —la besó, suspiró y volvió a poner la cabeza en el cojín—. Qué bien me ha sabido. Ambrosia para el hombre desfallecido que vuelve a casa de la guerra.

—¿Has tenido un día muy duro?

El se encogió de hombros.

—Regular. ¿Has leído lo de Lotus Cohn? Es nuestro caso.

—Oh. Sí, sí que lo he leído. Mencionaban toda clase de celebridades. Jugadores de baloncesto y compañía. ¿Has estado estirando el cuello todo el día ante personajes de más de dos metros?

—Están en la lista de espera. Hoy Sheldon Cohn dijo que quizás Damon Creedy podía haber sido el amante de su esposa y Damon Creedy dijo que debía haber sido un ladrón de apartamentos —alargó el brazo para cogerla—. Ya sabes cómo son estas cosas.

Ella se apoyó en él durante un momento.

—¿Qué te parece una copa?

—Uhmm. Dentro de un minuto —se frotó contra su cuello.

Ella le esquivó, y se fue hacia el bar.

—¿Qué ocurre? —dijo él—. ¿Es que tengo mal aliento o algo parecido a lo que dicen en los anuncios?

Ella le sonrió desde lejos.

—Claro que no. Es que quiero hablar un poco y no puedo hacerlo cuando me estás besando.

—De acuerdo, primero la charla y luego los besos.

Ella le lanzó una mirada extraña.

—Ya veremos.

—¿Qué quieres decir con eso de ya veremos?

—Puede que no quieras, cuando haya terminado —regresó al sofá con dos whiskys con soda, le tendió a él el suyo, y luego se sentó frente a él.

—Perfecto —dijo dando un sorbo. Se puso nuevamente cómodo —. Bien, habla. Estás siendo muy misteriosa.

—Lo sé. No pretendo serlo. Es que... es difícil —sonrió, casi tímidamente—, A decir verdad, me he tomado dos de éstos antes de que tú llegaras —indicó su copa—. Para darme falsos ánimos.

El se echó nuevamente adelante, estrechando los ojos.

—Parece muy serio.

—Sí... —ella bebió de su vaso.

El pensó, Greathead ha obtenido el divorcio. Va a decirme que hemos terminado, que por fin ha conseguido lo que quería y que ya no me necesita. Toda la emoción que había sentido por estar con

Brenda empezó a desvanecerse. Ahora tenía una sensación de vacío en el estómago. Su mente le decía, ¿bueno y qué? Esperabas que ocurriría algún día, ¿verdad? Y además, ella no es más que una chica de tantas. Te gustaba, no hay duda, más que ninguna otra, pero sobrevivirás. Siempre has sobrevivido.

—Knute...

—Aquí estoy.

Torció su vaso y volvió a beber de él. Cuando levantó la cabeza, su cara pareció haberse sonrojado, sus ojos le rebasaron con la mirada y ella le habló a la pared que había detrás de su cabeza.

—Una vez me pediste que me casara contigo. ¿Lo dijiste en serio?

¿Lo había dicho él en serio? Recordó haber pensado en ese momento que ella le diría que no y eso es lo que había hecho, si bien no con muchas palabras. —Pues claro que lo dije en serio.

—Entonces —respiró profundamente— la respuesta es sí.

El dejó la copa sobre la mesa y la miró con los ojos abiertos.

—¿Por qué? Después de todo este tiempo, ¿por qué?

—No lo dijiste en serio —inclinó la cabeza. Su pelo brillaba como la seda. Knute se levantó.

—Maldita sea, sí que lo dije en serio. Sólo quiero saber por qué entonces fue que no y ahora que sí. ¿Se ha acabado todo por fin entre tú y Greathead? —las palabras resonaron en la habitación. El nunca había hecho mención de sus relaciones con Greathead, nunca directamente.

Ella apretó las manos en el vaso que sujetaba, levantó la cabeza.

—No tiene nada que ver con nadie más que contigo y conmigo —su mirada era firme aunque su voz tembló ligeramente—. Tengo casi treinta años. Quiero forjar algo, una relación, convertirme en parte de algo antes de que sea demasiado tarde. He decidido que tú eres el hombre con quien más me gustaría forjar esa relación. Ese es el motivo. No hay nada más —su boca se torció y miró hacia otra parte—. ¡Dios mío jamás pensé que tendría que pedirle a un hombre que se casara conmigo!

¿Debo forzar la situación? pensó él. ¿Quiero casarme con ella? Treinta años había dicho ella. El tenía casi treinta y tres. Hace diez años, había tenido chicas a montones. Cada vez menos a medida que pasaban los años, la mayoría de ellas le aburrían. Y el

apartamento, solitario, el precioso apartamento que había sido el hogar feliz de su compañero jubilado, Benedict, de la esposa de Benedict, Bárbara y de su hija, Kim. Ahora era su apartamento, un apartamento que debiera estar lleno de vida y risas pero que lo único que contenía era un policía veterano y un gato envejecido que se llamaba Mein Hair.

—Brenda —dijo Knute dulcemente—. ¿Quieres casarte conmigo, por favor?

Ella se volvió hacia él. Una luz brillaba en sus ojos. Sonrió trémulamente y levantó los brazos.

—Sí, Knute, sí.

12

Kee colgó el teléfono.

—No contestan.

Mak me hizo muecas a través del cristal lateral de la cabina de teléfonos. Abrí la puerta y le dije:

—Ella no está en casa. Vamos, bajaremos hasta «GC Sportswear». Tal vez cuando pasemos por allí tengamos mejor suerte.

—Ojalá —el entrecejo de Mak bajó sus cejas hasta los bordes de sus gafas, fascinantes de contemplar—. Mi primo me presta el Volkswagen sólo por hoy.

—Gracias a Dios —dije yo sin pensar.

—¿Qué quieres decir? —me miró fijamente.

—Que eres un conductor bastante raro, nada más. Pero no te preocupes, puedo soportarlo.

—Hay que ser raro para conducir en Boston —dijo Kee, abriéndome la puerta del coche.

—Yo también necesito conseguir el permiso de conducir —les dije y cerré los ojos mientras Mak machacaba las marchas. Si los espíritus combinados de todos nuestros ancestros nos protegían, no cabía la menor duda de que lo lograríamos.

«GC Sportswear» ocupaba un edificio entero de Atlantic Avenue. Los grandes ventanales de lunas de la primera planta estaban más bien sucios y unas cuantas muestras colgadas con ineptitud en unos maniquíes de la edad de la piedra no me tentaban a ir corriendo a comprar un modelo GC. Pero, tal y como había señalado Kee, se trataba de un negocio al por mayor, no al detalle, no estaban ahí

para vendérmelas a mí sino que estaban preparados para los compradores de prendas de mujer y cuando entramos, encontramos unos grupos de hombres delante o detrás de las mesas hablando de cosas como maxifaldas y blusones con cinturones y dos docenas del modelo 111 l-826s para enviar a Bogalusa.

—¿Sí? —la recepcionista llevaba un peinado cardado pelirrojo con un montón de laca como refuerzo.

Me incliné hacia ella y le pregunté confidencialmente:

—¿Conocía usted a Lotus Cohn?

Me miró con ojos de canica.

—¿A quién?

—La señora Cohn. ¿Conocía usted a Sheldon Cohn?

Unas canicas azules, eso eran sus ojos.

—Aquí no hay nadie con ese nombre.

—Antes era el propietario de la compañía —dejé que en mi voz se notara la impaciencia.

Ella se encogió de hombros.

—Yo sólo llevo aquí seis meses.

Miró más allá de nosotros a un recién llegado que acababa de entrar, le parpadeó batiendo las pestañas.

—Oh, señor Mackay, el señor Fieldston le está esperando.

—¿Quién es el propietario ahora? ¿Quién está al mando de esto?

De mala gana volvió a dirigir parte de su atención hacia mí.

—El señor Hedley es el vicepresidente encargado.

—Me gustaría verle, por favor.

—¿Tiene usted una cita?

—Esa pregunta es ridícula. ¿Cómo puedo tener una cita si ni siquiera sabía quién era?

Volvió la cara fríamente.

—Me temo que hoy está demasiado ocupado para recibirla.

—Dígale que se trata de un simple caso de asesinato —ronroneé.

Sus ojos azules se le salieron literalmente de las órbitas. Exceso de actividad tiroidal, razoné.

—¿Asesinato?

—Ah, MacKay, ahí está, pase en seguida —un apuesto hombre de mediana edad con un traje príncipe de Gales había emergido de una entrada central, y había hecho señales con la mano en dirección al hombre detrás de nosotros.

La recepcionista utilizó los párpados para controlar las órbitas de sus pupilas, al menos eso es lo que a mí me pareció.

—El señor Hedley está fuera de la ciudad.

—Pero si acaba usted de decir...

Se levantó de la mesa y taconeó hacia otra mesa, se inclinó a conversar con los hombres que había allí. Todos miraron hacia nosotros.

—Vamos —dijo Kee—. Lo haremos de alguna otra manera.

Me moví indecisa hacia la puerta. Estúpida mujer. La puerta se abrió y media docena de hombres entraron precipitadamente con el viento de marzo. Tras ellos venía otro grupo, y casi llenaron la habitación.

—Vamos —dije a los chicos—. Seguidme.

Detrás del grueso de los recién llegados me abrí camino hacia ese pasillo central por el que se habían desvanecido el señor Fieldston y el señor MacKay. Si el señor Hedley estaba allí, tenía que encontrarse en esa dirección.

Una puerta al fondo se abrió y se cerró y un hombre de pelo gris con gafas en lo alto de la cabeza, con un viejo jersey marrón, bajó por el pasillo hacia nosotros. Llevaba en los brazos una carga de muestras de material.

—¿Señor Hedley? —pregunté.

—¿Yo? Nooo. Hedley está en St. Louis —y empezó a adelantarnos—. ¿Qué queríais de él?

Yo estaba amargamente decepcionada. Estúpida mujer. Podía haberme dicho inmediatamente que estaba fuera de la ciudad.

—Estoy tratando de encontrar a alguien que conociera a mi tía Lotus. Lotus Cohn.

—¿Lotus Chow? Yo la conocía. ¿Quién has dicho que eres? —retrocedió hasta donde estaba yo.

—Soy su sobrina. ¿Leyó usted lo de su muerte en los periódicos?

Asintió con la cabeza tristemente y las gafas se le deslizaron desde la frente hasta la nariz, Las empujó de nuevo hasta lo alto de su cabeza.

—Sí, vi el artículo. Alguien la quitó , de en medio. El mundo está lleno de chiflados.

—Estamos tratando de ayudar a la Policía a encontrar al asesino. Cuando trabajaba aquí, ¿tenía algún amigo? ¿Alguien que pudiera

tenerle alguna inquina?

Estrechó los ojos mirándome.

—No sabría. Yo no soy más que un simple empleado de taller. Tendrás que hablar con el capitoste que estaba aquí entonces.

—Por eso quería ver al señor Hedley.

—Hedley jamás le puso la vista encima. Vino aquí después de la fusión. Puede que Fieldston sepa algo —se sonrió por algo que estaba pensando—. Si es que te lo cuenta.

—Entonces hablaremos con él. ¿Dónde está su despacho?

—Al final del pasillo y luego a la derecha.

Nos pusimos en marcha y él nos llamó, con cierta huella de diversión aún presente en su voz:

— ¡Pero no le digáis que os envío yo!

Miré hacia atrás.

—Ni siquiera sé quién es usted.

El se rio y desapareció alejándose por el corredor.

La puerta del despacho del señor Fieldston estaba abierta y había una chica dentro, sentada en una mesa. Más allá de ella había otra puerta con su nombre encima. Levantó la vista mientras entrábamos y dijo:

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarles?

—Quisiera ver al señor Fieldston.

—¿Referente a qué?

Me apetecía decirle que su suéter era demasiado estrecho y que el verde no era su color.

—Es personal —contesté fríamente.

—Está ocupado con un comprador —volvió la cara hacia su máquina de escribir como si eso hubiera dejado zanjadas las cosas.

—Esperaremos —nos dirigimos los tres hacia las sillas y nos sentamos en ellas.

La secretaria era un tipo más joven que la pelirroja de fuera. Me recordaba un poco a una guapa intratable que había trabajado en el restaurante de mi padre como cajera. La secretaria no nos prestó atención, había decidido ignorarnos, pensando, sin lugar a dudas, que si lo hacía acabaríamos por marcharnos.

Encontré una copia del «Women’s Wear Daily» y empecé a

leerlo. Las minifaldas estaban decididamente pasadas de moda, decía, incluso las colegialas llevarían las maxis antes del otoño.

—Humpf —dije yo y pasé la página.

La puerta del señor Fieldston se abrió y salió el señor MacKay diciendo hasta la vista. Se detuvo en la mesa de la secretaría, se abrochó el abrigo y dijo:

—¿Qué tal le han ido las cosas, señorita Maple?

Ella sonrió. Había visto q esa guapa e intratable cajera sonreír de esa manera a determinados clientes masculinos.

—Muy bien, señor MacKay. ¿Qué tal todo en Cleveland?

—Estupendo —pensé que empezaría a decir algo más, parecía como si ella esperara que lo hiciera, pero él se dio cuenta de que estábamos allí, así que sólo dijo—: Bueno, hasta la próxima vez, adiós —y salió al pasillo.

La señorita Maple nos lanzó una mirada que era absolutamente letal. Yo le sonreí y dije:

—Ahora está libre.

—Tiene una cita —interrumpió.

—Tarde, al parecer. No estaremos ni un minuto —y los tres nos levantamos inmediatamente y atravesamos la puerta del señor Fieldston antes de que ella pudiera poner en funcionamiento su boca.

Al ver al señor Fieldston de cerca, tuve la corazonada de que llevaba peluca. Sus patillas eran grises pero la parte alta de su pelo era de una especie de color marrón chocolate, como una gorra ondulada.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Hice las presentaciones.

—Tengo entendido que usted conoció a mi tía Lotus en los viejos tiempos. Cuando trabajaba aquí, antes de casarse con el tío Sheldon.

Me dejé caer de golpe en la silla de cuero, no, de eso nada, de plástico, enfrente de él.

El me estudió durante un momento.

—Sí, lamenté de veras leer lo de su muerte. ¿Qué puedo hacer por ti, querida? —se inclinó hacia adelante, como un visitante en un velatorio.

—¿Salió usted alguna vez con ella? ¿Antes de que se casara?

El frunció el ceño y lo borró.

—Mi querida jovencita, soy un hombre casado. A punto de celebrar mi vigésimo quinto aniversario.
—Bien, pues entonces, ¿quién salió? Alguien debió hacerlo, porque digo yo, ella era muy guapa.
—Alguno de los vendedores lo hicieron, tengo entendido. Pero pronto empezó a saberse que ella era la chica del jefe... —se detuvo.
—No se preocupe —dije yo—. Sé que él estaba casado, que se divorció para poder casarse con ella.
—Sí, bueno, después de eso, claro está, quedó estrictamente prohibido ponerle la mano encima —se apoyó en el respaldo, metió la mano dentro de la chaqueta de su traje y sacó un cigarro. Le quitó su envoltura, lo encendió con un encendedor que había sobre su escritorio y ahogó una risa—. Lady Gertrude estaba realmente fuera de sus casillas —dijo recordando.
—¿La primera señora Cohn?
—Eso es. Lady Gertrude. Solía aparecer por aquí como la reina de Saba. Jamás olvidaré el día en que les cantó las cuarenta, apareció aquí detrás del gordo de su hijo, echando chispas y centellas por los ojos. Se la podía oír con claridad hasta desde el taller —echó una bocanada de humo de su cigarro y ahogó la risa.
—Yo crucé unas miradas con Mak y Kee.
—Pero ¿no se le ocurre a nadie que tuviera una amistad especial con Lotus...?
Su intercomunicador zumbó. El apretó el botón.
—¿Sí, señorita Maple? —la caja graznó—. Está bien. Ya se iban. Dígale a la señora Radevan que enseguida estoy con ella.
Me levanté.
—Bueno, de todos modos gracias por recibirnos.
—No faltaba más. Todos queríamos a Lotus, en su día fue una fuera de serie. ¿Cuándo es el funeral?
—Ha sido esta mañana.
— ¡Qué lástima! —y puso una cara—. Hubiera asistido si lo hubiese sabido.
Alargué mi mano para estrechar la suya. El la tomó y dijo:
—Lástima que seas tan baja, pequeña. Hubieras podido ser una modelo atractiva. Incluso de alta moda.
—Gracias, señor Fieldston.
Mientras pasábamos por la mesa de la señorita Maple cedí a una

necesidad incontrolable y le saqué la lengua.

De camino a Watertown, dije:

—Chicos, ¿estáis seguros de que no tenía ningún romance en el Barrio Chino?

—Hemos preguntado por ahí —dijo Kee— y la respuesta es no.

—Hay ciertas personas que piensan que era demasiado engreída. Que creía que ella era demasiado buena para su propio pueblo.

Mak dobló zumbando la esquina y yo me agarré como pude.

La casa de Gertrude Cohn era de ladrillo blanco con una ancha puerta principal blanca y persianas blancas en todas las ventanas. Había un Chrysler azul oscuro aparcado en la amplia calzada.

—Estupendo —pensé en voz alta—, está en casa.

Esta vez no nos habíamos molestado en llamar, la tarde estaba pasando y o la encontrábamos en casa o no. Me alegré de que la encontráramos. Un viaje de ida y vuelta a Watertown con Mak conduciendo era mi cupo.

Kee me golpeó suavemente en el hombro mientras Mak metía el coche en la calzada, esquivando el Chrysler por poco.

—¿Qué vas a decirle?

—La misma historia. Que soy la sobrina de Lotus Cohn, etcétera, etcétera.

—Podría darte con la puerta en las narices o algo parecido.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque debe de seguir odiando a tu tía Lotus, por eso.

Abrí la puerta del coche.

—Para comerte mejor, querida, le dijo el lobo a Caperucita Roja. Por eso sé que va a ser directa conmigo sobre la tía Lotus. No se va a privar de herir ni mis sentimientos ni los de nadie.

Subimos hasta la puerta principal y Mak apretó el botón del timbre. Un tintineo musical resonó en el interior. Esperamos. Un pájaro daba saltitos por el césped.

—Ya está aquí la primavera —dijo Kee—. Ese es el primer petirrojo.

Le di al timbre un buen apretón con un dedo. Antes de que la música hubiera terminado, la puerta se abrió volando y la señora Cohn dijo:

—Estaba al teléfono. Si venden ustedes revistas, no quiero —y empezó a cerrar la puerta.

—Soy sobrina de Lotus Chow —dije rápidamente.

La puerta vaciló, empezó a girar lentamente retrocediendo en sus goznes. Cuando pudo volver a verme, dijo:

—¿Qué quiere?

—Pensé que tal vez usted querría contarme la verdadera historia de mi tía Lotus. Nadie más lo hará.

Nos estudió de pies a cabeza. Era baja igual que el tío Sheldon y también tirando a regordeta. Su pelo era blanco y estaba cuidadosamente peinado en suaves rizos. También era tan vieja como el tío Sheldon, tal vez más vieja incluso. Sus ojos tenían un color más o menos marrón amarillento y tenían unas pequeñas bolsas de piel debajo.

—Estos son mis amigos, Mak Wing y Kee Chu —dije.

—¿Qué tienen que ver ellos con este asunto?

—En realidad, nada —hablé apresuradamente—. Sólo me han traído aquí en coche. Chicos, vosotros podéis esperar en el coche.

Volvieron a bajar los peldaños y se alejaron.

—Pase —dijo Gertrude Cohn. Comprensiblemente, aquello no le hacía demasiada gracia.

La casa tenía alfombras pálidas y paredes pálidas, todo muy señorial y conservador. Me condujo a una sala de estar donde el mobiliario estaba principalmente tapizado de brocado y donde una gran parte parecía ser de anticuario. Mientras me sentaba en un sofá de caracol con una armadura de madera tallada, dije:

—No sé si a usted le importará, pero podrían detener al tío Sheldon... al señor Cohn, por asesinato.

Ella no se sentó inmediatamente, se dirigió en cambio hacia un mueble de caoba, cogió un cigarrillo de una tabaquera de oro taraceada y lo encendió. Verla fumar parecía extraño. Hasta que lo hizo, había parecido la abuela de alguien, toda rizos blancos y almidonada y decorosa.

—No me importa que le detengan o no —dijo a través de la pantalla de humo que se había formado—, pero están chiflados si creen que él es el culpable. No tiene agallas ni para matar a una mosca.

—Yo tampoco creo que haya sido él. En realidad, ese es el

motivo por el que he venido a verla —doblé uno de mis pies en el sofá y me senté encima. Cuando hago eso siempre me hace sentirme más alta—. Creo que tenía un amigo —dije cuando me hube asentado.

—Le está bien empleado —ella se sentó enfrente de mí—. Se lo dije antes de que se casara con ella, esa mujer es demasiado amoral para ti, Sheldon, se lo dije. Demasiado joven y demasiado lista y demasiado amoral. Se había propuesto atraparle y le atrapó. Y no es que eso me sorprendiera. Siempre supe que no era el hombre más brillante del mundo.

—Pero hizo mucho dinero.

Su boca se torció.

—Mi padre le ayudó a empezar. ¿De dónde piensa que sacó el capital para poner en marcha «GC Sportswear»? El no tenía ni un centavo. Se lo dio mi padre, de ahí lo sacó. Menos mal que el pobre hombre ha muerto. Le habría dado un ataque al corazón si hubiera visto lo que su yerno le hacía a su única hija —apagó el cigarrillo—. ¿Quién cree usted que es el hombre?

—No lo sé —decidí no mencionar el nombre de Damon.

Ella frunció el ceño. Las arrugas recorrieron de arriba abajo el espacio entre sus cejas.

—Ojalá pudiera ayudarla, créame. Tal vez Leonard tenga alguna idea. El aún va... iba a verles. Yo le dije: Leonard, ¿cómo puedes? ¿Es que no sientes ningún respeto por tu madre?

—¿Y qué le contestó él?

Me lanzó una curiosa mirada.

—Dijo que sería un necio si cortaba los lazos familiares.

—¿Está él en casa?

—No. El ya no vive aquí. Supongo que yo era una cortapisa para su libertad, mi hijo el vividor —recorrió con la mirada la elegante habitación—. Vivo sola. Totalmente sola.

—Entonces, ¿dónde vive él? Podría preguntarle si tiene alguna idea.

Volvió a fruncir el ceño.

—Usted me la recuerda. Cuando era más joven. Ella era más alta, por supuesto, pero puedo ver el parecido de familia.

—Mi madre era baja, mi padre también. No se puede luchar contra la herencia. ¿Estaba usted a punto de darme la dirección de

Leonard?

Continuó mirando fijamente.

—Creo que tal vez él se coma a las muchachitas como usted. No sé de dónde le han salido sus costumbres de vagabundo, desde luego no de mi familia —recitó una dirección en el Fenway de Boston y yo la memoricé—. No diga que no se lo advertí. No tengo nada contra usted, a pesar de que me la recuerda.

Le di las gracias y me levanté para marcharme. Ella no se levantó, continuó allí sentada. La colilla del cigarrillo no estaba apagada, me pareció. Un hilo de humo serpenteaba en el aire como incienso.

Me volví al llegar a la puerta.

—Ahora que ella ha muerto, ¿estaría usted dispuesta a volver con él?

Volvió su blanca cabeza hacia mí pero no creo que me estuviera viendo.

—No —dijo como un palo—. Jamás.

13

—No me gusta —dijo Knute.

Parks asintió aprobando.

—Supongo que lo que hay que hacer es decirle a la señorita Toy que ponga fin a la investigación privada que ha comenzado.

—Decírselo es una cosa, conseguir que lo haga es otra.

—Tendremos que contarle lo de los tres juegos de llaves. Eso debería ponerla en guardia.

Knute arrugó la boca.

—He estado pensando en eso. El gerente, o superintendente como se autodenomina él, nos dijo que sólo había tres juegos de llaves además de la llave maestra; dos por si había dos ocupantes y un juego extra de emergencia por si uno de los inquilinos perdía su juego. Ninguna posibilidad de que alguien más tuviera un juego o acceso a la llave maestra, en eso es categórico. La señora Cohn se hizo cargo de los tres juegos cuando alquiló el apartamento. Tinker tiene un juego, la señora Cohn otro, eso significa que hay un juego por ahí listo para ser utilizado. Si se lo decimos a la chica, ella se lo dirá a sus amigos y las llaves pueden ir a parar al fondo del río Charles. Porque hay muy buenas posibilidades de que, sea quien sea quien tenga el tercer juego, haya cometido el asesinato. Por otra parte, si el asesino no oye ningún alboroto, podría conservarlas y nosotros podríamos tener la suerte de encontrárselas en su poder —Knute añadió irónicamente—: He dicho que podríamos tener la suerte. Debí decir en caso de que se produzca un milagro.

—Pero si la muchacha continúa fisgoneando por ahí, el asesino podría tener la tentación de utilizarlas para entrar en su apartamento.

—Suponiendo que piense que ella es peligrosa.

—Los asesinos tienen inclinación a ponerse nerviosos.

—Sí. Tendremos que decírselo. Quizá sea el argumento decisivo en nuestra maniobra disuasoria. Nos acercaremos a su casa después de hablar con Leonard Cohn. ¿Cuándo tiene que venir?

Parks miró su reloj.

—Hace diez minutos que debía estar aquí.

Los detectives Pinkerton y Dracutt estaban entrando por la puerta; se detuvieron a intercambiar bromas con el ayudante de Granger, Davoren. Se acercaron con paso tranquilo a la mesa de Knute y Pinkerton le dijo a Dracutt:

—¿Te han comprobado alguna vez los ojos?

—No —replicó su camarada con cara seria—, siempre han sido azules.

Continuaron su camino hacia sus mesas en el rincón más lejano y Knute les dijo al pasar:

—Pinky, el ser padre dos veces no te ha servido de nada para mejorar tu sentido del humor.

—A propósito de eso —intervino Parks—. ¿Vas a venir a la fiesta del bautizo?

—Sí. Allí estaré. Oye, ¿puedo llevar a un amigo?

—¿Un amigo? Claro. Cuantos más, mejor.

«Brenda y yo iremos al bautizo del brazo como un matrimonio mayor», pensó Knute. ¡Vaya, pero si ya se estaba domesticando!

—Busco a los detectives Severson y Parks —la voz que provenía de la entrada y hablaba con Davoren, hizo levantar la vista a Knute.

Leonard Cohn llevaba una trinchera color crema con cinturón ancho y charretera. Mientras se acercaba a la mesa, Knute vio que era de ante. Muy a la moda, pensó.

—¿Leonard Cohn? Le estábamos esperando. Siéntese —dijo.

—¿Llego tarde? —preguntó Leonard, mirando su reloj de pulsera. Se lo acercó al oído y lo sacudió—. Mi reloj debe andar mal. Y lo del aparcamiento es terrible. Se desabrochó el cinturón y los botones de la trinchera, se estiró en la silla como si estuviera en el cuarto de estar de alguien—. Ustedes querían preguntarme sobre Lotus, me imagino. Lo que hice el día de... y todo ese tinglado.

—Esa es, más o menos, la idea general.

—Bueno, como le dije al poli ayer, yo estaba visitando a un cliente en el mismísimo edificio. La cita era a las cuatro en punto y yo fui puntual. Su nombre es…

—Sí, ya lo hemos comprobado. ¿Cuánto hace que tiene negocios con el señor Heerson?

—Un montón de tiempo. El tiene a este grupo de tipos, un club supongo que los llamará usted; son cámaras aficionados. ¿Ya sabe? Bien, todos los meses, más o menos, celebran su propia reunión de películas, su propio festival de cine. Me encargan unas cuantas películas a mí y yo se las paso en su proyector. Para hacerme una idea de lo que desean. Heerson es un excelente cliente.

—Películas porno —dijo Knute.

Leonard pareció ofendido.

—Por todos los diablos, no. Películas artísticas. Nada diferentes de las que se pueden ver hoy en cualquier sala cinematográfica. Si uno tiene más de dieciocho años, eso es, sólo que mejor hechas. Bueno, éstas tienen un toque personal. Para un público selecto, para que no tenga que tragarse toda esa basura comercial. Tengo una lista en exclusiva realmente buena. Debería usted venir a verlas alguna vez. Celebrar una fiesta y enseñarle a sus camaradas cómo pueden ser las películas de verdad.

—¿Cómo se llevaba usted con su madrastra?

Leonard se encogió de hombros y se rascó la nariz.

—Igual que con cualquier mujer. Bueno, cualquier mujer que no se parezca a una bruja o a la novia de Frankenstein con la que no te apetece comerte una rosca.

—¿No se sintió resentido con ella, cuando su padre se divorció de su madre y se casó con ella?

—Claro que sí. Casi me da un soponcio. Yo fui quien averiguó todo el asunto y se lo dije a mi vieja. Tal vez no debiera haberlo hecho, pero eso no habría cambiado las cosas. Ella le tenía en sus garras y no le hubiera soltado. ¿Qué podía hacer yo? Era un chaval de poco más de veinte años. A medida que se envejece se da uno cuenta de que esas cosas ocurren. No es el fin del mundo.

Parks mordisqueó la goma en el extremo de su lápiz.

—¿Conocía usted a la señorita Chow antes de casarse con su padre?

—¿Qué quiere decir con que si la conocía? Pues claro. Sabía

quién era. La veía en el taller cada vez que bajaba por ahí. Ella pasaba los modelos del viejo para los posibles compradores.

—El taller —repitió Knute—. Tengo entendido que a usted no le apetecía nada seguir los pasos de su padre.

—¿Bromea? Así es como a uno le sale una úlcera, con todos esos problemas de sindicatos y de plazos de envío y ¿cuál va a ser el estilo del año que viene que le vaya bien a la señora Murphy? Ropa barata para saldos de sótanos, a eso se reduce el asunto. Yo marco mi pauta, no sigo la moda de nadie. Y me gusta llevar mi propio negocio, no el de otros.

—Su padre se casó con la señorita Chow hace casi nueve años —dijo Parks casi como en sueños—. Eso significa que ella tenía veintitantos años y usted poco más de veinte. ¿Salió usted alguna vez con ella?

— ¡Si ni siquiera sabía que yo existía! Ella iba detrás del premio gordo.

—¿Intentó usted salir con ella?

—No. No quise decir eso. Yo sólo sabía que ese era su punto de vista.

—¿Cómo se llevaban su padre y su madrastra?— Knute reanudó el interrogatorio.

Leonard se miró fijamente las manos. Eran manos rollizas con dedos regordetes y uñas de manicura.

—Como se lleva la mayoría de la gente casada. Peleas pero sin puro de premio.

—¿Quiere usted decir que discutían pero que no estaban al borde de la ruptura?

—¿Ella soltarle a él? ¿Está usted de broma? El tenía la pasta, hombre, y ella quería seguir teniéndola bien agarrada. De lo único que se preocupaba era de que él me dejara fuera de su testamento. ¿Lo sabían? No quería dejarle ni un centavo a nadie.

—¿Cómo lo supo?

—Ella me lo dijo. Lotus no se andaba con tapujos.

—Entonces deduzco que usted no le gustaba nada.

—Eso no lo sé, pero no creo que tuviera nada que ver. Ella hubiera asaltado a su propia madre llegado el caso.

—¿Le excluyó él de su testamento?

Leonard respondió a Knute con la misma mirada fija:

—No tengo ni la menor idea.

Knute encontró fascinante la respuesta.

—¿No le interesa?

—Claro que me interesa. Usted no conoce a mi padre. Regáñele por algo y él seguirá adelante y lo hará sólo por testarudez. Lo mejor que yo podía hacer era callarme y dejarme ver por allí.

Parks volvió a la carga una vez más.

—¿Albergaba su madre algún resentimiento contra la señorita Chow?

Leonard le miró con los ojos abiertos y rio:

—¿Lady Gertrude? Ese es el apodo que le pusieron cuando yo era un niño. Si cree usted que ella iba a mancharse las manos con la sangre de Lotus Chow... ¡Bah! Lady Gertrude adopta la actitud que conlleva su nombre. Ella está por encima de toda la basura. Si uno no es miembro de la alta sociedad, mi madre no le tiene en cuenta. Ella le mira como si fuera transparente.

—¿Recibe usted una asignación de su padre? —Parks cambió bruscamente de tema.

—¿Que si yo... qué?

—Viste usted bastante bien. Veo que tiene un apartamento en el Parkway. Sólo pensaba que debe usted gastar un buen montón de dinero.

—Ahora no pretenda hacerme las cuentas en los bolsillos. Vivo bien. Mi negocio funciona suficientemente bien.

Mi viejo no me ha dado ni un penique desde que abandoné la Universidad.

—¿Se lo da su madre?

Los ojos redondos de Leonard se empequeñecieron.

—Puede que me ayude de vez en cuando. ¿Adonde quiere ir a parar?

—Simple curiosidad —dijo Parks.

Leonard lanzó una mirada feroz durante un momento, luego volvió a mirar su reloj. Parecía que volvía a funcionar porque dijo:

—Oigan, muchachos, no pretendo comer y salir corriendo, pero tengo una cita de negocios esta tarde. ¿Cuánto va a durar esto?

—Déjeme ver sus llaves —dijo Knute.

—¿Mis qué? ¿Las llaves de mi coche? ¿Qué clase de llaves?

—Todas las llaves que lleve usted encima. ¿Tiene usted llavero o

algo? Estupendo, déjeme verlo.

Leonard pareció querer discutir, pero se lo pensó mejor y hundió la mano en el bolsillo de su trinchera.

—Aquí tiene las llaves del coche —dijo extrayendo un juego—. Y estas son las llaves de mi apartamento, la llave de un club playboy, la llave de mi archivo de películas, la llave de mi armario en el gimnasio y la llave de una caja de seguridad. ¿Le parece suficiente?

Knute las examinó y se las volvió a tender.

—Ahora puede irse. Ya le encontraremos si le necesitamos.

Llenándose los bolsillos de llaves, Leonard dijo:

—No me ha preguntado si tenía alguna idea de quién pudo haber hecho el trabajo —ya no parecía tener tantas ganas de irse como antes.

—¿Tiene usted un candidato?

—Podría decirse que tal vez, Más de uno quizás. He oído rumores de que ella y Damon Creedy habían tenido mucha amistad. No sé hasta qué punto eran ciertos los rumores, pero los oí.

—Nosotros también los oímos. ¿Quién más?

Leonard pareció pensarlo. Knute tuvo la decidida impresión de que estaba comprobando todos los blancos antes de efectuar su tiro.

—Bueno —dijo arrastrando las palabras—, está todo el equipo de baloncesto, para empezar.

14

Mak y Kee me dejaron en casa de camino hacia la casa del primo de Mak para devolverle el Volkswagen.

—Nos acercaremos más tarde —dijo Kee—, porque ahora tenemos que ir a trabajar.

—El trabajo tiene raíces amargas pero dulces frutos —cantó Mak.

—No hay miel sin abejas, ni dinero sin trabajo —añadió Kee.

—Está bien —les dije—. De todas maneras necesito tiempo para pensar intensamente.

Contemplé el coche mientras se alejaba dando respingos, crucé los dedos para desearle suerte y me fui arriba.

Acababa apenas de embutirme en una bata confortable cuando el intercomunicador hizo ruidos. Descolgué y Henry Darling dijo:

—Me arriesgué a ver si estaban en casa. ¿Puedo subir?

—Claro. ¿Quieres té?

—¿Té? No te molestes...

—No es ninguna molestia. Ya tengo la tetera en el fuego. Te veré en el ascensor.

Metí deprisa los pies en las zapatillas y bajé. Allí estaba de pie cuando se abrieron las puertas, y parecía en cierto modo ,el doble de grande de lo normal. Tal vez fuera porque yo llevaba unas zapatillas bajas por lo que él parecía más alto, o tal vez porque llenaba el pequeño ascensor hasta casi el máximo de su capacidad.

—Te vi en el funeral pero no tuvimos ocasión de hablar —le dije.

—No puedo creerlo. No puedo creer que ella esté muerta.

Yo pensé, se lo creería si la hubiera visto en el suelo de mi cuarto de estar, pero sabía a lo que se refería. Cosas como esas les

ocurrían a otras personas, eran historias que se contaban en un periódico de alguien de quien nunca se había oído hablar. Como esa foto mía que habían publicado en uno de los periódicos, sacada a distancia con Mak y Kee corriendo detrás de mí. Mirándola, yo ni siquiera sabía quiénes eran esas personas, a pesar de que decía abajo: «La señorita Ming Toy, sobrina de la asesinada Lotus Cohn, en cuyo apartamento tuvo lugar el asesinato. La señorita Toy y Sheldon Cohn, el marido de la mujer asesinada, propietario de los Boston Knights, se han negado a hacer declaraciones. El detective Knute Severson, que investiga el caso, dice que los amigos y parientes de la señora Cohn están siendo interrogados. En el pabellón deportivo, George Greibel, gerente y entrenador del equipo, ha dicho que los Knights se han dispersado para la temporada y que no habrá ningún comentario por parte de ningún miembro de la organización de los Knights hasta que la Policía no haya completado su investigación.»

—¿Qué tal está Sheldon? —preguntó Henry al llegar a mi apartamento.

—Todo lo bien que se puede esperar. Hoy aún no he hablado con él, pero tengo intención de llamarle. No debería estar solo en absoluto.

—Le llamé antes por teléfono, pero no me contestó nadie. Pensé que tal vez estaría aquí.

—Siéntate. Traeré el té. Lo siento, pero no tengo nada más fuerte.

El me siguió a la cocina.

—No tiene importancia. ¿Te molesta que vaya contigo? Es estúpido, lo sé, pero no hago más que pensar que allí fuera es donde la encontraron... donde tú la encontraste. ¿A ti no te pone enferma?

Levanté la vista hacia él. A pesar de su tamaño, poseía una cualidad infantil; me recordaba de algún modo a Mak y a Kee. Supuse que algunos hombres jamás se libraban de ella, era como una tendencia que me hacía querer darle palmaditas en la cabeza diciéndole: «Vamos, vamos.»

—Yo es que no pienso en ello. No serviría de nada —dije, sin embargo.

—Creí que querrías mudarte.

—No, creo que no. No me importaría vivir con el tío Sheldon,

pero él no me ha invitado. Y además, resultaría difícil ir y venir de clase.

Serví el té en tazas y llevé la bandeja con todo al comedor.

—Siéntate. Pareces... deprimido.

—Cuando le ocurre algo terrible a una amiga... —bajó su voz de su agudo nivel de irritación—. Lo siento, Tinker. Sé que tú estás intentando hacer algo al respecto y no te vas derrumbando por los rincones diciendo que es terrible y nada más. Pero no creo que lo que estás haciendo sea una buena idea.

Le contemplé por encima de mi taza de té.

—¿Qué estoy haciendo?

—Preguntas. Damon me lo contó. A él tampoco le gusta.

—¿Por qué?

—Bueno, por lo que podrías averiguar.

Tenía una cara grande, proporcionada a su cuerpo. Ojos grandes, boca grande. Ninguna arruga en su cara grande, lisa como si un escultor acabara de modelarla en arcilla con manos expertas.

—Ese es precisamente el punto. Lo que yo pueda averiguar.

Se inclinó hacia adelante seriamente.

—Supongamos que tú averiguas quién ha sido. Tú lo sabes y estás ahí sentada, frente a este hombre, y dices algo o se te nota en la cara que lo sabes. ¿Crees que él va a limitarse a decirse a sí mismo: «maldita sea, la chica lo sabe, todo está perdido»?

Yo le di vueltas y vueltas lentamente a mi taza.

—Pero es que yo no pienso darle a entender que lo sé.

—¿Te crees lo suficientemente lista como para jugar a ese juego?

Se inclinó más lejos al otro lado de la mesa. Su cara llenaba la ventana que había detrás de él, bloqueando el horizonte. Sonó el intercomunicador.

—Discúlpame —me levanté y me acerqué a contestar—. Oh, detective Severson. Sí, suba, por favor. Le esperaré en el ascensor —regresé con Henry—. Tal vez debería sacar más tazas, tenemos compañía. No has tomado ni una gota de tu té.

—Oh, no. ¿De veras? Lo siento —se lo bebió de un trago.

—Tengo que ir a buscarles. Volveré enseguida.

—Iré contigo —Henry empujó su silla hacia atrás—. Total, ya tenía que marcharme.

—¿No va a parecer más bien sospechoso?

—¿Qué quieres decir?

—Salir corriendo cuando llega la Policía.

Maldita sea, quería que se quedara un rato. No me había pedido que saliera con él ni nada.

— ¡No seas chiflada! —su boca adoptó un rictus de obstinación. Pero permaneció en su silla.

—Volveré enseguida —volví a decir y le dejé allí.

Cuando volví con los detectives Severson y Parks, estaba en la cocina tratando de hacer funcionar el fogón.

—Tiene demasiados artilugios —dijo—, estaba intentando hervir más agua.

Los detectives dijeron que gracias, que les apetecía tomar té y nos sentamos todos en el cuarto de estar. Caramba, qué guapo era ese detective Severson. Supuse que estaría casado. Así era mi suerte generalmente. Nacida demasiado tarde, ese era mi sino. Demasiado pequeña y demasiado tarde.

Justo entonces el detective Severson no sólo parecía guapísimo, sino que aparentaba estar ligeramente intranquilo. ¿Por qué sería?, me pregunté.

—Yo me he acercado para ver cómo se las arreglaba Tinker —les dijo Henry.

—Tiene suerte de haberla encontrado en casa —dijo el detective Severson, mirándome. Yo le sonreía dulcemente.

—¿Se comportaba la señora Cohn de una manera especialmente amistosa con alguno de los Knights, señor Darling?

El otro detective, el de la cara de niño, había cogido mi dragón de jade y lo estudiaba mientras hablaba.

—¿Lotus? —la expresión de Henry se hizo truculenta—. Era amiga de todos nosotros.

—¿Del tipo maternal o así? —preguntó el detective Severson suavemente. Me sonreí por dentro ante esa idea.

—¿Lotus? Sabe usted... bueno, Lotus no era el sustituto de ninguna madre. Sólo era una amiga. Para todos los muchachos.

Henry estiró sus largas piernas y las volvió a recoger.

—¿Pero no había nadie en especial? —Parks depositó mi dragón

en su sitio V se acercó a mis pósters de los Beatles.

—Nadie en especial —las palabras de Henry salieron como un gruñido.

—No pretendemos hacer insinuaciones —dijo Severson suavemente—. Sólo que la señora ha sido asesinada y alguien tuvo que cometer el asesinato. Cuando alguien mata, siempre hay un motivo... aunque el motivo no sea claro para nadie más. ¿Puede usted recordar alguna pequeña desavenencia, cualquier extraña observación que alguien hubiera realizado con respecto a Lotus Cohn?

—No, no puedo. Todo el mundo la apreciaba.

Henry estaba harto, de eso no había duda. Se levantó con todos sus dos metros ocho o diez centímetros o lo que fuesen.

—¿Tienes que marcharte? —le pregunté rápidamente.

El echó una ojeada a los detectives.

—Como ya te dije, tengo una cita. A menos que estos muchachos no tengan más preguntas.

—No queremos entretenerle —dijo Severson.

—Hablaremos con usted más tarde si le necesitamos —añadió Parks.

—¿Me llamarás? —le dije yo.

—Sí —ya estaba camino de la puerta—. Te daré un telefonazo.

Cerré la puerta suavemente tras él.

—Oh, vaya —dije apesadumbrada—, anda que no es escurridizo —me volví para sorprender al detective Parks mientras disimulaba una mueca frotándose la cara—. Pues sí, lo es. Y no creo que sea tan gracioso.

—Tampoco nosotros creemos que sea gracioso lo que has estado haciendo por ahí —el detective Severson habló con dureza y yo pensé: «lo que faltaba, un sermón».

—¿Yo? ¿Y qué he estado haciendo yo?

—Jugando. A unos juegos que pueden ser peligrosos. Con Damon Creedy y el señor Fieldston en la «GC Sportswear Company». ¿Y quién sabe con quién más?

—No hago más que utilizar mi inteligencia innata. Lo estoy haciendo por el tío Sheldon.

Sacudí la cabeza. Cuando una tiene el pelo largo sacudir la cabeza siempre resulta eficaz.

—Sheldon Cohn dijo que te había suplicado que no te metieras —dijo el detective Parks. Había terminado con los Beatles, al parecer, y ahora parecía estar examinando los libros de mi curso.

—Ya sé que van ustedes a tratar de encajárselo al tío Sheldon. Si no logran encontrar a nadie más, tendrán que hacerlo. Y yo no puedo permitir que lo hagan. Esperen a oír lo que hemos averiguado sobre Damon Creedy...

—Eres una pequeña chiflada y tonta —dijo el detective Severson malhumoradamente, y yo pensé que después de todo tal vez no fuera tan guapo. Le deseé que estuviera casado y que tuviera una esposa gruñona y seis hijos berreantes—. ¡Entrometerse en los asuntos de la Policía! Lo sabemos todo sobre Damon Creedy. Te ordeno que dejes de meter las narices en esto. No estás ayudando, estás interfiriendo.

— ¡Vaya! —le dije yo—. Usted sí que no tiene ni idea de cómo tratar a las mujeres.

Si se creía que iba a contarle algo más sobre Damon Creedy, iba a esperar sentado. ¿No era tan listo?

—Tú no eres una mujer —volvió a intervenir—. Eres una niña.

—Conque sí, ¿eh? —me inflamé yo—. Pues bien, apuesto a que yo sé cosas que usted no sabe.

—Yo sí que sé una cosa que tú no sabes —replicó—. Sé que hay tres juegos de llaves de este apartamento y uno de ellos se está paseando por ahí en el bolsillo de alguien, el del asesino, probablemente.

Me quedé mirándole con la boca abierta. Cuando la cerré, volví a abrirla inmediatamente para decir:

—Bien, ¿por qué no me lo dijo? Podría haber mantenido los ojos abiertos para buscar llaves.

—Te pondré bajo custodia si me obligas a hacerlo.

Se había levantado. Parecía muy grande, no tan grande como Henry, pero decididamente amenazador.

—Mi tío Sheldon me conseguirá un abogado —dije desafiante—. Usted no puede hostigar a un ciudadano.

— ¡Hostigar! —ladró—. Yo sí que soy víctima de hostigamiento. Parks, llama a su tío y dile que o hace él algo con ella o lo haremos nosotros.

El detective Parks avanzó hacia el teléfono pero éste le dejó

chafado al ponerse a sonar. Les miré echando chispas a los dos y fui a contestar.

—¡Diga!

—Hola, princesa. Aquí tu primo Leonard. ¿Qué te parece tener a un primo extrarrápido?

—¿Dónde estás? —pregunté.

Pareció desconcertado.

—En mi casa. Pensé que tal vez podríamos…

—¿Me llevarías a casa del tío Sheldon?

—Bueno, sí. Supongo que sí. Claro...

—¿Quién es? —preguntó Severson.

—No es asunto suyo —le dije yo.

—¿Con quién estás hablando? —quiso saber Leonard.

—Absolutamente con nadie —dije lo más arrogantemente que pude—. Te espero abajo dentro de un cuarto de hora.

—Oye, muchacha... —el detective Severson me había agarrado del brazo al pasar junto a él, con el abrigo en la mano—. Utiliza un poco de sentido común. ¿Es que quieres meterte... en problemas?

—Soy un ciudadano de los Estados Unidos libre y con igualdad de derechos —le dije zafándome de él—. Eso significa que puedo hablar con quien me plazca y salir con quien me plazca con tal de que no infrinja ninguna ley. Pues bien, no estoy infringiendo ninguna ley y, más aún, quiero que entienda que no me gusta que me den órdenes.

Tras eso, salí dejándoles de pie en medio de mi apartamento. Tres juegos de llaves, pensaba. ¿Cómo podría echar un vistazo a las llaves de todo el mundo? ¿Cómo podría hacerlo sin despertar sus sospechas? Mientras bajaba en el ascensor, me vino repentinamente a la cabeza por qué el detective Severson estaba tan agitado. El pensaba que el asesino podría utilizar las llaves para volver a mi apartamento. Pero ¿por qué? ¿Es que se había dejado algo? Que yo supiera, no; y que supiera la Policía, tampoco.

Lo único que podría interesarle al asesino en mi apartamento era yo... especialmente si creía que sabía algo peligroso.

¡Pues entonces! Casi me di la vuelta para subir otra vez.

Cualquier policía con un poco de cerebro lo tendría muy claro. Lo único que debíamos hacer era fingir que yo había descubierto algo y tenderle una trampa. ¡Tan fácil como comerse un pastel! Le

cogeríamos así de sencillo. ¿Por qué a ese guapo detective Severson no se le había ocurrido eso?

Porque no habría querido saber nada del asunto, por eso.

Supe entonces, antes de llegar a la entrada, lo que iba a hacer. Me quedaría con el tío Sheldon hasta que lo organizara todo con Mak y Kee. Entonces descubriríamos el pastel y el tío Sheldon volvería a casa ¡libre!

—Pareces enfadada —me saludo Leonard.

Estaba todo envuelto en un conjunto de ante muy chic. Me recordó a un oso que llevara un abrigo de hombre. ¿Tal vez el abrigo de un hombre vagando por territorio osuno?

Cuando te enfrentes con osos, gruñe tú también, esa es mi teoría.

—Ocúpate de tus asuntos —le espeté, y luego—: Lo siento. Acabo de tener un enfrentamiento con la bofia. ¡Que me aspen si les voy a contar nada!

Levantó sus espesas cejas.

—Oh, ¿es que tú tienes algo que contar?

—Yo sé muchas cosas. Vámonos.

Salimos por la puerta principal y me dio un escalofrío. El viento de marzo se comportaba como debía y hacía frío. Había un «Jaguar» alargado y bajo aparcado en la acera.

—Qué coche más fardón —dije mientras me ayudaba a subir.

—El señuelo para una princesa oriental —me miró de soslayo desde el asiento del conductor.

—Vámonos ya —dije precipitadamente.

Los detectives Severson y Parks estaban saliendo del edificio mirando en nuestra dirección.

—Lo que tú digas.

Accionó el encendido y puso el coche en marcha. El no raspaba las marchas como Mak. Salimos disparados a propulsión a chorro.

—¿Cuántos años tienes, Tinker?

Leonard conducía como si fuera el amo del mundo pero por lo menos mantenía los ojos en la carretera.

—Casi dieciocho —contesté.

—Uh —gruñó.

—¿Eso qué significa?

—Que tienes los suficientes.

El rio con una especie de risa tonta.

—¿Para qué?

—Para lo que tú digas.

No sabía si sentirme halagada o insultada, así que lo dejé correr. De alguna manera me ponía incómoda. No sabía por qué. No era exactamente por algo que hiciera. Era la forma en que lo hacía. Siguiendo un impulso pregunté:

—¿Me das un cigarrillo?

—Claro —sonrió con una mueca—. ¿Corriente o marihuana?

—Con un simple cigarrillo me arreglo. No soy tan estúpida como para engancharme con la marihuana.

El volvió a reírse y me pasó un paquete de Benson y Hedges. Saqué uno y utilicé el encendedor del coche. No tosí ni nada. No fumo a menudo pero sé hacerlo.

—Tú me vas. Te pareces a Anna May Wong en tamaño de bolsillo.

Ahora me tocaba gruñir a mí:

—Ugh.

—¿Qué querían los polis?

—Ponen objeciones a mis actividades.

—¿De veras? ¿Cómo ir a ver a mi madre, por ejemplo?

—¿Te lo dijo?

—Me llamó. ¿Qué te dijo?

Aspiré cuidadosamente el cigarrillo.

—No mucho. ¿Sabes una cosa? Creo que esos detectives nos están siguiendo.

Miró por el retrovisor.

—¿Dónde?

—Allí. El coche oscuro, tres coches más atrás. El Chevrolet.

—¿Quieres que los perdamos?

—No, déjales que se diviertan. Les dije adonde iba.

Siguió mirando por el retrovisor después de eso. Yo no estaba realmente segura de que fueran ellos pero Leonard no lo sabía y lo que Leonard no supiera no le haría daño. Tal vez el detective Severson tenía razón, tal vez debiera sospechar de todos.

Cuando subimos con el coche hasta la casa del tío Sheldon,

pareció oscura y desocupada, pero había un Chrysler azul oscuro aparcado delante de la puerta principal.

—¿No es ese el coche de tu padre? —pregunté.

—Bueno, ¿tú qué sabes?

Leonard pareció… ¿Qué?… ¿Divertido?… ¿Sorprendido? Las dos cosas.

Abrió su portezuela y yo salí por mi lado. Llegué primero a la puerta, giré el tirador. Estada cerrado con llave. Di un golpe con la aldaba.

—¿No tienes llave? —preguntó Leonard.

—No. ¿Y tú?

—Yo, no. Yo no llevo llaves de las casas de otras personas.

Le lancé una mirada penetrante, y la puerta se abrió dando un respingo. La señora Cohn, es decir, Gertrude, estaba de pie en las tinieblas del vestíbulo de la entrada.

—¿Quién es usted?

—¿Dónde está el tío Sheldon? —dije perentoriamente.

—Madre, querida madre, has regresado volando al nido —Leonard le hizo una mueca.

—Está en la cama —me respondió ella, pero a mí me pareció como si hablara con Leonard—. Está enfermo. Todo este asunto le ha puesto enfermo.

—Bien, déjenos entrar —dije.

De mala gana, se apartó.

—No había nadie aquí con él. Me llamó y me dijo que estaba enfermo pero que aquí no había nadie. ¿Qué podía hacer? Y vine.

Di una luz y las sombras se desvanecieron. En los pocos días transcurridos desde la muerte de la tía Lotus, la casa había perdido su pulcro aspecto. Resultaba obvio que Emily aún no había vuelto. Automáticamente recogí periódicos diseminados en el suelo junto a una silla.

—¿Está en su habitación?

—Sí, pero está durmiendo. No le moleste —pareció interponerse en mi camino.

—Sólo quiero entrar a echarle un vistazo —la rodeé, y ella tuvo que apartarse.

Detrás de mí, Leonard le dijo a su madre:

—¿Otra vez montada en la silla? No estés tan segura.

Despacio, abrí la puerta del tío Sheldon. La habitación estaba a oscuras, encontré la lámpara de la mesilla y la encendí. El yacía con la boca abierta, roncando. Los ronquidos cesaron y sus párpados guiñaron ante la luz. La apagué rápidamente y retrocedí, cerrando la puerta.

—¿Es su úlcera? —pregunté al volver al cuarto de estar.

—Pues claro que es su úlcera —a la señora Cohn no le faltó más que hacer un gesto de desprecio.

—¿Ha llamado usted a un médico?

—No es necesario. Sé lo que hay que hacer por él. Ya lo he hecho suficientes veces.

—Bueno, está bien. Pero ahora puede usted irse —me quité el abrigo—. Yo me quedaré con él.

Su cabeza se levantó.

—¿Qué puede usted hacer por él?

Leonard se rio tontamente. Yo le lancé una mirada.

—Necesita a alguien. Y yo soy mejor que nadie —les desafié a que me llevaran la contraria.

Leonard ahogó una risa.

—Estás decepcionando a madre. Ella tenía intención de hacerse la mártir. Además, ¿qué iban a pensar… de una muchacha joven que está sola en una casa con un viejo?

—Tienes una mente sucia, Leonard. Me voy a la cocina a hacer un poco de té —no tenía ninguna intención de discutir con ellos, pero después de abandonar la habitación me detuve en el pasillo, fuera de su vista, y oí decir a Gertrude—: ¿Qué es lo que quiere de él? ¿Qué es lo que quiere esa chica de Sheldon?

—Vaya, madre —el tono de Leonard era absolutamente desagradable—. ¿No lo sabes? Quiere lo mismo que quería su tía. Quiere su dinero.

15

Brenda llevaba un abrigo nuevo, nuevo para Knute al menos; grandes cuadros en un colorido rosa, azul y blanco.

—Estás guapa —dijo él mientras abandonaban la casa de la joven.

—Gracias —parecía apagada. ¿Acaso lamentaba ya los planes que habían hecho de casarse?

El sintió una improvisa rabia irracional y dijo rápidamente:

—Aún no se lo he dicho a nadie.

Brenda se detuvo en los peldaños y le miró.

—Así te da tiempo a cambiar de idea —sintió el impulso de añadir.

—Te dije lo que yo sentía —dijo ella gravemente—. Pero puedes cambiar de idea si quieres.

—No es por eso por lo que no se lo he dicho a nadie.

—¿Ah, no?

—No. No pude... no pude decidir la forma de decírselo a mis padres, llamándoles por teléfono o escribiéndoles.

Ella bajó la vista.

—Yo tampoco se lo he dicho todavía a mi padre.

¿Se lo habría dicho a Charles Evans Greathead?, se preguntó Knute.

—Podría ser que no quisieras casarte conmigo.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos grises parecían tan profundos como cavernas ensombrecidas.

—Tal vez sea mejor que lo olvidemos todo.

—Tal vez lo sea.

Permanecieron de pie en la luminosa luz del sol de marzo, ateridos por el fresco viento.

—Brenda… —empezó Knute y se detuvo.

—¿Sí?

—Yo sí quiero casarme contigo. Muchísimo.

—Yo, yo quiero casarme contigo, Knute.

—Algunos de los muchachos con los que trabajo estarán en la fiesta del bautizo. ¿Te parece que se lo digamos entonces?

Se le formaron hoyitos, una sonrisa rápida, visto y no visto.

—Tal vez sería lo mejor.

La tomó del brazo y delicadamente la introdujo en el coche.

Parks vivía en un apartamento del primer piso de una casa no muy antigua de piedra gris en Boylston Street, bastante más allá del Museo. Había numerosos coches alineados a lo largo de la acera de enfrente y Knute tuvo que buscar un sitio para aparcar a la vuelta de la esquina.

La puerta del apartamento estaba abierta. Un murmullo de voces salió a su encuentro en el vestíbulo.

Pinky Pinkerton y su esposa Gail estaban justo en la puerta. Gail seguía teniendo casi el mismo aspecto que cuando era vigilante de aparcamientos y Knute solía salir con ella. Se quedó gratamente sorprendido por esto. Ahora que era madre de un hijo y una hija, se esperaba que hubiera tenido aspecto de matrona.

—Knute —dijo ella con calor, alargando su mano—. Cómo me alegro de verte.

—Yo también me alegro. Estás estupenda.

—Hola, Knute.

Pinky tenía un vaso en la mano. Contenía algún líquido de color pastel que Knute supuso que era ponche.

—Esta es Brenda Purdue —Knute la empujó hacia adelante—. Pinky y Gail Pinkerton. Pinky trabajó en mi oficina.

—Knute, cómo me alegro de que hayas podido venir.

Parks se abrió paso a través de un racimo de personas y estrechó la mano de Knute. Su cara infantil se había sonrojado y el pelo de delante lo tenía tan derecho como si él, o alguien, le hubiera pasado una mano por encima.

—Barry, esta es mi… prometida, Brenda Purdue —Knute podía haber jurado que todo el mundo en la habitación había dejado de hablar.

—¿Tu prometida? —Gail Pinkerton pareció estupefacta.

— ¡Hombre, vaya despedida de soltero que te vamos a dar! —Pinky agarró la mano de Knute y la estrechó efusivamente.

— ¡Wendy! —llamó Parks a su esposa que, al parecer, se encontraba entre el tropel de gente que abarrotaba el no demasiado grande salón—. Ven a conocer a la prometida de Knute.

—¿Te he oído decir prometida? —preguntó la voz profunda del capitán Granger desde el umbral de la puerta detrás de Knute y éste se volvió a saludarle de modo que no vio a Wendy Parks hasta que oyó una voz suave que le decía:

—Estoy tan contenta de conocerle por fin, Knute. Espero poder llamarle Knute. Barry me ha hablado tanto de usted...

Wendy Parks no tenía nada que ver con la idea que él se había forjado de ella. Tampoco coincidía con la idea que él tenía de una madre flamante, toda sonrisitas y sonrisas secretas y un aire general de orgullo por haber cumplido.

Entre otras cosas, era una muchacha grandona. En realidad no era más alta que su marido, pero de alguna manera le hacía parecer pequeño. Tenía el pelo negro, ondulado, largo y lustroso y unos ojos orlados de negro, color margarita silvestre. Toda ella era una curva: pómulos, barbilla, garganta, busto, cintura, caderas. Había sido formada por una mano generosa.

—¿Cómo está, señora Parks? —dijo Knute. Y cuando ella hizo un mohín, él rectificó convirtiéndolo en Wendy.

—Knute, me alegro tanto por ti.

La señora Granger estaba situada junto a su otro hombro. Una linda gordita con ojos marrones chispeantes, y él se alegró de verla, aparecía tan raras veces. Knute les presentó a Brenda a todos y a Dracutt también, cuando entró y a la tía Luisa de Parks, que le había criado, según parecía, y a la madre de Wendy, la señora Kerr, que parecía una versión más baja y más dura de su hija.

En medio de esta confusión un bebé empezó a lloriquear.

—Oh —exclamó la señora Kerr dramáticamente—. ¡Mi nieta! —y se precipitó fuera de la habitación apareciendo con una pequeña criatura berreante en los brazos, con un faldón largo y blanco. La cría, llorosa aún, fue mecida inútilmente por su abuela mientras la madre de la criatura se reía diciendo:

—Es exactamente igual que yo, siempre tiene hambre.

La tía Luisa fue quien se deslizó a la cocina y regresó con un biberón, llevó a la niña y al biberón al dormitorio y el llanto cesó. Parks trajo a Knute y a Brenda unas copas de ponche que sabía como si estuviera compuesto principalmente de zumo de pomelo con un ligero toque de ginebra. El capitán Granger entabló conversación con Brenda sobre asuntos legales y vino más gente hasta que apenas pudieron caber en la habitación. Knute se encontró encajonado en un rincón con Wendy Parks por un lado y un hombre de estómago prominente que al parecer vivía arriba, por el otro. El hombre del estómago prominente repartía observaciones con doble sentido y Wendy expresaba su agradecimiento, moviendo los ojos y con sonrisas anchas.

Desde el otro lado de la habitación, Parks, aún más colorado si cabe, le gritó algo a su esposa y levantó una caja azul y rosa atada con una cinta blanca para que ella pudiera verla.

— ¡Preciosa! —gritó ella a su vez.

—Eso me recuerda —Knute trató de meter la mano en el bolsillo de su chaqueta, tarea que le dificultaban codos y espaldas, pero finalmente sacó un sobre blanco—. Yo no sé mucho de eso de comprarle regalos a un bebé, así que espero que aceptéis esto —se lo dio a Wendy Parks, que abrió el sobre rasgándolo, reconoció el billete que contenía y exclamó—: ¡Pero qué encanto eres! —y le besó en la barbilla.

La niña volvió a llorar otra vez, un frágil y tenue sonido que de alguna manera se intercalaba en la cacofonía de los adultos.

Knute empezó a abrirse paso de costado fuera del rincón.

—Disculpe. Gracias, muchísimas gracias. Sí, una fiesta estupenda. Sí. ¿Verdad que es estupendo cuando la división tiene la oportunidad de hacer un poco de vida social? Sí, gracias, yo también creo que es muy guapa. Disculpe.

Por fin alcanzó a Brenda que debía haber percibido que venía, a pesar de estar de espaldas, porque dijo inmediatamente:

—¿Estás listo para marcharnos, querido?

Se quedó maravillado fugazmente ante la palabra querido. Ella jamás le había llamado así antes; siempre había sido Knute, incluso durante los momentos de ternura.

—Sí, cariño —contestó y la palabra le supo rara en sus labios—.

¿Y tú?

—Knute —el capitán Granger le agarró del hombro—. No sé cómo decirte lo contento que estoy. Te llevas a una chica muy lista.

—Gracias, capitán. Es bastante despabilada.

—¿Ves a Barry Parks por alguna parte? —preguntó Brenda muy cerca—. Tendremos que despedirnos.

—Está en la cocina —apuntó voluntariamente la señora Granger —. Haciendo más ponche.

Knute le dio las gracias, saludó a los Granger y, tomando a Brenda de la mano, se abrió paso entre los cuerpos apiñados hasta la entrada de la cocina. Parks, aconsejado de un lado por la señora Kerr y de otro por la tía Luisa («Pon un poco más de ginebra, Barry», «No, querido, no demasiada. No a todo el mundo le gusta con tanto alcohol») estaba vaciando latas y botellas en el recipiente del ponche.

—Muchísimas gracias, Barry —Knute habló desde el umbral, mientras Brenda se asomaba detrás de su hombro.

—No iréis a marcharos, ¿verdad? Si la fiesta acaba de empezar…

—Tenemos algo que hacer —le dijo Brenda—. Gracias por la acogida.

—Oh, vamos —Parks se secó las manos en el delantal que se había puesto, fue hacia ellos—. Si sólo estamos a media tarde.

—Tenemos que llamar a nuestros padres —dijo Knute mirando a Brenda—. Para decirles que vamos a casarnos.

Parks… Knute sabía ahora que una parte de su sonrojo era debido al alcohol… les echó los brazos por encima.

—¿No es fantástico? Jamás olvidaré que vuestro compromiso fue anunciado en la fiesta de bautizo de nuestra niña.

—Sí —Brenda le sonrió con una sonrisa de primera de las de Brande—. Eso lo convierte en un aniversario inolvidable.

Se fueron al apartamento de Knute y Mein Hair se restregó contra las piernas de él y Brenda se mantuvo de pie junto a su hombro cuando él se lo dijo a su madre, y oyó a su madre que estallaba en lágrimas de felicidad. Luego Brenda habló con la madre de él y luego con su padre y finalmente Knute volvió a ponerse para despedirse.

—¿Cuándo será, Knute? —quiso saber su padre—. Tu madre me está diciendo que tenemos que asistir a esa boda, no importa

cuándo; dice que por qué no la celebras aquí si va a ser pronto o en nuestra casa de New Hampshire.

Knute miró a Brenda, la rodeó con el brazo.

—Tengo vacaciones en junio y creo que mi novia quiere casarse en su ciudad natal con su padre celebrando la ceremonia en su propia iglesia —les dijo.

Brenda sonrió y mientras su padre continuaba hablando, haciendo planes, Knute inclinó la cabeza y la besó.

16

—El Superintendente y la doncella saben quiénes eran Lotus y Tinker, naturalmente, pero el problema parece ser que ellas no llevaban ahí el tiempo suficiente como para que nadie se fijara en quién las visitaba.

Knute estaba sentado en el asiento de pasajeros del coche, Parks conducía.

—¿La señora Cohn no llevó nunca a nadie con ella?

—Que nadie recuerde, no, excepto la chica, claro. Si ella utilizaba su cerebro, y doy por sentado que lo utilizaba, subía sola y todo posible amigo la seguiría.

—O tal vez viceversa. Si ambos tenían llave. El problema es que el ascensor que lleva al apartamento de Tinker está justo al lado de los ascensores normales. A menos que uno prestara una estrecha atención, no notaría especialmente en qué ascensor entraba uno.

—Y si uno… quería rizar el rizo de la discreción… podía subir hasta el segundo o tercer piso o el que fuera y accionar el ascensor desde allí con la llave.

Parks aflojó la marcha, se estaban acercando al estadio y los sitios para aparcar escaseaban.

—Hay una mujer arrancando. Es esa rubia, allí arriba —le dijo Knute.

—Muy bien —subieron hasta situarse detrás de la rubia y esperaron. Estaba parcialmente encajonada, tuvo que maniobrar con el coche hacia adelante y hacia atrás para poder salir al tráfico. Cuando por fin hubo abandonado el hueco, Parks adelantó el coche y se metió marcha atrás. Un motorista impaciente tocó el claxon mientras Parks realizaba la maniobra final—. Juro que el tráfico cada día se pone peor —comentó mientras apagaba el motor.

Se abrieron camino por la calle bulliciosa y eso también les costó cierto trabajo. Una vez a salvo en la otra acera, entraron en el vestíbulo del pabellón y pararon a un hombre de mantenimiento que estaba fregando el suelo de cemento.

—¿Dónde está el despacho de Greibel? —le preguntó Knute.

—Sigan hasta el fondo, bajo las tribunas. Los vestuarios están enfrente, no pueden equivocarse —replicó el conserje.

Siguieron sus indicaciones y llegaron hasta una puerta de metal verde sin letreros. Knute dio unos golpes secos sobre sus paneles, pero no obtuvo respuesta. Giró el tirador, la puerta se abrió y entraron en una antesala vacía de cuyas paredes colgaban fotografías deportivas. Muy a la vista aparecían Sheldon y Lotus Cohn, estrechándole la mano a éste o aquél, sonriendo alegremente con un trofeo hacia la cámara. Al menos Sheldon sonreía, Lotus llevaba puesta una expresión de Mona Lisa.

A través de otra puerta, parcialmente entrecubierta, oyeron algunos sonidos que indicaban que había alguien. Knute miró dentro y dijo:

—¿Greibel? ¿Nos estaba esperando?

—Pasen, pasen.

El entrenador de los Knights era un hombre grueso, con la corpulencia proverbial de un camionero. Knute trató de imaginarle lo bastante delgado como para haberse movido con facilidad por un campo de baloncesto. Había venido a los Knights después de haber entrenado a un equipo universitario, recordó Knute. Tal vez no todos los entrenadores de baloncesto tenían que haber sido jugadores.

—Siéntense, siéntense. Perdonen el aspecto de este lugar —Greibel removió fajos de correspondencia y lo que pareció ser una pila de fotografías en color de los jugadores de los Knights, de los dos sillones de madera—. Mi secretaria está de vacaciones. En las Bahamas. El despacho es una ruina cuando ella está fuera.

—Como le dije por teléfono, quería charlar un poco sobre las relaciones de Lotus Cohn con el equipo —dijo Knute, mientras se sentaba.

—Y como ya le dije, no hay nada que contar.

Greibel trataba de aparentar serenidad, pero Knute podía detectar la aversión detrás de la fachada. Protegía sus cargos, por

supuesto. ¿Asustado de implicar a uno o más? Knute sabía que tenía que aceptar lo que le contara Greibel con una cierta dosis de incredulidad. Greibel tenía una especie de cara de bulldog. ¿Darle un hueso que roer? Tal vez hablara con mayor libertad. Así que Knute dijo:

—Ha habido rumores sobre Damon Creedy y la señora Cohn.

—¿Creedy? —Greibel escarbó con la mano sobre su escritorio, encontró un pequeño paquete de cigarros, procedió a encender uno. Se las arregló para emplear un par de minutos en el proceso—. ¿Qué clase de rumores?

—Que él y la señora Cohn habían tenido... amistad.

Greibel echó una fuerte bocanada sobre el cigarro.

—Creedy es un extraño, podría decirse. Viaja con nosotros para hacer las emisiones, pero es muy reservado. Está divorciado, creo. Estoy seguro de que lo está. No sé lo que hace para conseguir mujeres.

—¿Salió alguna vez de la ciudad con el equipo la señora Cohn?

Greibel negó con la cabeza ostensiblemente.

—No. Sheldon venía siempre con nosotros. Pero ella nunca.

—Supongo que no es costumbre que vayan las esposas.

—Muy raras veces. A menos que se trate de un acontecimiento especial de algún tipo. Como una eliminatoria fuera de la ciudad. Sólo este año, ha sido una serie que se ha disputado dentro de la ciudad.

—¿Todas las esposas ponen casa aquí en Boston durante la temporada? —intervino Parks.

—La mayoría. La señora Boddley no vino este año, se quedó en Olathe, Kansas. Tienen un hijo con parálisis cerebral. Moverse no resulta fácil para un chico así.

—Boddley. ¿Es ese Lennie Boddley? —Parks estaba tomando notas, así que Knute no se molestó.

—Sí, pero no se meta ideas raras en la cabeza sobre Lennie. Es tan puro que no parece de carne y hueso.

—¿Quiénes son los solteros del equipo? —preguntó Parks.

—Carly Toff lo es técnicamente, pero está totalmente liado con esa cantante de moda, ya sabe, ¿cómo se llama? La del peinado afro y un gran desarrollo torácico.

—Y... —Parks tenía su lápiz suspendido.

—Perry Alvin lo era, pero se casó el otoño pasado. No diga que el matrimonio siempre le sienta bien a un muchacho, porque su juego bajó mucho durante un par de meses después. Y Henry Darling, por supuesto. Henry es nuestro soltero más famoso.

Knute miró mientras Parks escribía cuidadosamente.

—Ahora bien, no se formen tampoco ideas raras en la cabeza con respecto a Henry —Greibel habló con rapidez—. Entre otras cosas comparte la habitación con Ted Thayer y le llamamos Ted el Diácono. Y además, da la casualidad de que se ha echado una novia. Una chica que juega al golf. Vive fuera, en Lynnfield. Henry la conoció cuando él estuvo jugando al golf el verano pasado en el club de campo de ese lugar. Así que tiene de sobra en qué ocuparse.

—¿Cómo se llama ella? —quiso saber Knute.

—Kelly Horvath. Es muy buena en la Liga Profesional Femenina de Golf. Tal vez hayan oído hablar de ella.

—¿La ha visto él recientemente?

Greibel, hubiera jurado Knute, pareció vacilar antes de decir:

—Claro. Ella asistió a los desempates. La vi un par de veces.

—¿Y qué pensaba usted personalmente de la señora Cohn, señor Greibel? —Parks tenía una forma de cambiar de tema que sorprendía a Knute y éste podía adivinar el efecto que producía en el interrogado.

Greibel parpadeó dos veces, parecía tener los ojos desmesuradamente abiertos.

—Lotus trataba muy bien a mi vieja. Siempre la invitaba a las fiestas de la casa, se ocupaba de que ella se sintiera parte del tinglado. He estado en algunas organizaciones que... —y meneó la cabeza—. Hay una gran diferencia en tu vida casera cotidiana cuando tu chica está contenta.

Knute echó un vistazo a su reloj. Era hora de hacer una excursión hasta Lynnfield. ¿Para desenredar otro nudo en la maraña de la cuerda? Si es que Kelly Horvath estaba en casa y no en algún campo de golf del sur.

La encontraron en el campo de golf en Lynnfield. Knute pensó que hacía un frío del demonio pero la señorita Horvath, con pantalón suelto y un anorak, parecía insensible al tiempo de marzo.

—Hay demasiada gente entrenándose en las pistas del Cabo en esta época del año —dijo ella cuando él le comentó lo fuerte que era—. Me gusta cuando no hay nadie a mi alrededor.

Era una chicarrona, casi tan alta como Knute, con huesos escandinavos y pelo trigueño, corto y liso. Sus ojos verdes tenían pequeñas motas doradas que hacían juego con las pecas de su piel pálida. Parecía fuerte y despeinada por el viento como una doncella vikinga. No era nada guapa, pero merecía fijarse en ella, decidió Knute. Cuando le dijo lo que querían, le miró perpleja durante un momento, luego les condujo a un refugio vacío de caddy donde pudieron sentarse al abrigo del viento.

Aún sujetaba el hierro del cinco que había estado utilizando. Lo sujetaba a una distancia prudencial, con la pala sobre el suelo de cemento, y lo estudiaba, como un punto de enfoque.

—Creí que nos casaríamos —le dijo al hierro—. Tenía la esperanza de que lo haríamos —miró a Knute—. No resulta fácil encontrar a un hombre que me haga sentirme pequeña. Henry cumplía ese requisito. Me gustaba.

—Habla usted en pasado.

—Se encogió de hombros como un hombre.

—De alguna manera lo eché a perder. No le he visto a solas desde hace tal vez… seis meses.

Knute miró a Parks que pareció interesado.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Knute con rapidez—. ¿Tuvieron una pelea?

—Se escabulló por las buenas. Al principió pensé que era cosa del baloncesto. Yo había estado en un torneo en el sur y cuando regresé le llamé como solía hacer normalmente, pero nadie me contestó. Me imaginé que el equipo estaría viajando, había perdido el calendario pero cuando lo comprobé, me encontré con que estaban en la ciudad. A pesar de todo, no pensé nada especial. No era la dueña de ningún hombre. Aún no, pensé. Eso es lo que me dije.

Dejó caer el palo en el suelo.

—¿No habló usted nunca con él?

—Oh, claro que hablé con él. Por fin localicé a Ted Thayer y Ted me dijo que no sabía dónde estaba en ese momento, así que le dejé recado. Al no llamarme a su vez, seguí llamando hasta que le

encontré. A mí no me va el papel de tímida y reservada. Así que por fin contestó y yo dije: «Hank, soy Kelly», y él dijo: «Hola Kelly, ¿cómo estás?» y yo supe que todo había terminado.

—¿No le dijo él por qué?

—Oh, recurrió a las excusas acostumbradas. Presión por los partidos y que no se había sentido demasiado animado, lo de siempre. Así que yo dije, bueno, ya nos veremos y colgué. No me divierto nada poniéndome pesada.

Sus clavos de golf rasparon el cemento mientras cambiaba los pies de sitio.

—Pero usted asistió a los desempates.

Bajó la mirada hacia el suelo.

—Sí. El está muy guapo cuando juega al baloncesto. Me gusta mirarle.

De regreso a la ciudad, Knute le dijo a Parks:

—Tal vez sea así como haya ocurrido, o tal vez no… Lotus va en busca de un hombre distinto de su esposo. Se entiende con Damon Creedy durante un tiempo, pero hace seis meses encuentra un nuevo amigo. Tal vez Henry Darling. Ahora bien, Damon tiene su propio piso de soltero, no hay problema. Pero Henry tiene un compañero de habitación, Ted Thayer. Ergo, el apartamento de la sobrina se convierte en un precioso «corralito para jugar». Así es como pudo ser.

—Me parece que será mejor que le hagamos una visita a Ted Thayer.

Parks cambió el coche al carril de la derecha para acortar cogiendo la desviación.

—Sí. Y tener una pequeña conversación de hombre a hombre con Henry Darling.

—Una cosa… ¿Por qué querría él matarla? ¿Porque ella no quería dejar a Cohn por él? ¿O porque él quería romper y ella no estaba dispuesta a consentirlo?

Knute emitió un gruñido evasivo.

—Quien paga, elige. Sabremos algo más cuando charlemos con Henry Darling.

17

Knute pudo comprender por qué a Ted Thayer le llamaban el Diácono. Era considerablemente mayor que los otros jugadores, en su último año quizás, sirviendo al equipo sólo como reserva cuando alguien estaba lesionado. Era alto, aunque no tanto como Henry, y delgado, con pelo grisáceo. Además, llevaba gafas, y todo esto, más una expresión pía, le había granjeado indudablemente el apodo.

Henry no estaba en casa, le dijo a Knute y a Parks, y cuando Knute le contestó que no importaba, que también querían hablar con él, se apartó de la puerta y les pidió que entraran.

—¿Es sobre Lotus? —quiso saber Thayer cuando se hubieron sentado todos.

—¿Qué pensaba usted de ella? —preguntó Knute como si tal cosa.

—La verdad es que no pensaba nada. Ella aparecía en alguna ocasión especial. Era la esposa del gran jefe, y todo eso. Yo estoy, en cierto modo, al margen del equipo, como tal vez sepan ustedes. Me toleran, y eso es prácticamente todo. Soy demasiado viejo y estoy demasiado cansado para mantener su ritmo. Algunas veces me pregunto si no me estarán manteniendo sólo para hacerle de niñera a Henry.

Knute cruzó las piernas.

—¿Es un problema Henry?

Thayer se rio brevemente.

—Las diversiones acostumbradas. Es un muchacho. Forma parte de la imagen del atleta de éxito. Nada serio. Tiene inclinación a saltarse los controles de cama si alguien no le vigila un poco.

Knute creyó haber captado un matiz de envidia en el tono de Thayer.

—¿Y de mujeres, qué?

Detrás de las gafas, los ojos de Thayer temblaron momentáneamente.

—Como dije, lo de siempre. Aún no está preparado para el matrimonio, si es eso a lo que se refiere.

—Tenemos entendido que salía con Kelly Horvath.

Thayer frunció el ceño.

—Esa está muy bien. Si estuviera preparado para el matrimonio, esa es la clase de chica que le iría bien. Una madre, esencialmente. La suya murió cuando era pequeño. El necesita algo así.

—¿Es eso lo que anda buscando? ¿Es esa la clase de chica que le atrae?

Thayer pareció pensativo.

—Ahora que lo menciona, las elige así algunas veces. No siempre... pero si sale con ellas más de dos o tres veces, suelen ser generalmente de ese tipo.

A Knute le habían dado a entender que Lotus no entraba dentro de la categoría maternal. Pero, a pesar de estar muerta, debía haber tenido otras cualidades.

—¿Sabe usted dónde está ahora?

Thayer no lo sabía.

—Ya se había ido cuando volví a casa esta tarde. Ahora que lo pienso, hoy aún no le he puesto la vista encima. Aún estaba en la cama cuando yo salí.

—¿Lleva llavero Henry? —preguntó Parks.

Las cejas de Thayer se levantaron.

—Las llaves del coche. Una llave de este piso. ¿Por qué?

—¿Ha visto alguna llave nueva en él? Supongo que no estará por ahí donde le podamos echar un vistazo.

—Si ha salido en su coche, no. Iré a mirar, pero estoy seguro de que... no, no he visto ninguna llave nueva en él, que yo sepa, no. Pero yo no voy por ahí contando las llaves del llavero de Henry —se levantó y salió de la habitación, y regresó meneando la cabeza—. Como le había dicho, las lleva con él.

—¿Recibía Henry llamadas de mujeres? —Knute reanudó otra vez el interrogatorio.

—Claro. Kelly Horvath, por decir una.

—¿Alguien más que usted reconocería?

—¿Se refiere usted a Lotus Cohn?

—frunció el ceño—. Jamás se me ocurrió pensar en esa eventualidad.

—¿Reconocería usted su voz?

El ceño se hizo más profundo.

—Creo que sí. No tengo la certeza, pero creo que sí —pareció pensar, luego negó con la cabeza ostensiblemente—. No creo que ella haya llamado jamás.

¿Cómo se pondrían en contacto, entonces?, se preguntó Knute. El podía llamarla y si se ponía Sheldon por error, siempre podía urdir alguna excusa por la que telefoneaba. Pero un lío amoroso necesita una doble comunicación. ¿Cómo podía Lotus ponerse en contacto con Henry, si es que lo hacía?

—El día en que Lotus fue asesinada, el último día de la eliminatoria, ¿estaba usted en el pabellón con todos los demás?

—Exacto.

—¿Y el equipo se tomó un descanso a alrededor de las cuatro de la tarde?

—Alrededor de esa hora, sí.

—¿Adonde fue usted?

—Vine a casa.

—¿Vino Henry con usted?

—No.

—¿Sabe usted adonde fue?

—No. El jamás me lo dijo y yo no se lo pregunté.

—Cuando regresaron todos ustedes al pabellón para vestirse, ¿qué aspecto tenía él? ¿Cómo actuaba?

—No presté mucha atención. Parecía estar como siempre. He estado a tratamiento de corrientes. Este último par de años he tenido una lesión en un codo, una cosa crónica, por eso no le vi mucho, antes del partido.

Parks inclinó la cabeza hacia adelante.

—¿Qué tal partido jugó él? ¿Tan bien como siempre?

—Podría haber estado mejor, le he visto jugar mejor, pero nos ganaron a todos —el ceño volvió a fruncirse—. Si no os interpreto mal, muchachos, se os ha ocurrido la idea de que tal vez fuera Henry quien la matara. La chica no era ningún ángel, pero él tampoco es ningún demonio.

Knute se puso de pie.

—Dígale que queremos verle, ¿Quiere? Si no puede ser hoy, entonces mañana por la mañana, a primera hora. Dígale que venga a la División Uno y que pregunte por Parks y Severson.

Thayer se levantó, también, como una torre por encima de ellos.

—Se lo diré. Pero creo que se están ustedes colando en todo esto.

—Si es así, él puede ayudarnos a deshacer el entuerto. Alguien mató a Lotus Cohn. Ella no cogió esa cosa y se dio con ella en la cabeza.

—Bien, ¿y qué me dice de su marido? ¿O de Damon Creedy?

—Así que usted también está enterado de lo de Damon. Debe de haber sido un secreto a voces. ¿Cree usted que Sheldon lo sabía?

—Estoy seguro de que sí. ¿Cómo podía evitarlo?

—Tal vez —dijo Parks—, él se limitó a cerrar los ojos.

Y tal vez, pensó Knute, no los cerró y hemos estado corriendo en círculos en vez de hacerlo en línea recta.

18

Le colgué el teléfono a Kee completamente exasperada. Si les hubiera tenido delante a él y a Mak les habría dado un buen meneo, o un tirón de orejas. Seguro que les habría hecho algo. Parecía que no lograba hacer comprender a nadie mi idea de tenderle una trampa al asesino de Lotus. El problema era que no podía decir lo que quería. La señora Cohn, Gertrude, estaba en la cocina haciendo sopa de pollo y Leonard roncaba en el sofá del salón.

También ellos habían pasado la noche en casa del tío Sheldon. Por mucho que les hubiera repetido que me sentía perfectamente capacitada para atender al tío Sheldon, no habían querido marcharse. Por fin, Leonard, cogió una trompa y se quedó dormido en el sofá y la señora Cohn se había instalado en la que había sido la habitación de Lotus, así que yo me fui a la cama.

Una cosa buena: el tío Sheldon se encontraba mejor por la mañana. Gertrude y yo casi nos habíamos peleado para ver quién le llevaba la bandeja con el desayuno, pero al final había ganado yo y le encontré pálidamente incorporado y apoyado en las almohadas, pero hambriento.

— ¡Tinker! —pareció alegrarse de verme.

—Buenos días, tío Sheldon. ¿Qué tal te encuentras hoy?

El dijo que creía que se encontraba un poco mejor y cuando vio el huevo escalfado y el batido de leche, suspiró.

—Eso tiene buena pinta. Parece como si estuvieran hechos tal como solía hacerlos Gertrude.

—Los ha hecho Gertrude —le dije. Tomé nota mentalmente de que debía repasar la preparación de los huevos escalfados y de los batidos de leche.

—¿Gertrude aún está aquí? —se incorporó un poco más en las

almohadas.

—Y Leonard también.

No pude adivinar por su expresión si se alegraba o si estaba disgustado.

Cuando empezó a tomar su comida, me excusé y salí a llamar a los chicos antes de que se fueran a clase. Mak se había ido pero cogí a Kee que continuó diciendo que no a mis sugerencias crípticas. Capté con la mirada la silueta recostada de Leonard. Estaba claro que necesitaba un medio de transporte y allí estaba, tumbado. Me puse de pie delante de él y dije:

—Leonard, ¿no es hora de que te despiertes?

Abrió el ojo que yo podía ver, farfulló:

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—Dios —exclamó y enterró la cabeza en los almohadones.

Me senté en el borde, cerca de sus pies y traté de pensar en algo que pudiera despertar su interés.

—He estado pensando —dije— que me gustaría ver alguna de tus películas.

Su ojo volvió a aparecer y me miró. Era su ojo izquierdo.

—¿Por qué?

—Me interesa.

Toda la cara se descubrió. Repentinamente estaba totalmente despierto, con todos los cilindros funcionando.

—Eres peor que un demonio. ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—Ya te lo he dicho —protesté yo. Bajé mis párpados para que mis pestañas se vieran sobre el fondo de mis mejillas—. No seas tan estúpido. A una chica le gusta conocer la vida de un tipo. Su ocupación y sus distracciones —le miré a la cara de lleno—. ¿De qué otra forma puede llegar a saber ella si el chico le gusta o no?

No estaba totalmente convencido.

—No te hagas la lista.

Preferí ignorar la observación.

—¿Dónde tienes tu filmoteca? ¿En tu apartamento?

—Una parte.

—¿No podrías hacerme una proyección privada? ¿O es que está todo clasificado X con mayúscula?

—¿Cuándo? —se frotó la cara con la mano, se cepilló el pelo con

los dedos. Los rizos apretados de su cabeza estaban descompuestos. Tenía un rastrojo rubio en la barbilla.

—En cualquier momento —dije con indiferencia—. ¿Te parece bien hoy?

—¿Por qué no? —se puso de pie y se estiró—. ¿Dónde está mi madre?

—En la cocina.

—Dile que nos prepare el desayuno.

—Yo ya he desayunado.

—Entonces dile que me lo prepare a mí. Tomaré prestada la maquinilla eléctrica del viejo.

—Esta mañana se encuentra mejor.

Hizo un mueca.

—Qué bien.

—¿Por qué pones esa cara?

Continuó haciendo muecas y abandonó la habitación. Comprendí que la razón por la que me hacía sentir incómoda era porque no siempre podía adivinar lo que pensaba. Cosa que generalmente podía hacer con las demás personas.

Gertrude estaba canturreando cuando entré en la cocina. Estaba haciendo algo en la tabla de amasar. Miré por encima de su hombro. Por todos los santos, ¡tallarines caseros! Le dije que Leonard quería el desayuno e incluso mientras se lo decía pensaba yo en lo de dejarla allí con el tío Sheldon. Si ella volvía con él, ¿qué posibilidades tenía yo de tener un hogar? Ninguna, concluí, ninguna. Una idea deprimente. Era demasiado joven para ser arrojada a merced de las olas. Tal vez fuera mejor tirar por la borda mi sutil plan para atrapar al asesino de la tía Lotus. Tenía que proteger mis intereses, tenía que hacerlo. Luego, cuando las cosas estuvieran seguras podría dejar de pensar de esta forma y volver a ser una buena chica. Abrí la boca para decir algo cuando sonó el teléfono.

—Yo lo cogeré —dije en cambio y fui a contestar.

Era Emily. Llamaba desde algún lugar del norte o del sur de Maine. Ni siquiera sabía lo de la tía Lotus y yo tuve que decírselo. Fue un shock para ella. No hacía más que decir: «Oh, pobre señora

Lotus, pobre señora Cohn».

—¿Va a volver usted? —pregunté.

Sí, tenía intención de tomar un avión ese mismo día.

— ¡Pobre señora Lotus. Pobre señora Cohn! ¡Qué cosa tan terrible! Mi hermana ha estado tan enferma, que ni siquiera he tenido la oportunidad de mirar un periódico...

—La otra señora Cohn irá a esperarla al aeropuerto —intervine yo.

—¿La otra señora Cohn?

—La primera esposa del señor Cohn.

Eso sacaría a Gertrude de la casa con toda seguridad. Y con Emily otra vez en casa, no tendría tantas oportunidades de jugar a la dama dadivosa.

—Pero yo nunca la he visto. ¿Cómo la reconoceré? —preguntaba Emily confusa.

—Se parece a un pichón gris y rechoncho con una peluca blanca llena de rizos.

—¿Pero cómo voy a reconocerla? —le hizo eco Gertrude cuando se lo dije a ella.

—Tiene un aspecto como si no existiera. Quiero decir que tendrá que mirar dos veces para estar segura de que está allí.

El tío Sheldon apareció tambaleándose en la habitación, vestido con su bata.

—He dejado la bandeja en mi dormitorio —dijo quejumbroso.

—Va a volver Emily —le dije—. Gertrude va a ir a buscarla.

—Y yo voy a llevar a clase a Tinker —dijo Leonard, entrando tras él. Me hizo un guiño.

—Todo está patas arriba —la voz del tío Sheldon era toda una queja.

—No te preocupes, tío Sheldon —le di unas palmaditas en su brazo de felpa—. Todo va a salir bien.

—Espero poder encontrar el camino del aeropuerto —Gertrude apagó la cazuela de la sopa de pollo.

Ojalá hubiera tenido tiempo de tomarme un tazón, olía deliciosamente, pero Leonard me estaba haciendo gestos de «vamos».

—Podría ir Connolly —dijo el tío Sheldon débilmente—. No, se me había olvidado. Se marchó a Irlanda antes de que ella muriera...

—Tendrá que salir hacia las once —advertí a la tía Gertrude.

—Tómate un tazón de sopa, Sheldon —ella me había oído, pero no había acusado recibo—. Hará que te sientas mejor.

—Por Dios, ¡si acabo de comer!

—Hasta la vista —Leonard me cogió del brazo y me estaba llevando afuera.

—Si puedo echarte una mano, papá, házmelo saber.

—No tienes por qué chillarme —la voz de Gertrude se alzó detrás de nosotros.

—Sólo estoy tratando de ayudar.

El tío Sheldon gruñó:

—Se me había olvidado esa desagradable costumbre tuya... siempre importunando a la gente para que coma, como si eso fuera la solución de todo. No me extraña que yo tenga problemas de peso y una úlcera.

—Adiós —dije desde el umbral de la puerta—. Te llamaré más tarde, tío Sheldon —dirigiéndome a Leonard, añadí —: ¿Quieres coger mi abrigo? Está en el ropero del vestíbulo.

La conferencia de la cocina seguía su curso.

—Pues bien, yo no he olvidado el mal carácter que tienes, igual que un oso, eso es lo que eres, y siempre lo has sido. Ni una sola palabra amable para nadie.

Al volver la vista atrás, hacia la cocina, vi a Gertrude quitarse el delantal que se había puesto y tirarlo con rabia sobre la mesa.

Leonard, con mi abrigo en la mano, me hizo nuevas señas desde el fondo del vestíbulo.

—Adiós —volví a decir, con mucha dulzura.

El tío Sheldon esta vez me oyó. Salió de la cocina y me puso la mano en el hombro.

—Eres una buena chica, Tinker, preocupándote de un viejo como yo.

Me puse de puntillas y rocé su mejilla con mis labios.

—No seas bobo, tío Sheldon. Tú no eres ningún viejo.

Leonard puso aquella mueca sarcástica y la mantuvo todo el camino hasta el coche.

Cuando estábamos casi en la ciudad, dije pomposamente:

—Puedes dejarme en mi casa.

—Creí que querías presenciar tu propio festival de cine —dijo

Leonard con mirada escrutadora.

—Antes necesito darme una ducha, cambiarme de ropa, ya sabes...

—Ya somos dos.

Volvió a mirar a la carretera lo cual me pareció perfecto. El tráfico era muy intenso. Me apoyé en el respaldo y planeé mi próximo movimiento.

A mí me parecía que a estas horas la Policía tenía que saber que el tío Sheldon no era su principal sospechoso. Para mí, era Damon Creedy. Porque Lotus le había visitado, eso se lo había dicho el ascensorista a Mak y Kee. Sólo que... si ella podía ir a su casa cada vez que le viniera en gana, ¿por qué iba a cambiarse de repente a mi apartamento? Hace seis meses ella había dejado de ir a casa de Damon. Parecía como si hubiera encontrado un nuevo amigo.

Pero eso no dejaba libre de sospechas a Damon. No, nada de eso. Ese incluso podía ser uno de los mejores motivos. Sólo que... intenté recordar exactamente cómo se comportaba él con respecto a Lotus. Yo no era ninguna experta en amores pasionales, pero por mucho que lo intenté no pude recordar ni una sola mirada significativa entre ellos. Si él la amaba, o la odiaba, lo suficiente como para golpearla en la cabeza con mi perro chino, ¿no hubiera detectado yo algo sospechoso? Ellos habían actuado como... amigos. Viejos amigos. Educados restos de ceniza donde antes había habido maderos consumidos por las llamas. Totalmente distintos de Teddy y Connie, una pareja de California que habían tenido un asunto y luego habían roto y ni siquiera querían dirigirse la palabra el uno al otro. Por mucho que Damon encajara en el papel del asesino, había algo que no terminaba de convencerme.

Sin embargo, jamás le había contado al detective Severson que Lotus acudía al apartamento de Damon. Me había puesto tan furiosa ese día, y además, también había dicho que ellos lo sabían todo sobre Damon Creedy. Debieran haberlo sabido. Si nosotros habíamos podido averiguarlo, seguro que también ellos podrían. A mí me parecía que la Policía no estaba averiguando mucho en ninguna dirección. Yo había pensado que se pondrían a actuar como el FBI o algo así y que luego empezarían a presionar, apretando los

tornillos. Pero no habían hecho más que andar por ahí hablando a la gente con buenos modales, la mayor parte del tiempo. Y mientras, en alguna parte, el asesino de la tía Lotus respiraba libre como un pájaro.

Eso me jorobaba.

¿Qué hacer entonces? No tenía ninguna intención de ir por ahí como una insensata para acabar como la tía Lotus, muerta y fría como una piedra en el depósito, pero a pesar de todo… alguien tenía que provocar algo o acabaríamos todos mirándonos nerviosamente por encima del hombro jugando a «¿adivina quién es? ¿eres tú?». A mi eso no me gustaba. Quería saber dónde estaba con todo el mundo.

Y sabía que era muy astuta. Podía hacer el papel de tonta, me divertía hacerlo algunas veces, a decir verdad, pero ese era mi as en la manga. Pensé que podría avivar las cosas si hubiera tenido la certeza de que había alguien a mano que pudiera apagar la lumbre cuando se saliera el agua del puchero.

Pero, ¿cómo hacer correr la voz de que había descubierto algo incriminatorio? ¿Y qué podía insinuar que había descubierto? Una vez que hubiera solucionado eso y tomado las medidas oportunas para que Mak y Kee se apostaran mi dormitorio, estaría todo preparado. Pero mi descubrimiento tenía que tener sentido para el asesino… ¿Debía tenerlo de verdad? ¿No podía bastar con una insinuación oscura y esperar que él fuera lo bastante impulsivo como para reaccionar? No, probablemente no. El no arriesgaría su cuello otra vez a menos que tuviera la condenada seguridad de que estaba en peligro por el primer crimen. O a menos que fuera un asesino loco, de lo cual tenía mis dudas. Puede que parte de las personas involucradas fueran un poco extrañas, pero yo no sospechaba que ninguna de ellas estuviera demente.

¿Qué era lo que podía hacerle saltar los nervios? Debía estar preguntándose si alguien le había visto llegar al edificio de apartamentos, pero yo no veía cómo podía fingir que había presenciado su llegada. ¿Su marcha, tal vez? Yo no sabía ni cuándo había llegado, ni cuándo se había ido… a alguna hora entre las tres y las cinco, un lapso de tiempo demasiado dilatado para acertar al decir: «¿dónde estaba usted a las tres treinta y siete de la tarde del…?», como esos trucos de los magos que te dicen… «piensa un

número del uno al diez».

¿Huellas dactilares? Debía estar sumamente tranquilo con respecto a eso porque si la Policía hubiera encontrado alguna, era indudable que a estas horas habrían hecho algún movimiento. Habían rociado polvos por todo mi apartamento y habían tomado mis huellas y las de Mak y Kee y me imagino que las de la tía Lotus para compararlas, pero si habían hecho algún descubrimiento asombroso, no se habían molestado en decírmelo a mí. Además, ¿cómo iba yo, una simple chica del montón, a identificar huellas dactilares? Nadie se tragaría eso.

¿Cartas? ¿Fotografías? Si él y Lotus estaban a partir un piñón, ¿habría sido él lo bastante estúpido como para escribir notas amorosas o darle a ella una fotografía? Era imposible decirlo, no había salido nada a la luz, pero un momento… ella podía haber escrito algo, él no tenía forma de saber si ella lo había hecho o no y yo acababa de venir de su casa. Podía fingir que había encontrado algo… ¿Qué… qué podría escribir alguien? ¿Un número de teléfono antes de memorizarlo?

Un número de teléfono. Sólo un simple número de teléfono y yo podría llamar a todos los que me parecían sospechosos y decir: «¿quién está al aparato?» y cuando me lo dijeran, podía decir solamente: «¡Oh!» de un modo raro y colgar. Me mordisqueé una uña. Eso sonaba bien. Quizás pudiera causar un alboroto. Levanté la mirada para ver que nos estábamos deteniendo en una calle que no era la mía.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A mi casa —dijo Leonard—. Está más cerca y tú puedes esperarme mientras me cambio y luego iremos a la tuya y yo te esperaré a ti. A mí me encanta la compañía.

—Pero yo quiero irme a mi casa ahora —protesté yo—. Tengo cosas que hacer. Cosas de chicas. Y además me he perdido un par de días de clases, tengo que organizarme para el curso.

Vaya lata. No tenía ninguna intención de adoptar a Leonard, yo sólo quería utilizarle. Maldita sea, pensé con furia.

El puso aquella mueca suya.

—Cuando viajas en mi carroza, yo manejo los caballos, princesa. Vamos, sube.

—Puedo tomar un taxi —dije enojada. No sabía cuánto dinero

llevaba encima y no me atreví a mirarlo con él observándome.

—¿Asustada? —me dijo burlón.

—¿De qué? —repliqué yo, sacudiendo la cabeza.

Sería mejor ir con él, era más fácil cazar moscas con azúcar. Estaba empezando a recitar refranes cursis como Mak y Kee.

Pero él estaba ligeramente en lo cierto, si que tenía un poquito de miedo de él. ¿Podría ser el asesino?, me pregunté. Mejor será conseguir ciertas garantías.

—¿Puedo usar tu teléfono si subo?

—Claro —dio la vuelta y abrió mi puerta. Aún estaba haciendo muecas como si pudiera leer en mi pensamiento.

Subimos en su ascensor hasta el tercer piso. Llamaría a Mak y Kee y aunque no los localizara, fingiría haberlo hecho para que Leonard se enterara de que alguien sabía dónde estaba y con quién. Eso mantendría el lobo a raya.

El ascensor se detuvo suavemente y las puertas se abrieron deslizándose. Leonard, saliendo detrás de mí, juró en voz alta.

La puerta que había enfrente de nosotros, su puerta deduje yo, estaba parcialmente entreabierta. La cerradura había sido arrancada del batiente y unas astillas de madera pelada yacían en la moqueta. Pasó junto a mí y se metió corriendo en el apartamento.

Yo le seguí y le encontré de pie justo dentro de una pequeña habitación junto al salón, una habitación como un gabinete provista de estantes que contenían latas color gris metalizado de películas alineadas en hileras. Mejor dicho, que habían estado alineadas en hileras, ahora estaban todas esparcidas por el suelo, algunas con las tapas quitadas. Unas películas negras brillantes se arrastraban fuera de las latas como serpientes aplastadas que se escurrían y se estremecían mientras respirábamos sobre ellas.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

El no respondió, empezó a recoger los botes y a fisgar en las etiquetas. Se dedicó a volver a llenar las fundas de películas, mascullando ahora entre dientes, rezongando furiosamente.

—Es obvio —dije yo— que alguien quería algunas de tus películas y no esperaron a pedírtelas educadamente. ¿Qué es lo que falta?

—¿Cómo puedo saberlo? —gruñó. Se enderezó, tenso, como si hubiera pensado en algo. Empezó a comprobar todos los títulos, uno por uno en las latas planas, los comprobó detenidamente, y cuando hubo terminado dejó escapar un pequeño suspiro y permaneció de pie, inmóvil, con los ojos echando chispas.

—¿Qué pasa? —le apremié.

Leonard se volvió, me empujó de nuevo hacia el salón.

—Vamos, te llevaré a casa.

—Pero yo no quiero irme a casa. Y además, ¿no deberías llamar a la Policía?

—Más tarde —me tiró del brazo.

—¿Quieres decir que no piensas llamar a la Policía? ¿Qué es lo que falta? ¿Qué tenías ahí dentro?

Me volví a leer las etiquetas que él había estado repasando. Vislumbré fugazmente un título, *Tanya y los Cosacos*, decía, y luego él me alejó y cerró la puerta del gabinete. Su cerradura también había sido forzada, con no demasiada finura pero con mucha determinación.

Mi cerebro estaba trabajando como una computadora.

—Tú tenías una película de alguien… y ahora ha desaparecido —hice una suposición descabellada—. La tía Lotus. Tú tenías una película en la que salía la tía Lotus. Seguro que la tenías. De cuando empezabas en el negocio y ella era una joven modelo. Tal vez necesitaba extra y tú le pagaste… o tal vez ella y tú…

Se volvió hacia mí con furia y yo creí por un momento que me golpearía.

—No sabes lo que estás diciendo. Si continúas dándole a esa preciosa boquita, alguien va a acabar cerrándotela.

—¿Chantaje? —me pregunté en voz alta—. ¿Es eso a lo que te dedicas con estas películas? ¿Sabía el tío Sheldon que tenías una película en la que salía la tía Lotus…? ¿Cómo la titulaste? ¿Madame Butterfly y la Armada Británica? De todas maneras, ¿qué hacía ella en la película? ¿Posar sin ropa?

Ahora estábamos en la puerta del exterior y él se detuvo en seco. Un pequeño escalofrío de temor me recorrió el cuerpo. Si él estaba chantajeando a la tía Lotus eso podía explicar un montón de cosas. Podía haber tenido una cita con ella en mi apartamento antes o después de su cita de negocios con ese otro hombre, podía haber

subido y ella podía haberle dicho: «Leonard, me niego a pagarte ni un centavo más.» Y él, lleno de rabia, podía haber agarrado el perro chino y...

—No había nada con lo que se pudiera chantajear a Lotus —Leonard habló despacio y con suavidad—. Mi padre conocía la existencia de la película. Se lo conté antes de casarse con ella. Intenté impedírselo contándole lo de la película, intenté que la viera, pero no quiso. Me dijo que no le importaba, que todo el mundo tiene derecho a cometer un error aquí y allá. Se enfadó, se enfadó mucho. Dijo que yo era un piojo de la peor ralea, eso es lo que me llamó y luego se marchó y se casó con ella tan pronto como pudo.

Le miré fijamente.

—¿Sabía Lotus que él lo sabía?

De todas maneras no me habría sorprendido nada que él la hubiera chantajeado.

Su mueca se había vuelto aviesa.

—Oh, sí —se rio en mi cara posteriormente—. «No has podido detenerme, por mucho que lo hayas intentado, no has podido detenerme», se burló de mí y luego se rio. Volvió la cara del otro lado—. Era una mujer terrible...

—Bien, yo pienso que tú también eres bastante terrible —le dije acaloradamente.

Volvió a agarrarme del brazo y sus dedos me hicieron daño.

—Tú eres de la misma calaña —dijo casi entre dientes—. Peligrosa.

—No seas tonto —dije yo.

Luego casi tuve que correr para mantenerme a su paso. Llegamos a casa al cabo de quince minutos y lo único que hizo fue parar el coche y mirarme ferozmente hasta que me bajé.

—¿Adonde vas? —pregunté con un pie en la acera—. ¿Sabes quién se llevó la película?

El no contestó.

—Si no me lo dices yo misma llamaré a la Policía.

Continuó sin haber respuesta. Me bajé completamente del coche, despacio, y éste se alejó con un rugido.

19

Knute esperó a Brenda ante el alto edificio en el que tenían su sede las oficinas legales de Charles Evans Greathead.

Se sintió raro sentado ahí en su coche; jamás la había recogido antes, después del trabajo. La gente que entraba y salía por la entrada le miraba de soslayo, o por lo menos eso le parecía a él. ¿Es que llevaba escrito encima con tinta invisible para que lo leyeran los extraños: hombre prometido que espera nerviosamente a su novia?

Miró su reloj. A estas horas ya debería de haber bajado, debería estar metiéndose en el coche para que pudieran ir a «Pier 4» a cenar y, después, a establecer listas de lo que había que hacer antes de la boda. No habían hecho planes definitivos, pero los harían esta noche. Se asomó por la ventanilla para poder ver el vestíbulo del edificio. ¿Qué la estaba entreteniendo? Muy propio de Greathead, liarla cuando ella tenía que reunirse con Knute. ¿Qué habría dicho Greathead cuando ella se lo hubiera contado? ¿Mi enhorabuena, mis mejores deseos, cuánto siento perder a mi amanuense? ¿O, no lo hagas Brenda, quédate, quédate conmigo?

El tráfico de la hora de la vuelta a casa se arrastraba junto a él, coche tras coche, hombres trajeados mirando fijamente como robots desde detrás de los volantes. Desvió la mirada en dirección a la calle. Contempló a la gente que pasaba. Empleadas de oficina, muchachas con abrigos cortos y botas hasta la rodilla, muchachas con abrigos largos que barrían el suelo, muchachas delgadas, muchachas gordas, de vez en cuando una muchacha a la que se podía mirar, como esa del impermeable blanco transparente.

—Siento llegar tarde —dijo Brenda y él se volvió sorprendido de verla junto al coche. Llevaba puesto su abrigo nuevo de cuadros,

sonreía... ¿Un poco angustiada?

—Sólo estaba mirando a las chicas.

Empezó a bajar para abrirle la puerta, pero ella ya había levantado el seguro así que él alargó el brazo y se la abrió de un empujón. Se deslizó dentro y cerró la puerta tras ella. Esa es la forma en que suben al coche las mujeres casadas, pensó él.

—¿Un día duro? —preguntó Knute.

Ella volvió a sonreír.

—Como siempre. No demasiado largo, sin embargo. Mañana voy a empezar a entrevistarme con las sustituías.

—Estupendo —se sintió repentinamente aliviado. Giró la llave de arranque y el motor cobró vida. Sacó el morro unos centímetros del lugar de aparcamiento, la línea del tráfico parecía sólida y por encima de su hombro, dijo—: Nos pasaremos aquí la vida tratando de salir.

—La paciencia es una virtud —dijo Brenda suavemente.

Después de cenar, fueron al apartamento de ella y empezaron a pensar en las invitaciones.

—Espero que Benedict y Bárbara vengan desde Florida —le dijo Knute—. Quiero que él sea el padrino.

—¿No se lo has pedido todavía?

—No, pero ya es hora de que lo haga, ¿no? Lo haré esta noche antes de acostarme.

—Hay una chica allí arriba, Olivia Dahl, me parece que le voy a pedir que sea mi dama de honor. Fuimos juntas al colegio, éramos buenas amigas. Entonces se llamaba Olivia Angstey; hace años que está casada y tiene tres hijos.

—¿Quieres que haya mucha gente en la boda?

—No mucha. Sólo las personas que apreciemos de verdad.

Knute sonrió.

—Creo que podría contarlas en una sola mano... Tengo que invitar a la boda a toda la banda de la División, por supuesto.

—Y yo tendré que invitar a la gente de mi despacho.

Notó que su sonrisa se desvanecía.

—Por supuesto.

—«Bailaré en tu boda», ¿acaso no había una canción con ese tema?

—Me parece que no voy a llevar traje largo —tenía la goma del

lápiz entre los dientes y la estaba mordisqueando delicadamente—. Algo que me llegue hasta las rodillas, tal vez de brocado blanco si lo encuentro… no, el brocado es demasiado pesado para junio. Seda entonces. Sencilla pero agradable. Y un velo corto.

—¿Y yo qué tengo que ponerme? ¿Frac y todo eso?

—¿Qué te parece una chaqueta blanca? ¿Sencilla pero nada llamativa?

—Lo que tú digas me irá bien —alargó el brazo a través de la mesa, encontró su mano y la estrechó. Ella se la estrechó a su vez y le miró con ojos tiernos.

El teléfono sonó. Brenda se levantó a contestar, le miró desde allí y le sostuvo el auricular para que lo cogiera.

—¿Diga?

—Knute —dijo Parks—. Siento molestarte, pero está pasando algo en casa de esa chiquilla, por lo menos eso es lo que parece.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la División. Me acerqué por un asunto personal y Davoren me agarró. Dijo que la chica había llamado… estaba a punto de llamarte él mismo, dijo que habías dejado este número. He intentado llamar a Tinker hace unos minutos pero su teléfono comunica. A decir verdad, lo he intentado un par de veces…

Iré en seguida. Diez minutos. Espérame ahí delante.

—Tal vez yo debiera adelantarme… —la voz de Parks se fue apagando tímidamente. Knute casi podía verle ponerse colorado.

—Si crees que debes ir, adelante. Yo llegaré inmediatamente.

—De acuerdo. Disculpa otra vez por haberte llamado.

—Yo hubiera hecho lo mismo contigo.

Cuando colgó el teléfono, Brenda le tenía preparado el abrigo.

—Lo siento —dijo y la besó.

—Tengo que ir acostumbrándome a ello —su voz era suave a sus oídos, ella también era suave, sumisa, deseable. La apretó contra sí.

20

Cuando empecé a hacer mis llamadas telefónicas sospechosas, me encontré con que no tenía una lista muy larga.

Damon Creedy, naturalmente. ¿La señora Cohn? ¿Gertrude? La verdad es que no podía creerme que Gertrude fuera la culpable... sin embargo, nunca se sabe. Sólo que, ¿cómo podría utilizar esa artimaña con ella? A Lotus jamás se le habría ocurrido apuntar su número de teléfono. Tendría que ocuparme de ella por separado, de alguna forma.

Intenté imaginarme la escena, caso de que hubiese sido la señora Cohn, Gertrude. Se habría citado con Lotus y ésta le habría sugerido que se vieran aquí. Lotus, elegantísima con su visón, habría estado paseándose por la habitación, irritada, y cuando mi intercomunicador hubiese sonado habría ido hacia él, para oír a la señora Cohn identificarse y bajar luego a buscarla en el ascensor y subir con ella. Sólo que, si había sido así, ¿cuál era el objeto de las otras llaves? Desde luego Lotus no se las habría dado a Gertrude. A lo mejor Lotus las tenía en su bolso todo el rato por alguna razón y la señora Cohn las había cogido por algún otro motivo. Vamos a olvidar eso de momento.

Total, que entraron aquí y Gertrude le dijo a Lotus que quería que le devolviera el tío Sheldon. A lo mejor tenía alguna información que obligaría a Lotus a renunciar a él... ¿Sabría lo de Damon Creedy? No puedo imaginarme a Lotus siendo obligada por Gertrude a hacer nada, pero eso encajaba bien. Lotus se mostraría orgullosa y arrogante y le diría que se fuera a paseo y Gertrude agarraría entonces el perro chino y...

Bueno, podía ser, supuse, pero la verdad es que no acababa de convencerme.

Leonard no estaba fuera de carrera de ninguna manera, pero probé a marcar su número tan pronto como me pareció que le había dado tiempo de volver a casa y nadie me contestó.

Después llamé a casa de Mak y él, cómo no, no estaba. Ni tampoco estaba Kee. Los dos en clase. Les dejé recado a las madres de ambos en sus respectivas casas. Tenían que llamarme en cuanto llegaran.

Damon Creedy y ¿quién más? El equipo de baloncesto. Ni siquiera sabía sus nombres, no digamos sus números de teléfono. Pero en la guía había un número del pabellón. ¿No podría llamar allí y que me pusieran algo en el tablón de anuncios? A quien pueda interesarle... si no quiere que le detengan llame a este número, es decir, al mío. ¿Le llegaría el recado al asesino? ¿Cómo podría estar segura? La temporada había terminado y algunos de sus componentes ni siquiera estaban en la ciudad. Inútil. Me dio un escalofrío, tenía frío, alguien había cruzado sobre mi tumba. Mi mente no dejó de funcionar mientras me daba una ducha caliente, y luego me puse la bata guateada con el dragón dorado abajo por delante y por detrás: mis dragones estaban echando fuego. Una visión muy cálida.

Henry Darling. A él sí sabía cómo localizarle. Añadí su nombre al de Damon. Probaría en el pabellón de todos modos, nada tenía que perder. Oh sí, «GC Sportswear». ¿Alguien de allí podría ser una posibilidad? También podía intentarlo, pensé, y poniendo finamente en orden los números, empecé a telefonear.

Llamé primero a Henry y no me contestó. Oh, fantástico, pensé, todo el mundo ha ido a alguna parte a celebrar una gran convención de sospechosos. Colgué después de dejarlo sonar diez veces y probé con Damon.

—¿Diga? —su voz sonó extraña, como si hubiera estado dormido, enfermo o algo así.

—¿Quién está al aparato? —tratando de poner una voz lo más misteriosa posible.

En vez de contestar a mi pregunta, él replicó con un «¿quién llama?».

Eso me hizo polvo. El no tenía que haber dicho eso. Mecánicamente contesté:

—Tinker Toy. ¿Damon? ¿Hablo con Damon Creedy?

—Pues claro que soy Damon —ahora sonaba natural, con ese tono despegado de comentarista profesional en su tribuna—. ¿Cómo estás, Tinker?

—Estupendamente, de verdad. Sólo que...

—¿Sólo qué?

Respiré profundamente. ¿Quería realmente hacer esto?

—He encontrado este número de teléfono entre los efectos de la tía Lotus.

No ponía ningún nombre al lado y yo pensé que podía ser... Dejé que mi voz se fuera apagando. Puede que no hubiera tenido intención de actuar como una boba, pero allí estaba, absolutamente alelada con mis grandes ojos marrones abiertos de par en par.

Su voz, cortante ahora, recogió mis palabras.

—¿Que tú pensaste que podría ser el qué?

—Que podría ser importante averiguar de quién era el número, nada más —contuve el aliento para poder oír el más mínimo sonido.

Hubo una pequeña pausa.

—Bueno, evidentemente es el mío.

Lo debió anotar para Sheldon. El tiene motivos para llamarme a menudo.

Fruncí el ceño. Esa no me había parecido respuesta muy inteligente.

—Ella no tenía por qué apuntárselo al tío Sheldon —protesté yo —. Hay un largo y enorme listín junto a la mesita del teléfono y además, él debe sabérselo de memoria... pero probablemente tengas razón, a lo mejor no se lo sabe. Tal vez sea una de esas personas que simplemente no pueden memorizar los números de teléfono... había un amigo de mi padre en California que ni siquiera podía recordar su propio número...

Oh, ¡cómo deseaba no haber levantado jamás el auricular del teléfono!

Damon suspiró. Fue un suspiro muy paciente que en cierto modo me molestó.

—Tinker, deja de jugar a Annie la huerfanita, la de los ojos muy abiertos. ¿Qué es lo que hay en tu pequeña mente retorcida? Dilo de una vez.

Me encrespé. Lo de Annie la huerfanita me picó.

—Si es que tienes algo que ocultar... —y dejé en suspenso mis palabras a propósito.

Se quedó en silencio un largo momento.

—No tengo nada que ocultar. Nada de lo que ya no esté enterada la Policía. Si has encontrado mi número de teléfono con la letra de Lotus debe de haber sido en un papel viejo. Hace meses que no he visto a Lotus a solas.

Esa era su versión. Una verdadera confesión, pero todo estaba terminado y enterrado. Muy listo, pensé. ¿Cómo podría alguien probar otra cosa? Eso era lo único que había podido conseguir con mi pequeña artimaña. No había duda de que él le había contado al detective Severson la misma historia y que tanto si le creía como si no, ¿qué podían probar?

Maldición, maldición, maldición. ¿Es que no había ninguna prueba en ninguna parte, ninguna palanca que pusiera orden en este follón de una vez por todas?

—Conque hubiera dejado algo... como huellas dactilares —dije medio ensimismada.

—A lo mejor las dejó —la respuesta fue tan inesperada que me dejó pasmada.

—¿Qué quieres decir?

—Que la Policía encontró toda clase de huellas dactilares en tu apartamento, Tinker. ¿Es que no lo sabes? Las tuyas, por supuesto, y las mías... el día que subí contigo, ¿te acuerdas?... y las de tu tía y las de tu tío y las de tus amigos... toda clase de huellas incluidas las de la camarera y las del gerente de los apartamentos.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi querida Tinker —Damon suspiró otra vez, pero esta vez más amablemente—, he tenido el gusto de hablar y de contestar a los representantes del Departamento de Policía de Boston en varias ocasiones. Ellos me lo dijeron. Ellos me dijeron que mis huellas dactilares estaban allí en un esfuerzo, me figuro, por provocar una reacción de culpabilidad. Te aseguro que no lo lograron. Yo apreciaba mucho a Lotus. Era una mujer muy hermosa, podía ser una compañera encantadora. Y sanseacabó.

Ahora me tocaba a mí suspirar.

—De acuerdo, Damon. Sé que soy una mocosa. Sólo quiero que le den su merecido a quienquiera que la haya matado.

Colgué el teléfono. En primer lugar todo el asunto había sido una idea absurda. Quizá a Mak y Kee se les ocurriera alguna idea. Marqué el número de Mak. Me parecía que a estas horas ya debía haber sabido algo de ellos. Esta vez me contestó un hombre, con un acento chino muy marcado y yo pensé que tal vez era el padre de Mak y lo era.

—Mak no vendrá a casa esta noche —me dijo.

—¿No?

—El restaurante está sirviendo una boda china. Mak está de camarero en la boda.

—¿Y Kee también?

—También Kee.

—Oh —maldita sea—. Muy bien. Gracias. Dígale solamente que le ha llamado Tinker. Si no es demasiado tarde cuando vuelva a casa... bueno, no importa. Dígale solamente que le ha llamado Tinker.

Sintiéndome muy abandonada, colgué el teléfono. Eran unas pestes, más o menos, pero había veces que resultaba terriblemente agradable tenerlos cerca.

De pronto temblé involuntariamente. Estaba irritada. Y sola. Quería a alguien con quien hablar... me sentí realmente como Annie la huerfanita. Pero ¿dónde estaba Papaíto Warbucks?

El tío Sheldon. Mejor llamar al tío Sheldon. Estaba enfermo, pero se encontraba mejor. Alcancé el teléfono una vez más pensando cómo podía haber embarullado realmente las cosas. ¿Por qué no me habían dicho los chicos esta mañana que tenían una boda? Porque yo no les habría dejado acudir, por eso. Marqué el número del tío Sheldon y me contestó Emily.

—Soy Tinker, Emily. ¿Puede ponerse al teléfono el tío Sheldon?

—Oh, señorita Tinker, hola. Hace muy poco que he llegado. El señor Cohn debe de estar fuera, en alguna parte, tal vez abajo en la playa. Su coche está aquí, pero la casa está vacía y me parece ver humo abajo junto al agua. Tal vez haya encendido una fogata.

—¿Una fogata? Debe de encontrarse mejor... sólo que ¿para qué iba él a...? Bueno, no tiene importancia. ¿Quiere usted decirle que me llame?

—Muy bien, señorita Tinker —su voz cambió y noté en ella la diversión de una confidencia femenina—. Tenía usted razón, ¿sabe?

Sobre la otra señora Cohn. Decididamente parece un pichón con peluca blanca.

—Oh, Emily, ¡dese prisa!

Mientras esperaba que me llamara el tío Sheldon, volví a intentar localizar a Henry Darling, pero siguió sin haber respuesta. Entonces llamé al pabellón, qué más me daba una cosa que otra. El teléfono sonó una y otra vez y estaba a punto de colgar cuando alguien contestó, un hombre con una voz bronca.

—¿Quién está al aparato?

—Este es el estadio —dijo la voz—. ¿Con quién quiere hablar?

—Con alguien de los Knights. ¿Está el gerente o alguien del equipo?

—El señor Greibel no está. Sólo hay un tipo, allá, en la cancha, entrenándose en el tiro a cesta como loco. Lleva haciéndolo más de una hora, no sé por qué lo está haciendo. Intenté preguntárselo, me miró como si nada y continuó driblando y tirando. No me deja cerrar, he acabado mi trabajo, yo soy el conserje y tengo que cerrar esto con llave cuando me voy. A mí no me pagan las horas extras fuera de temporada...

—Estoy buscando a Henry Darling —le corté—. ¿Le ha visto usted?

—Eso es lo que estaba diciendo... es él el que se está entrenando allí fuera...

—Justo con quien yo quería hablar. Dígale que Tinker Toy está al teléfono. Dígale que es urgente.

Henry respiraba fatigosamente cuando se puso al teléfono.

—¿Qué quieres? —me preguntó sin preámbulo. No estaba lo que se dice cordial. De hecho, sonó más bien hostil.

—Henry... —me salió porque no pude evitarlo, pero luego vacilé. ¿Qué sabía yo realmente de Henry Darling? ¿Quería de veras que viniera a mi casa a hacer manitas conmigo?

Me aclaré la garganta.

—Henry, sólo quería decirte... —¿decirle qué?— ...que el tío Sheldon está fatal de su úlcera y que alguien ha irrumpido en el apartamento de Leonard y le ha robado una película... sólo quería tenerte al tanto.

El gruñó algo.

—¿Cómo? No te he oído.

Su respuesta me llegó y rotunda:

—Me importa un rábano.

—Pero Henry, el tío Sheldon es tu amigo además de tu jefe y tú estabas tan afectado por la muerte de Lotus...

—sinceramente, no sabía qué decir después.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó. Su tono era decididamente sospechoso.

Creí oír un ruido. Juro que oí un ruido fuera de mi apartamento. Mi mano se apretó con fuerza al auricular y me dije: «no seas boba», y mi voz, de su tono habitual, se convirtió en un susurro.

—He hecho algo estúpido —le dije—.

Le he mentido a Damon Creedy al decirle que había encontrado su número de teléfono entre las cosas de la tía Lotus y la verdad es que no había encontrado su número en absoluto...

—¿Y qué número encontraste? —sus palabras estallaron como un elástico que se rompe.

—No encontré el de Damon... no encontré el de nadie —oí que mi voz se volvía histérica—. De veras, te prometo que no. Mentí. Mentí sobre todo el asunto. Pensaba que si llamaba a la gente y fingía saber que habían estado haciendo el tonto con la tía Lotus...

Estaba aturullada, escuchando con todo el ahínco con que podía, al mismo tiempo. No oía nada excepto la respiración de Henry al teléfono. Su respiración sonaba rara.

—¿Para eso me has llamado? ¿Para preparar mi candidatura a la silla eléctrica? ¿Era eso lo que querías realmente de mí?

—No, no, te lo prometo, de verdad —empecé a asustarme—. Estoy aquí completamente sola...

—¿Dónde? ¿En tu apartamento?

Inspiré profundamente.

—Sí, pero ahora ya ha pasado todo. Alguien va a venir. Va a venir el tío Sheldon. Le estoy esperando de un momento a otro. En cualquier momento sonará el intercomunicador y...

—¿De quién era el número que encontraste, Tinker? —la voz de Henry se había vuelto suave, taimada, casi taimada.

—Ya te lo he dicho... ¡De nadie! —mi voz se levantó y yo la ahogué. ¿Había vuelto a oír un ruido en el pasillo?— Aquí está el tío Sheldon —exclamé, intentando poner un todo de alivio natural —. Hablaremos más tarde, Henry. Adiós.

Me senté queriendo colgar el auricular con la mano pero incapaz de hacerlo hasta que oí una nueva respiración, una respiración siniestra en cierto modo, y a continuación el lento click al otro lado y la señal de marcar.

¿Por qué no me había llamado el tío Sheldon?

¡Toy, idiota! ¿Cómo podía hacerlo si yo estaba al teléfono? La señal de comunicando, eso es todo lo que había oído, la señal de comunicando. Colgué el teléfono, volví a levantarlo y marqué el número del tío Sheldon. Daba señal de comunicando también. ¿Estaríamos llamándonos los dos al mismo tiempo? En mi exasperación colgué el instrumento con furia pero no sonó.

¡La cadena! ¿Estaba puesta la cadena en mi puerta principal? Aunque alguien tuviera un juego de llaves, no podrían entrar con la cadena puesta. Corrí a la puerta. La cadena colgaba suelta. La levanté deslizándola en su ranura. Ya está. A salvo. Fuese quien fuese quien tuviera la tercera llave. Me apoyé contra la puerta.

—Esto es ridículo —dije en voz alta.

¿Qué me había asustado tanto? No había ninguna razón… como a veces cuando estás viendo una película en la que alguien se rasca y tú sientes un poco de picor. Pero yo jamás me había asustado, no realmente. Sólo había tenido un poco de miedo de vez en cuando y en cierto modo me había gustado la excitación que me había producido. Historias de terror y subir a la montaña rusa. Esa clase de sustos. Sólo que lo que había sentido ahora era diferente. Algo que había en las voces de Damon y de Henry… no tanto sus palabras, sino sus voces… ¡Puf! Ridículo.

Entré a hacerme un puchero de té.

Mientras reposaba, volví a llamar al tío Sheldon. En contestación a mi pregunta Emily dijo:

—Oh, era yo al teléfono hablando con la tintorería —en contestación a mi siguiente pregunta, me dijo—: Se han ido.

—¿Se han ido? ¿Quiénes?

—El señor Cohn y el señor Leonard. El señor Leonard estaba abajo en la playa con él cuando le encontré. Subieron a la casa en el coche del señor Leonard después de darles su recado y lo siguiente que supe es que se habían ido.

—¿Dijeron adonde?

—Dijeron que si llamaba usted que debía decirle que iban de

camino hacia su casa —hizo una pausa—. Señorita Tinker, creo que hay oigo que debería decirle a la Policía, pero no quisiera que lo supiera el señor Cohn en modo especial. ¿Podría usted decírselo por mí? ¿Decirles que no se lo cuenten al señor Cohn?

—¿La Policía? —miré fijamente el micrófono del auricular como si pudiera verla a ella dentro—. ¿Qué debo decirle a la Policía? ¿Por qué no quiere usted que el tío Sheldon… el señor Cohn… se entere?

—No quiero trastornarle aún más, pobre hombre. Se trata de algo que la señora Cohn me pedía que hiciera por ella. La verdad es que a mí no me pareció que hacía ningún daño. Bueno, tal vez sospechaba lo que ella estaba haciendo, pero era una mujer tan hermosa y siempre tan buena conmigo…

—¿De qué se trataba? —fue todo lo que pude hacer para tratar de no pegar un grito.

—Me pedía que llamara a cierto número y yo debía decir: «Hoy hay una reunión»… o mañana, depende, supongo, de cuando fuese la reunión.

—¿Es eso todo lo que debía usted decir? ¿Hay una reunión hoy?

—O mañana. No. El debía decir: «¿A qué hora?» y yo debía decirle lo que ella me hubiera dicho que le dijera. Algunas veces, también me decía el lugar, pero no muchas últimamente. Tuve la sensación de que él ya conocía el lugar las últimas veces que llamé. Entonces él decía: «Entendido» o algo parecido y colgaba.

—¿Pero usted no sabía con quién estaba hablando?

—No. Ella jamás me lo dijo y yo jamás le pregunté —ahogó una risita—. Pero el caso es que tuve una corazonada. Por la voz. Y también tengo el número en la cabeza, naturalmente.

—¿Era Damon Creedy?

—No. Creo que era ese jugador de baloncesto grandullón, Henry Darling, ese es quien creo que era.

Tragué saliva.

—¿Llamó usted el día en que ocurrió? ¿El día en que se marchó usted a casa de su hermana?

—No. Entonces, no. Ella hacía una semana, más o menos, que no me había hecho llamar. Me pregunté si ya habría dejado de verle y si ya tendrían una cita fija, ya sabe, como todos los martes y jueves. La verdad es que no era asunto mío, pero pensaba que la Policía debía saberlo.

—Tiene razón, Emily. Llamaré al detective Severson ahora mismo. ¿Cuánto hace que se marchó el tío Sheldon?

—Debe de hacer por lo menos media hora, tal vez más.

Eso era un alivio. Estarían aquí de un momento a otro.

—Emily —intenté mantener una voz neutra—, si alguien se acercara a la casa mientras está usted sola, usted no le dejaría entrar, ¿verdad?

—Bueno, yo... quiere usted decir... jamás había pensado en eso, señorita Tinker —dio un pequeño chillido—. Jamás pensé que él podría ser el... oh, señorita Tinker, ¿qué voy a hacer?

—Cierre ahora mismo las puertas con llave y quédese tranquila. Yo llamaré a la Policía inmediatamente.

Cuando hubo colgado, marqué el número que me diera el detective Severson. No estaba, me dijo el policía que contestó, pero intentaría encontrarle si se trataba de algo importante.

—Desde luego que es importante —dije—. Dígale que ha llamado Tinker Toy sobre el asesinato de Lotus Cohn. Dígale que es muy importante.

Apenas acababa de colgar cuando sonó el intercomunicador. Me sorprendió, a pesar de que estaba esperando al tío Sheldon. Había estado pensando en cuando Leonard me había llamado princesa oriental y cómo me había sentido durante las últimas horas. Allí estaba, en lo alto de mi torre de marfil que debía protegerme pero que en cambio y al mismo tiempo, me sentía como una especie de prisionera. Si intentaba salir, no sabía quién podría estar esperándome al otro lado del foso del castillo. Me producía una sensación tenebrosa, estaba empezando a obsesionarme, pero me dije que me lo merecía porque me había erigido en la muchacha sabelotodo.

—Cómo me alegro de que estés aquí, tío Sheldon —le dije al intercomunicador—. Ahora mismo bajo a buscarte.

En el ascensor me prometí a mí misma que sería mansa y humilde para siempre jamás.

La puerta se abrió deslizándose y Henry Darling rellenó la abertura del ascensor.

—Henry —dije ahogándome—. Creí que era el tío Sheldon.

—Sabía que estabas mintiendo cuando me dijiste que estaba aquí —me dijo metiéndose dentro. Hice un movimiento para escabullirme rodeándole pero avanzó por delante de mí y las puertas se cerraron. Apretó el botón de mi piso y la caja empezó a levantarse.

—A lo mejor estaba mintiendo un poquito entonces —dije acaloradamente— pero ahora está de camino. ¡Deberías saberlo por la forma en que contesté al intercomunicador!

—Muy bien —sonrió Henry—. Total, él no puede subir si tú no puedes bajar.

Tragué saliva.

—Pero es que ha encontrado el tercer juego de llaves —dije descaradamente—. Había tres juegos, sabes, y el tío Sheldon tiene el tercero.

La sonrisa de Henry se estiró hasta enseñar toda su blanca hilera de grandes dientes cuadrados. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó algo que lanzó un destello a la luz del ascensor. Era un llavero con dos llaves de aspecto reluciente. Me quedé mirándolas fijamente, casi hipnotizada.

—Eras tú la persona con quien ella se veía —solté bruscamente —. Tú tenías las llaves y las utilizaste para entrar esa tarde y...

Las puertas del ascensor se abrieron. Habíamos llegado a mi apartamento. Traté de quedarme atrás pero él me empujó hacia adelante.

—¿Por qué me has llamado por el intercomunicador ahora mismo si tenías las llaves?

—Quería cerciorarme de que Sheldon no estaba aquí. Quería estar seguro de poder hablar contigo en privado. Ahora estoy seguro.

Me empujó por el umbral de mi puerta, cerró la puerta con firmeza y echó la cadena. Yo pensé: «Oh Dios mío, estoy perdida. Tú, pequeña idiota. Tú, ¡maldita estúpida! »

Sonó el teléfono. Yo salté, miré a Henry.

—No contestes —ordenó.

—Pero es que saben que estoy aquí. Todo el mundo sabe que estoy aquí —paralicé mi boca para impedir que mis labios temblaran—. Y supongo que será la Policía. Acabo de llamarla.

El volvió a sonreír, como en sueños, y meneó su cabezota.

—Pensarán que has salido. Tú eres muy veleidosa, ¿sabes? No le darán ninguna importancia.

Tras unas cuantas llamadas más, el teléfono se quedó silencioso.

—Siéntate —dijo Henry—. Voy a enseñarte las verdades de la vida. Ya va siendo hora de que las aprendas.

Yo vacilé, me senté entonces con las piernas cruzadas sobre un almohadón frente a la chimenea. Mirando hacia arriba desde ese ángulo, él parecía una torre que llegaba hasta el techo.

—Siéntate tú también —le dije. Di unos golpes sobre otro almohadón—. Estás demasiado lejos allí arriba. Apenas puedo verte —mi corazón latía haciendo tanto ruido que estaba convencida de que él podía oírlo. Serénate, Tinker, me dije, mantén la serenidad.

—Eres una entrometida —dijo Henry fríamente—. Una necia colegiala entrometida metiendo las narices en los asuntos de otras personas.

—Por favor —dije, y empujé el almohadón hacia él.

—Sólo porque Lotus y yo estuviéramos teniendo una relación no significa que yo esté implicado en lo que ha ocurrido.

Era igual que un profesor, que recita una lección que ha contado una y otra vez.

Levanté la vista, con los ojos abiertos de par en par.

—Pues claro que no. Tampoco tiene nada que ver que Emily te llamara para darte los recados de Lotus.

Sus ojos se estrecharon. Desde mi ángulo me recordó súbitamente al monstruo de Frankenstein, amenazante desde lo alto.

—Siéntate —volví a decirle— y hablemos de ello. Ya sé que has sido muy desdichado desde su muerte... ¿No quieres hablar de ello? Dicen que luego uno se siente mejor.

—Estaba enamorado de ella —su labio inferior sobresalió.

—Te creo —dije velozmente—. Era muy hermosa.

—Quería que rompiera y que se casara conmigo —prosiguió en un tono afligido—. Pero ella no quería.

—Supongo que sería porque el tío Sheldon tiene todo ese dinero —dije sosegadamente—. Henry, por todos los santos, siéntate, por favor. Me están dando calambres en el cuello.

Sus rodillas empezaron a doblarse, se disponía a hacerlo. Mi corazón latía aún más de prisa. Puse las manos detrás mío, con las

palmas sobre el suelo hacia la chimenea.

El habló mientras empezaba a descender.

—Teníamos una cita esa tarde como todos los miércoles. Cuando había algún cambio de planes o ella disponía de otro día más era muy astuta al respecto. La doncella llamaba diciendo que había reunión de la asociación. Si contestaba Ted al teléfono, él automáticamente decía: «Pero de qué me está usted hablando», y la doncella sabía así que no era él el hombre correcto y colgaba.

Ahora se estaba arrodillando sobre el almohadón preparándose a sentarse. Pensé que Emily no se había molestado en decirme eso y dije:

—Eso fue muy inteligente, ¿verdad? —me apoyé aún más atrás sobre mis manos, tenía que desplazarlas un poco para hacer la palanca apropiada.

—Pero yo no siempre podía volver a llamarla si algo salía mal. Y aquel día, estábamos todos liados con las sesiones de entrenamiento, las charlas tácticas y de ánimo con el entrenador y todo ese tinglado...

Detrás de mí, donde él no podía verme, moví una de las manos unos cuantos centímetros más. Lástima que la Policía se hubiera llevado el perro chino, eso habría sido una justicia poética, pero el atizador de la chimenea me serviría igual de bien. Lo envolví con mis dedos, lo agarré bien.

—Y no pude alejarme, ni siquiera para llamarla aquí por teléfono. Alguien estaba conmigo constantemente, si no eran Greibel y Sheldon eran los demás —inclinó la cabeza—. En lo único que he podido pensar era que si yo hubiera podido estar aquí como se suponía que debía haber estado, jamás hubiera...

Dejé caer el atizador sobre su cabeza con todas mis fuerzas. Se derrumbó, lentamente, como una sequoia, y el intercomunicador sonó como una alarma.

21

—¡Oh tío Sheldon, acabo de matar a Henry Darling! —me castañeteaban los dientes y apenas podía tenerme en pie. Me apoyé en la pared del ascensor.

La boca del tío Sheldon se abrió de par en par y Leonard dijo:

—¿Ah, sí? ¿Cómo ha sido eso?

—El...

Oh, Dios, ¿es que iba a devolver? En el ascensor, no, en el ascensor no, por favor. Hice señas de que no podía hablar y lo siguiente que supe es que me estaban medio llevando hasta mi cuarto de estar. Por favor, recé con los ojos cerrados; por favor, haz que todo sea una pesadilla, por favor, haz que el cuerpo no esté allí. Pero cuando abrí los ojos, allí estaba y tuve que correr al cuarto de baño porque tenía náuseas.

Cuando logré regresar, Leonard le había puesto boca arriba y el tío Sheldon estaba sentado en una silla mirándole.

—No está muerto —dijo Leonard—. ¿Para qué le golpeaste?

— ¡Que no lo está! —mi cuerpo se inundó de alivio—. Entonces tenemos que llamar a un médico, a una ambulancia. ¡A la Policía! —y me dirigí al teléfono.

—Espera un momento —Leonard se puso delante de mí y me retuvo—. Vamos a averiguar primero lo que sucedió. No queremos que te detengan por amenaza y perpetración de agresión.

Se me abrió la boca y los ojos se me llenaron de lágrimas. Emití un gemido y Leonard me abofeteó ligeramente en la cara.

—Y ahora, déjate de lloros —dijo bruscamente— y cuéntanos lo que ocurrió.

—Quiero un kleenex —dije sorbiendo.

—Toma. Coge mi pañuelo. Y ahora habla.

Me soné.

—El tenía el tercer juego de llaves. El y la tía Lotus… —me volví hacia el tío Sheldon que me escrutaba inexpresivo desde su silla—. Oh, lo siento mucho, tío Sheldon, pero él era el amante de la tía Lotus. Y por lo tanto, di por sentado que la había matado porque ella no quería dejarte para casarse con él. El me lo dijo, tío Sheldon, ella no quería dejarte, de verdad. ¡Debía de quererte a pesar de todo!

Leonard puso esa mueca que yo odiaba.

—Así que le hiciste creer que lo sabías y él vino a por ti y tú le diste en la cabeza. Eso es estupendo. Un caso claro de legítima defensa —bajó la mirada fríamente hacia Henry. Había una gran mancha de sangre encima de una oreja. Traté de sollozar en plena respiración y me dio hipo.

—Pero es que eso es lo malo —lloré—. No había venido a por mí en absoluto. Estaba allí sentado, hablando, y yo estaba tan asustada que cogí el atizador, lo había planeado todo al sentarme allí, y le golpeé…

—Nadie se enterará de eso. Podría haber ocurrido exactamente tal y como yo he dicho.

—Pero cuando él recobre el conocimiento, se lo contará a ellos…

—Tal vez no lo recobre.

—Oh, pero ¡es que tiene que recobrarlo! ¡Tiene que recobrarlo!

—¿Qué te importa? ¿Acaso no asesinó él a tu tía Lotus?

Yo estaba tan desesperada que casi chillaba.

—Pero es que no fue él. Justo mientras yo levantaba el atizador, estaba diciendo que si hubiera podido estar él aquí ese día, a ella no la habrían asesinado, así que debe de haber sido otra persona, Damon Creedy o alguien…

El tío Sheldon suspiró.

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—Esa es una buena pregunta —dijo Leonard.

Yo estaba allí de pie con la boca abierta, así que la cerré. De alguna manera tuve la sensación de que lo que estaba a punto de oír era muy, muy importante.

—Podríamos volver a llevarla a casa, allí sólo está Emily —el tío Sheldon tenía ojeras bajo los ojos. Parecía verdaderamente enfermo.

—¿No podemos librarnos de Emily? —dijo Leonard con otra

mueca.

—No lo sé —el tío Sheldon se puso la mano en la cabeza—. No puedo pensar, Dios, si al menos pudiera poner en orden este maldito estómago.

—Podríamos mandar a Emily a casa de mi madre por esta noche. Podrías llamarla y decirle que madre se encuentra indispuesta, que le estarías agradecido si Emily quisiera quedarse con ella. Entonces haríamos salir a madre y la llevaríamos a ella a casa.

—¿Cómo iba a poder salir si se encontraba indispuesta?

—Bueno, físicamente, no, quizás. Quizás esté nerviosa, por todo este asunto. Sí, eso debería funcionar. ¿Quieres llamar tú o lo hago yo?

—Será mejor que lo hagas tú. Yo me voy a la cocina a tomarme un vaso de leche —me habló por primera vez—: ¿Tienes leche?

Con una vocecita muy pequeña le dije:

—Por favor, por favor, llamad a un médico o a alguien para Henry.

El tío Sheldon suspiró profundamente, se levantó de la silla con esfuerzo y desapareció en la cocina. Leonard se acercó al teléfono.

Mis ojos se dirigieron al atizador. ¿Podría atreverme a hacerlo de nuevo? Leonard, ¿leyendo en mi mente?, se volvió hacia mí enseñando los dientes. Apenas oí lo que le dijo a Emily y luego a Gertrude. Seguí contemplando a Henry. ¿Por qué no se movía?

El intercomunicador sonó con estrepito. Me levanté de un salto y corrí hacia él. Leonard llegó antes que yo, meneando un dedo.

—Nada de eso —dijo.

Volvió a sonar. Desesperadamente intenté pensar en alguna forma de obligarle a que me dejara contestar. ¿Quién me estaba buscando? ¿Damon Creedy? ¡La Policía? Oh, recé para que fuera la Policía, pero ¿cómo podía ser? No había tenido la oportunidad de gritar « ¡Al lobo! » para que vinieran a salvarme. Leonard continuaba sonriéndome, interponiéndose entre el tan importante aparato y yo.

—Les diré que estoy bien. Podría ser la Policía y no quiero que encuentren aquí a Henry, imagínate lo que me harían. Por favor,

déjame contestar, sea quien sea, les diré que se vayan.

Me estudió y el intercomunicador volvió a sonar, impaciente y estridente.

Se apartó, pero su mano bajó hasta posarse sobre mi hombro.

—Diga —dije intentando mantener la voz firme—. Sí, soy la señorita Toy. No, me niego a ver a ningún miembro de la prensa. No, no quiero hablar con usted. Márchese —corté la comunicación con el corazón hundido. Leonard apartó la mano y sonrió más ampliamente.

El tío Sheldon volvió y se sentó. Eructó.

Yo pensé: «Qué diablos».

—¿Por qué la mataste, tío Sheldon? Creía que la querías, de veras lo creía.

Leonard se apartó del intercomunicador.

—Nada de esto habría sucedido si me hubiese escuchado a mí. Coge tu abrigo, Tinker.

—¡Yo la quería! —gritó el tío Sheldon—. Claro que la quería. Se lo había dado todo. Había abandonado a mi esposa y a mi familia por ella. ¡Claro que la quería!

Yo parpadeé.

—Entonces, ¿por qué?

Su boca se torció y sus ojos despidieron un destello oscuro por encima de sus ojeras amarillentas.

—Ella no era buena. Leonard intentó decírmelo, pero yo no quise escucharle. Era pérfida, me había advertido él, pero yo jamás lo creí. Hasta que no me senté allí con todos aquellos hombres, era una fiesta para los grandes capitostes de la asociación de baloncesto, y allí estaban todos los grandes gerifaltes de los otros clubs y yo, y alguien dijo: «Vamos a realizar una proyección especial de unas cuantas películas especiales, amigos. Algo que os garantizo que hará que se os salgan los ojos de las órbitas, me han dicho». Y las luces se apagaron, y cuando empezó a salir la película, allí estaba Lotus, mi esposa, desnuda como un grajo y haciendo cosas que jamás había hecho conmigo…

— ¡Tu película! —acusé a Leonard—. El vio tu película. ¿Lo habías planeado así? ¡Apuesto a que sí! Apostaría a que seguro que sí. Esa es la clase de cosas que serías muy capaz de hacer… no podías hacer que rompieran de ninguna manera y tú quieres su

dinero cuando él se muera, ¿verdad? Harías cualquier cosa para volver a estar a bien con él.

Me miró despectivamente.

—¿Y tú, señorita Remilgada Pura Flor de Azahar? Olisqueando a su alrededor igual que una aspirante a concubina quinceañera. Querías esa vida cómoda para ti, ¿verdad? Podía ver la marca de los dólares en tus ojos cada vez que le mirabas.

—Entonces empecé a seguirla —el tío Sheldon nos ignoró, ignoró nuestras fuertes voces—. Empecé a sospechar de todo lo que hacía y averigüé primero lo de Damon y luego lo de Henry. Quería cortarles la cabeza, echarles, freírles en aceite, no me importaba. Pero ¿de qué habría servido eso? Ella tenía un equipo de baloncesto completo donde elegir y no podía continuar echándoles a todos. Sólo podía resignarme a verla cómo les lanzaba esa mirada y luego pasaban a engrosar su nómina. Luego me imaginé cómo estaba utilizando este lugar. Lo supe en cuanto vi esas llaves y le dije: «¿Cómo es que tienes las llaves del apartamento de Tinker?» y ella me dijo que así podría vigilarte mejor. Pero yo sabía que no era así. Sabía cada vez que venía aquí a encontrarse con él porque había oído a Emily hacer las llamadas. Ya no me cabía la menor duda.

Miró fríamente el cuerpo inerte que yacía en el suelo.

—Así que una noche le saqué las llaves del bolso y mandé hacer una copia y luego, cuando tuve oportunidad, fingí que me iba a mi despacho a echar un sueño... «No me molestéis durante una hora», le dije a Greibel... y subí aquí para pescarlos. Subí y me escondí ahí dentro... —hizo un gesto—. Y ella llegó pronto. Estaba canturreando, durante un rato estuvo canturreando igual que solía hacerlo la primera vez que la conocí, cuando me estaba esperando a mí. Pero después de un rato, dejó de canturrear y empezó a pasearse por la habitación y yo pensé, oh, oh, él le ha dado plantón. Eso me dio risa, sí que me la dio, pero muy pronto pensé, quizás sea lo mejor que podía haber ocurrido, yo escondido en la cocina y ella aquí completamente sola. Así que salí para que se enterara de que estaba allí y de que yo lo sabía todo y ¡deberías haber visto su expresión!

Podía imaginármela, vaya si podía.

—Ella no lo negó. No adujo ninguna excusa. Creo que la habría perdonado si lo hubiera hecho. Creo que lo hubiera aceptado, pero

yo ni siquiera le importaba lo bastante como para mentirme. Se limitó a lanzarme aquella mirada, de la forma en que sabía hacerlo, como si yo no hubiera sido nada más que basura bajo sus pies, y me dijo que lo probara. Y después de decirme eso, me dijo que intentara impedírselo. Porque, añadió, la única forma en que podía impedírselo era divorciándome de ella y que si lo hacía ella se iba a llevar su parte. Que me iba a desplumar, me dijo, porque no podía probar nada y por lo tanto no tenía ninguna forma de impedírselo. Pero yo conocía una forma de impedírselo y la utilicé. Eructó sonoramente.

—Oh, tío Sheldon —lloré—, esa es la historia más trágica que he oído en mi vida.

—Coge tu abrigo —dijo Leonard. Me empujó.

—Pero a mí no tienes que hacerme nada, tío Sheldon —supliqué—. Yo estoy de tu parte, siempre lo he estado, ya lo sabes. No se lo diré a nadie, te lo juro, no lo haré. Creo que te viste forzado a hacerlo. ¿Robaste tú la película de Leonard? ¿Fuiste tú? ¿Saliste a escondidas de tu dormitorio la noche pasada cuando estábamos todos en tu casa y fuiste a buscar la película? Creí haber oído un coche en una ocasión, pero no estaba segura. Oh, tú no querías que nadie más la viera, ¿verdad? No querías que su nombre fuera de boca en boca después de haber muerto.

—Yo supe inmediatamente quién la había cogido —dijo Leonard tanto a su padre como a mí—. Así que me dije, estupendo, papá, y encendimos una pequeña fogata ritual abajo en la playa con lo que quedaba de la pobre Lotus. ¡Ya está totalmente reducida a cenizas! —rio, con una risa que era un ladrido corto—. Coge tu abrigo o te llevaremos sin él.

Henry gimió.

—Lo haré si llamas a alguien que venga por él —dije—. Iré con vosotros sin decir palabra pero no pienso dejarle aquí en ese estado.

—Oh, claro que lo harás —dijo Leonard en un tono de lo más indiferente que no toleraba ninguna discusión—. El va a ser nuestro chivo. Vamos a colgarle a él el asesinato, nena, y ni tú ni él estaréis aquí para negarlo. Luego volveremos a ser una familia cariñosa y feliz, papá y mamá y el pequeño de la casa. Los Cohn, otra vez todos juntos.

—Entonces —dije yo— tendréis que llevarme pegando gritos y

patadas.

Entonces fue cuando la puerta se abrió violentamente y entró el otro detective, el que se llamaba Parks, tan inteligente él que había recibido mi recado y se había abierto camino, y había otro hombre detrás de él, el superintendente. Le reconocí enseguida, que tenía una llave en la mano. ¿Verdad que fue maravilloso que ni a Leonard ni al tío Sheldon se les hubiera ocurrido poner la cadena de seguridad bloqueando la puerta?

Estoy escribiendo esto para usted, detective Severson. Supe cuando entró usted un poco más tarde lo enfadado que estaba conmigo y quiero que sepa que tiene todo el derecho a estarlo.

He sido una estúpida y una cabezota egoísta y todas las cosas que estoy segura que me ha llamado usted… y lo siento.

Puede que le interese saber lo que será de mí ahora. Mak y Kee, que también estaban muy enfadados conmigo, hablaron de mí a la Asociación de Comerciantes Chinos y han acordado que la comunidad me patrocine hasta que alcance una edad madura, como veintiún años, por ejemplo.

Ahora vivo con una familia china estupenda en el Barrio Chino. Realmente estupenda, aunque un poco anticuada.

No obstante, Mak y Kee dicen que esto es muy bueno para mí. Ellos dicen que necesito aprender algunos de los humildes modales chinos y a lo mejor tienen razón.

También dicen, y esto no lo acepto de momento, aunque les he prometido que me lo iba a pensar, dicen que esperan que yo haya madurado para cuando ellos salgan de la escuela superior, porque uno de los dos tiene intención de casarse conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Qué vais a hacer… echarlo cara o cruz? —dije yo.

—Quien juega de joven mendiga de viejo —replicó Mak.

—No elijas ni a una esposa ni la ropa blanca a la luz de una vela —añadió Kee.

—Para entonces ya habremos llegado a un acuerdo —dijo Mak.

—¿Es que yo no tengo nada que decir al respecto? —reclamé.

A lo que Kee respondió afectadamente:

—Oh, tú estarás encantada.

—Eso es lo que tú te crees. Muchísimas gracias, pero me buscaré

un marido yo sólita. Me siento perfectamente capacitada para dirigir mi propia vida.

Después de lo cual ambos se miraron pacientemente y Mak dijo:

—Hombre ladrador, poco mordedor.

Lo que no acabé de entender es si se referían a ellos o a mí.

De todos modos, ya nos veremos por ahí, y si alguna vez baja al Barrio Chino venga a verme. Y si puede soportar un refrán más, los mejores caballos han sido anteriormente los potros más salvajes.

22

—¿Qué te parece? —preguntó Brenda.? Knute leyó:

El Reverendo Matthew Purdue
tiene el honor de invitarle
a la boda de su hija
Brenda
con el señor Knute Severson
que tendrá lugar el día
6 de junio
a las seis de la tarde
en la Iglesia
de la Comunidad de Woodvale
en Woodvale, New Hampshire

El levantó la mirada. Ella se apoyaba ligeramente contra él. La atrajo hacia sí y olió el frescor de su pelo.

—Creo que es preciosa.

Y Mein Hair se subió de un brinco a la mesa y se sentó a lavarse encima de las invitaciones, pero nadie reparó en él.